

JOTTER

Jotter

(∅)

Miró a Francesca, se unieron sus ojos y sintió una punzada. No estaba sola. ¿Por qué no puedes ser honesto?, le había preguntado ella una vez, y Oulipo no había contestado. ¿Era deshonesto? Él creía que no, pero si volvieran a hablar ahora, seguro que ella se reiría y le diría, ¡Mírate!

Ella iba con un niño de unos siete años que llamaba a los camareros y los trataba con voz arrogante y encantadora. También había otro niño de alrededor de dos años que tosía soñoliento. Oulipo deseó que alguien los llamase por el apellido para averiguar con quién se había casado.

Francesca era un piojo muy venerable que un día le había reprochado que no amaba suficientemente su sublime cuerpo conseguido a golpe de bisturí. Quizás tenía razón, Oulipo nunca había sentido admiración por nada.

Francesca se subió el cuello del abrigo. Hacía frío. Entonces Oulipo se fijó en la hermosa circunferencia que describía la luna en el inmenso plano del cielo. Miró el reloj. Eran las 19:30. Luego, los dos, Francesca y Oulipo, siguieron su camino. Él dio media vuelta y echó a andar a buen paso por la orilla del río, subió a su coche y se alejó.

A través de la ventanilla vio la casa del incendio, pero nada daba a entender que hubiese ardido. Cuando se paró en el semáforo ya no pudo ver nada, la gente que esperaba el bus lo tapaba. Se quedó sentado muy quieto, consciente del privilegio que significaba tener coche. Había personas, miles, incluso millones, que cada día tenían que hacer colas como esa para volver a sus casas.

Al llegar al bar, le hizo una seña a Augusto para que le pidiese una copa. Éste se acercó con un vaso de whisky y se lo dio. Oulipo cogió el vaso y lo hizo girar, observando el líquido dorado deslizarse entre los cubitos de hielo. Echó un trago y empezó a hablar de su última exposición, pensando en que el whisky no debe beberse jamás con hielo.

—Ya lo pilló —Augusto se había metido en su personaje favorito: tonto pero bienintencionado, deseoso de agrandar por ser hijo de un oficial de las SS, o algo parecido—. Estar metido en eso del arte moderno debe ser interesante. Protestar y escandalizar. Tiene que ser raro venir de una familia como la tuya y hacer eso.

—Querido amigo, te olvidas de lo importante —respondió Oulipo—. Te consagras excesivamente a tu familia, con la cual tienes sin duda importantes asuntos que ventilar. Ahora ya no escandaliza nada. Temo que pronto empezaré a aburrirme.

¿Nos vamos a otro sitio?

—¿Qué propones?

—Allí, Augusto —dijo Oulipo; lo cogió del brazo y tiró de él hacia el final de la calle, hasta un callejón donde el barro estaba cubierto de algo que parecían flores secas o esqueletos de bebés, a juzgar por su vaga fragancia. Al llegar allí, Oulipo se sintió a salvo, como un cadáver en su tumba, y exhaló un gemido semejante a los que produce el placer.

Recordó la primera vez que tuvo conciencia de que era presa de la lucidez, desde entonces había sentido la necesidad de formular una enérgica protesta en contra de todo y de todos.

En dos ocasiones había pensado que no era más que un objeto. En dos ocasiones había pensado que había caído sobre él toda la carga de la cultura occidental. Pero se mantuvo firme y pudo ascender hasta la pequeña altura donde se encontraba antes. Allí dejó atrás sus preocupaciones y tomó aliento.

Augusto estaba de pie delante de él, con los brazos apoyados en las caderas, observándolo atentamente. Augusto era joven, no muy fuerte, de rostro pálido, hermoso y bien formado, sobre el que colgaban sus cabellos rubios, desordenados y húmedos. Llovía. Después de convencerse de que todavía no quería irse a casa, Oulipo volvió a coger a Augusto del brazo y tiró de él hacia otro sitio.

—Esto es exactamente lo que quiero —repuso Augusto— seguir subiendo. En mi familia son todos unos idiotas, unos maníacos, en sus solemnes mansiones, víctimas de pasiones terribles.

Entraron en una iglesia. Había una estantería de más de tres metros y medio de largo llena de figuras de santos. Había feligreses sentados en los bancos de madera. El techo estaba revestido de antiguos paneles de roble. Un par de monaguillos con sus ondulantes vestidos blancos se deslizaban del altar a la sacristía. Si no fuera por las sonrisas forzadas de las figuras de porcelana barata de los santos, sería un lugar agradable. Tal como estaba, era una pesadilla para un esteta como Oulipo.

El día que Oulipo se enteró de que Augusto había sido arrestado, imaginó que él sería el siguiente, pero se sentía mal y no tenía energía para dejar la ciudad.

—¿Cuándo?

—Aquella tarde. Te oí discutir con Mu por teléfono. Después salí al jardín a leer

el periódico y hablaban de ti. Ya sé que yo no tenía nada que ver, pero ya sabes... Al final me fui esa noche.

Decididamente, la felicidad reside en la mentira. Cualquiera que exija la verdad está condenado a vagar por el desierto.

—Ya sabes cómo es esto, intentas explicar lo que ha pasado y después todo se va al demonio. Los periodistas querían hablar conmigo. Lo resolví. Se quedaron entusiasmados con mis respuestas. Desde aquel día me tratan de otra manera.

Augusto sólo le parecía peculiar cuando no se sentía a gusto con él. O, dicho de otra manera, Oulipo estaba ya andando hacia el coche cuando vio a dos perros meando en la misma farola.

Hasta el día del arresto, Augusto siempre se había salido con la suya, pero había acabado cayendo por el amor de una mujer. Sólo las drogas lo salvaron de la desesperación y la muerte. Pero es una larga historia que creo que os aburrirá.

Oulipo intentaba ser amable con Mu, la pobre estaba lejos de su familia, pensaba. Intentaba portarse bien con aquella jovencita de grandes ojos rasgados. Tiene algo raro, le dijo una vez a Augusto, deben ser esos ojos rasgados tan grandes. Son ojos de koala estreñido. Augusto se rió. Mu era una mentirosa, pero mentía bien. Una noche, Oulipo estaba con Augusto y su bienaventurado veneno, y este le dijo con desprecio: “No entiendo por qué un hombre racional e inteligente usa medios artificiales para llegar a la beatitud artística, cuando el entusiasmo y la voluntad bastan para tener experiencias supranaturales.

Oulipo estuvo de acuerdo.

Toda aquella historia con Mu había empezado en marzo, hacía unos seis años. Después, Augusto se convirtió en un cadáver, en un inmóvil desecho, en un no muerto.

Fuera la luz era tenue. Aunque la luz siempre es buena, por poca que haya. Algunas personas de aquí, de Londres, mantienen las luces encendidas durante todo el día por miedo a quedarse a oscuras. Acaban ahorcándose o cortándose las venas. En esta ciudad hay muchos muertos, se escuchan voces quejumbrosas entre las ruinas, se oyen gritos desde los tejados. A veces Oulipo estaba dispuesto a salvarlos a todos, otras veces se quedaba pálido como la muerte y extendía sus manos temblorosas hacia el cielo.

Por alguna razón, empezó a pensar que Augusto era grotesco. Cada vez que le

hablaba de su padre se imaginaba a un viejo nazi encorvado gaseándolo con una bombona de butano.

—Hablando de mi padre, últimamente no me deja en paz con preguntas sobre mi estado de salud —No era precisamente su tema de conversación favorito, así que a Oulipo le sorprendió que lo sacase en ese momento—. Va a conseguir que me entre miedo.

—¿Por qué no haces nada? Siempre te disuades de hacer cualquier cosa. Destruyes todas tus fantasías. Abandonas todas tus metas. Te niegas todos tus sueños.

—Mi padre nunca ha sido como yo, seguro que no.

Oulipo abrió la puerta de su coche. Augusto se resignaba rápidamente a las derrotas a las que le conducía irremediabilmente su sumisión ante su padre.

La forma en la que Oulipo abrió el coche, con un gesto rápido y cubriéndose los ojos con la otra mano, lo preparó para una revelación. Al bajar la mirada del amenazador cielo nocturno y dirigirla a Augusto, vio su rostro desfigurado; sin hoyuelos maliciosos, ni nariz respingona. Encías sin dientes ni labios, pómulos huesudos y amarillentos de calavera. Los miembros fragmentados de un cadáver. Entró en el coche, cerró la puerta con el seguro, miró a Augusto, inclinó la cabeza hacia el cristal de la ventanilla y le dijo:

—Tu salud es sólo una probabilidad, la responsabilidad final es tuya, utilízala. Si quieres.

Oulipo se alejó pensando en su obra. Aspiraba a crear una relojería del alma, a transcribir el dolor de un ajuste nunca llevado a cabo. Aceleró y se fue a toda velocidad. Augusto, desde la acera, le tiró una botella mientras se alejaba, pero no le dio.

Al llegar a casa, Oulipo entró en su despacho, no lo usaba prácticamente nunca desde que se había trasladado al nuevo ático, pero en él estaban todos los libros y objetos que necesitaba o por los que sentía un afecto especial. Esa noche le parecían cosas petrificadas y muertas. Le entró miedo. Entonces se echó a llorar.

Ahora ganaba mucho dinero, se notaba, tenía un BMW nuevo. Pero era modesto, demasiado modesto considerando las circunstancias. Él, evidentemente, no se daba cuenta. En cierta ocasión, un profesor lo había sermoneado sobre la humildad. Severamente. Ahora él mismo era el profesor y el alumno, y en su discurso

interno “humildad” se mezclaba con “amor”.

Se miró al espejo, vio sus ojos grandes y aterciopelados, su pelo y su rostro. No aparentaba más de treinta años y tenía un brillo en la mirada con el que pocos podrían competir. Retrocedió unos pasos y se examinó atentamente. La cara, la figura, los ojos. Todo.

Transcurrieron unos diez minutos. Aún no había luz, pero ya comenzaba a amanecer. En la habitación el silencio era absoluto. Ni de la calle llegaba ningún ruido. Sólo se escuchaba el zumbido de una mariposa que en su vuelo había chocado contra el cristal de la ventana. Entonces la situación se hizo insoportable. Oulipo gritó y se sentó en el sofá.

¿Creaba arte para ganar dinero y acariciar a los gentiles burgueses? Era fácil atravesar la puerta de la posibilidad de arrellanarse en los cojines y la comida, pero él sólo intentaba protestar con todas las fuerzas de su ser a través de acciones destructivas. La desgracia es múltiple. La infelicidad es multiforme. Le bastaba echarse una sola mirada a sí mismo para ponerse en peligro de perder el alma.

Estaba solo en aquel inmenso despacho que la lámpara sólo podía iluminar en parte. Provocaba un juego de luces singular, una especie de lucha entre el tembloroso resplandor de la bombilla y los rayos de la luna que entraban a través de la ventana carente de cortinas.

Se sacó el abrigo y entró en la habitación contigua, se inclinó sobre la camita de su hija de seis años y la besó.

A las ocho menos cuarto, volvió a ponerse el abrigo y salió por la puerta de atrás al crudo tiempo invernal de primera hora de la mañana. Mientras cruzaba la calle, camino de donde había aparcado el coche, le pareció que el viento le acariciaba las mejillas como un cuchillo. Abrió el coche, entró y empezó a conducir por el centro de la calzada.

Era demasiado tarde. Una vez en ese estado no había quien pudiese con él. Ni siquiera pudo ella. Una mañana salió y se fue de fiesta durante tres días y tres noches. Quizás habría durado más, si no hubiese tenido una pelea a puñetazos en la calle Fryth, donde el portero de un prostíbulo lo encontró inconsciente.

Volvería a hacerlo, desde luego, pero si hubiera sabido en qué se iba a meter cuando empezó, no lo habría hecho sin tener en cuenta cuál sería el resultado.

Se sentó en el café de siempre, se reclinó en la mesa y pasó una mano por su

pelo negro y liso. Se distrajo un rato con el tema que atronaba en su reproductor de mp3. *We take nothing seriously so there will be no next sunrise for no one no further day no life on.* Estaba muy contento con una idea sobre árboles y cadáveres. Seguro que le iba a encantar a Sophie. Era una idea distinta, pero eso es lo que hace falta para atraer la atención. Dio un par de golpecitos en la mesa y levantó los ojos de su té con leche. Entró Augusto y se desplomó en la silla de delante.

—Tengo una idea genial para la próxima exposición.

Augusto lo miró de reojo y dijo:

—Muy bien, ¿por qué no vienes esta noche a mi piso nuevo y me la cuentas?

Le pasó la dirección, se levantó y se alejó. Oulipo se lamió los labios y observó cómo su amigo desaparecía por el pasillo.

Esa mañana volvió a fijarse en las colas de gente esperando el autobús. Comió en un restaurante italiano y bebió mucho vino. Estaba confuso, no sabía si alegrarse o no por la vuelta de Sophie. Se acordaba de su encuentro en el avión hacia Nueva York. Aquella vez había tenido ganas de caer de rodillas ante ella y pedirle que volviese, pero no lo hizo. Oulipo solía caminar por el peligroso sendero de la traición. Deseó no haberla conocido nunca.

En realidad, Oulipo nunca había engañado a Sophie, a quien engañaba era a sí mismo. A veces pensaba que si no se mataba lo matarían los interminables tormentos del deseo satisfecho. Desde su última conversación lo veía todo más claro. Ella lo amaba con la devoción que se tributa a un santo; no lo apreciaba por las virtudes de su alma: lo que anhelaba era el goce de su persona. Oulipo era presa de las más violentas pasiones. Sophie no creía en la amistad, una palabra fría e insensible. Su pecho ardía de amor, de incontenible amor.

La noche anterior, Oulipo había abierto una caja de zapatos llena de fotografías y recortes de revistas y periódicos en los que aparecía con ella. En esa época, Sophie era una de las grandes promesas literarias europeas, idolatrada y seguida por docenas de fans en decenas de países. Sus novelas y su estilo eran imitados por muchos otros escritores que carecían de talento. Tenía todos los ingredientes esenciales de las heroínas modernas: ternura y violencia, y no era del todo ni un chico ni una chica. Él la respetaba mucho. Había en ella algo mefistofélico o algo así. Pero Oulipo era lujurioso, tan lujurioso que a veces le daba miedo. Salió del café e hizo una pausa para tomar aliento. Sus ojos se habían puesto enormes, húmedos y soñadores al

rememorar el maravilloso y horrible mundo con Sophie.

Oulipo se cambió de ropa y se sentó en el almacén subterráneo que usaba como estudio. El polvo seco de los libros amontonados se le subía a la cabeza como una especie de licor embriagador. Mientras preparaba los archivadores y afilaba los lápices, tenía el rostro enrojecido. Le brillaba la cara, cubierta de sudor. Tras sus gafas, sus ojos chispeaban de excitación.

Aún veía su imagen en compañía de Sophie. A veces olvidaba que era una intrusa. A un espectador desprevenido podría parecerle que estaban enamorados y pendientes el uno del otro.

Entró Sophie. Venía riéndose, estiró el cuello al verlo y, acercándose a él, inclinó ligeramente el cuerpo de cintura para arriba, como dándose aires de triunfadora, y lo besó cariñosamente, pero no demasiado, con el amor de una madre, como si no quisiera parecer demasiado molesta.

Oulipo se había imaginado que tan pronto como entrase lo miraría con resignación y odio. Se había preparado para eso durante toda la mañana, no esperaba su silencio. ¿Ahora ella estaba por encima de todo? Pensó que no le importaría que Sophie se enfadase, le gritase y llorase por enésima vez. El silencio y esa mirada acusadora eran mucho peores.

Sin ironía aparente, Sophie le dijo:

—No deberías sentir lástima por mí ahora mismo, me has hecho cosas mucho peores.

Al lado de Oulipo se agitaba sin tregua un demonio, flotaba a su alrededor como un aire impalpable; se lo tragaba y notaba como abrasaba sus pulmones, llenándolos de un deseo culpable e infinito.

Aquel sótano frío y alto de techo le dio miedo, sin que lograra explicarse el porqué, pues era suyo, la habitación en la que trabajaba desde hacía cinco años...

Sophie se puso a pasear mientras Oulipo estaba de rodillas en el suelo. Ella estaba aniquilada, bajó la cabeza, inundada en lágrimas.

—Ven conmigo —ordenó Oulipo, ahora sentado en el suelo.

Ella se sentó a su lado, lo miró con aire sombrío. Después, de repente, se le iluminaron los ojos; cogió a Oulipo, lo atrajo hacia su pecho y lo abrazó, con lágrimas en la mirada.

Oulipo era infantil en diversos aspectos. Se dice que todos los grandes hombres

conservan algo infantil. Era adulto, pero continuaba complaciéndose con juegos pueriles, circunstancia que le hacía parecer inquietante e incomprensible a ojos de Sophie.

Desde la cama, esa misma noche, Oulipo oyó temblar las ventanas y se puso nervioso pensando que las iba a arrancar el viento. Se sentó y miró hacia fuera, luego echó una ojeada a la foto de Helmut Newton que había colgada en la pared: *Hotel Room, Place de la République, Paris*, y su cara pareció casi asustada.

El miedo era su excepción. El valor y la aventura. Y el gusto por lo incierto, por lo osado. ¿Tomarse la vida en serio es bello o estúpido? Sophie estaba durmiendo. Había sido un acto impulsivo; se había fugado, evadido de todo aquello, ¿no tenía derecho? Simplemente lo hizo. Ni siquiera se paró a discutirlo con ella. Oulipo no tenía ni la más mínima intención de que Sophie lo poseyese, pero deseaba poseerla. La poseía.

Oulipo salió corriendo, ya había llegado al vestíbulo cuando escuchó un estruendo. Entonces se detuvo en la oscuridad, divagando durante cinco minutos, al cabo de los cuales volvió otra vez a la habitación. Tenía que encontrar una vela. Bastaba con buscar en el suelo, a la derecha del armario.

Sophie se enjugaba las lágrimas con un pañuelo y se sonaba la nariz.

—¿Estás muy colocado o qué?

Oulipo miró a Sophie:

—Sí, señora —dijo en tono de broma, y luego se volvió a ir.

—Espera un momento —dijo ella, recordando algo—. Necesito que me reserves una mesa para dos en el Big Red para mañana a las ocho.

Oulipo creía que el Big Red era como el restaurante de lujo del infierno. En el primer reservado había un dragón-hombre que barría la basura de la boca de una caverna. En el segundo, se veía a una multitud de dragones ahondando en otra cueva.

Oulipo pensó que le gustaría que ese día no tuviera fecha. Pero eso no sería en absoluto necesario si su corazón estuviese tan limpio como el de Sophie. No volvería a verla. No sabía cómo explicarlo, pero en algún momento había pasado por una experiencia que no era capaz de asimilar. Sólo había un rayo de luz en esa oscuridad. Con sus actos se había perjudicado únicamente a sí mismo, y nunca llegaría a entender lo neciamente que se había portado con ella.

Nublado el sol de su esperanza, Sophie contaba hora tras hora su agonía, y

crecían su ansiedad y sus dolores.

Oulipo abrigaba temores acerca de su posición, que no dejaba de ser peligrosa. De nada habían servido todos los sacrificios de Sophie. Ninguno de los dos era capaz de hablar, y sus recuerdos resultaban evidentes. Por suerte, alguien llamó por teléfono, lo que interrumpió definitivamente aquel momento como sólo lo puede hacer una llamada telefónica.

Durante el transcurso de la noche, Oulipo y Sophie hicieron las mismas cosas al mismo tiempo. Desde entonces, toda vaga idea que podía haber tenido de atentar contra ella había quedado encerrada bajo llave en los secretos de su propio corazón, y se confesó a sí mismo enteramente incapaz de abordar las esferas superiores del arte de amar. Su ambición no llegaba tan alto.

En líneas generales, su última idea consistía en talar todos los árboles de Hyde Park y sustituirlos por cadáveres (de ardillas). Debería excusarse, no era algo muy amable, ¿verdad? La inteligencia es una cosa, y el conocimiento otra. Lo que sabía no lo había aprendido al azar. Se había sometido a una disciplina rigurosa. ¿Podía imaginarse una situación más siniestra que la que estaba ideando? ¿De qué serviría? ¿Valdría para algo? ¿Cómo podía algo así ser arte? ¿No era acaso una obra eminentemente crítica? ¿Y no es así, por cierto, si bien a otra escala, como comienza la conciencia política: en el mal-estar? Estaba descontento con las obras de arte tradicionales, que dejan de mostrar lo más importante de la vida para enseñar sólo el resultado.

Sólo más tarde, después de entregarse a Sophie, reconoció el descenso de Dios dentro de él, pero no había sido más que un violento orgasmo.

Se dirigió muy triste al armario, preguntándose por qué nunca podía hacer nada a derechas para Sophie. Cuando las abandonó, ella se volvió a su hija y le dijo:

—Ya volverá una noche de estas. No es tan imbécil, no se lo tengas en cuenta.

Oulipo no podía esperar, y menos con ese dolor pesando sobre su cabeza, necesitaba otra gran obra, una obra maestra con todos los honores, y la necesitaba ahora, ¡ahora!

Para evitar todos los posibles errores decidió no valerse de ningún medio mecánico ni de ningún otro instrumento que no fuese su propio cuerpo.

Sobre el suelo del almacén de trabajo había una porción de luz solar con la forma y el tamaño de una guadaña. Su ropa estaba justo al borde de la luz. Cuando la

vio —el pantalón aplastado, la camiseta tirada y arrugada— estuvo a punto de caérsele la gran viga de madera que arrastraba.

Volvió a casa dos días después. Sophie se había ido a primerísima hora. Le inspiraba una total sobriedad ver que pocas cosas se había llevado esa mujer que adoraba todas sus pertenencias. Miró el armario y pensó: ¡joder, cuántas ganas tenía de largarse! Se la imaginó allí de pie. En el centro de todos los ruidos. Aquel era el espacio pensado para que ella permaneciera de pie. El vórtice. Justo al lado del marco alargado del espejo.

Se había ido a través de aquella enorme puerta de doble hoja que llegaba hasta el techo, el único elemento original del ático, que había sido restaurado casi por completo.

Oulipo casi no podía respirar, sufría de un narcisismo desmesurado. No se había podido despedir de ella. Le resultó francamente espeluznante. Se imaginó cómo desaparecía por un oscuro y desnudo túnel que se iba haciendo cada vez más y más estrecho. De vez en cuando caía del techo algún esqueleto y se rompía en pedazos junto a él. Gimió por Sophie. Era un burro redomado.

Algol es el acrónimo de un lenguaje informático inventado en los años sesenta. Las luciérnagas volaban de un lado a otro, incluso después de empezar a llover. Era hermoso. Oulipo pensó que se merecía ese descanso. Ahora estaba interesado en el arte de la falsificación, la piratería y el quebrantamiento de las leyes de propiedad intelectual. Le gustaba el trabajo manual, pero no desdeñaba el uso de softwares que le simplificasen las cosas.

Abadesa. De repente le vino a la cabeza esa palabra. Hay artistas que exponen sus propios cuerpos como si fuesen especímenes médicos, ¿qué problema había con los cadáveres de ardillas? Construiría una gran estructura que volvería a usar en todas sus obras.

Le pareció que su última exposición tenía un tono llorón, pero él se las daba de duro. Sufría una tensión espiritual sólo comparable a su desconfianza. Se acordó de cómo solía acercarse Sophie a su cara cuando quería que la besase. Sabía que estaba en San Francisco. Sintió un incesante tambaleo. Volvería a él; si no, sería él quien iría a buscarla.

El cenicero de cristal estaba lleno a rebosar. Todos sus amigos eran fumadores compulsivos. A Oulipo, fumar le parecía lo más abominable entre lo más espantoso y abominable, pero sus amigos formaban su aristocracia particular.

Janice tenía unos tirabuzones negros que bajaban hacia su pálida piel de muñeca. Casi siempre eran chicas simplemente bonitas. Un giro repentino, un gesto furtivo y sucumbían a sus pies.

Pasaba gente. Janice tenía 27 años, pero era menuda como un renacuajo de 12. Recordó su época en la universidad. Se sintió como si fuese el primer hombre destinado a caer en el abismo. Escuchó el estruendo lejano de unas guitarras distorsionadas. Ocultó el anillo de Sophie en el bolsillo y se preguntó si la estarían acariciando otros dedos. Se prometió a sí mismo que nunca haría nada por dinero. Nunca lo había hecho.

Antes de irse, Sophie había escrito con una barra de labios TE AMO en el espejo. Se había ido sin entrar en combate. Ahora se sentía desnudo e ingrátido porque sabía muy bien que ella no vendría a tocarlo esa noche. Ni la siguiente. Ni la siguiente.

Era consciente de que cualquiera que ame la belleza (y el arte) se expone al desprecio de los demás. Sophie estaba demasiado dolida para escribirle, aunque sólo

escribía sobre él. Oulipo no sabía si estaba siendo objetivo. El romanticismo, en el cine, en la fotografía, es sólo una imagen. El erotismo no es lo mismo que la pornografía. El público tiene súper-poderes, perversos, primitivos. Sophie era virtuosa, pero se las arreglaba para acomodarse a la cultura fetichista, le gustaba sentirse como un objeto, a veces, cuando le interesaba. Colocaba en todas partes dispositivos para escuchar y registrar, para reflexionar en sus libros sobre lo que grababa. Era capaz de organizarlo todo en sus textos de manera armoniosa.

A Oulipo le gustaban las vacaciones, la ropa cara, los perfumes y toda la parafernalia del consumo; el espacio que le concedía la sociedad para representar su poder. De todas formas, no podía ceñirse exclusivamente a eso y hablar a su hija dulcemente.

Un beso lánguido, una caricia sensual. No escogía a esas chicas, o lo que fueran, por azar. Había una línea secreta que hacía visible y expresaba con personalidad, pero el rostro era suficiente como etiqueta. Le gustaba depravar y corromper a aquellos cuyas mentes estaban abiertas. Luego, intentaba delimitar la frontera. La plenitud del sexo, el éxtasis del sexo, la forma pura y vacía. Lo hacía clandestinamente, transformando la realidad, sin decir ni una sola palabra. Algo complejo, sí. Sus deseos incongruentes pulverizaban el orden de su universo. A veces tenía intuiciones desesperadas que resolvían el problema. Botas de charol, látex, cadenas... A veces se acordaba de París. Del metro, de las paredes de los urinarios públicos. Ese delicioso terror. No le resultaba difícil encontrar lo que buscaba, alcanzar el clímax, pero el amor siempre ha sido el principal asunto en todo el arte, y quizás también fuera de él. Después de todo, sigue siendo el tema más audaz.

Oulipo sobrevivía a un rayo para luego verse devorado por otro. Pensó que a Sophie le interesaba demasiado la caligrafía, que es el único oficio de este mundo que tiene por patrón a un demonio. Lo que la conducía al continente negro era el amor, una pasión desdichada que le amargaba la existencia; su vida podía tener un desenlace fatal.

Un día, hace ya años, no mucho después de Navidad, había comprado peces, peces auténticos. Desde San Francisco a Londres el viaje era largo. ¿Debería ir? Oulipo pensaba que el amor es el gusto por la prostitución. Nunca se hacía ilusiones, ni en su juventud.

Había una chica de corta estatura, llevaba una camisa con el cuello abierto,

profundamente ajustada. Pensó en hacerlo con ella, pero tenía mal carácter. ¿Cómo? Le dijo ella. Oulipo era particularmente hábil, y era la víspera de la inauguración de su próxima exposición. Eso era un factor significativo. Siempre.

Aquella chica vibraba llena de inquietud. Una técnica bien desarrollada de control de las inspiraciones y espiraciones puede resultar valiosísima.

Resultaba una paradoja. Por un lado, Oulipo tendía a aislarse, a convertirse en un universo aparte al que sólo accedían unos pocos escogidos. Por otro, buscaba un público de masas. Era todo un arte. Tenía una parte espiritual, claro, pero intentaba olvidarse de ella. Creía en ciertas cosas.

Sophie hablaba poco y bajito, pero siempre era clara.

Oulipo pensó que tenía demasiado tiempo libre, y se fue a pasear por los suburbios del sur de Londres. Tres días después conoció a un tipo importante. Su amante estaba embarazada y quería que el tipo importante reconociese la paternidad. ¡Sálvame! ¡Por favor! Le gritaba ella. Oulipo no estaba a favor de la violencia, sólo de las guerras dadaistas. Creía en su suerte, y en sus ojos, pero la felicidad, tal y como la conciben la mayoría de los mortales, producía en él el mismo efecto que un vomitivo.

La amante propinó al tipo importante un golpe tan brutal que le saltaron dos dientes de oro. El tipo importante dijo que le gustaría asistir al parto y le ofreció un castillo bajo las murallas rojas de París. Aunque en realidad estaba unas millas al sur. Muy al sur.

Se escuchó un coro de gente que gritaba: ¡Ahí va el imbécil!, luego la voz del tipo importante, ¡Agarradla, los del metro!, después silencio, y después un barullo de voces. ¡Aguántale la cabeza! ¡Ábrele las piernas! ¡Cuidado, no la pises! Se casaron, y la prensa amarilla los persiguió por todas las capitales de Europa, África del norte y el cercano oriente. Pero cuando el tipo importante envejeció se volvió más exigente. Hay familias demasiado poderosas, y el incesto está prohibido en nuestras costumbres.

Oulipo se balanceó, y Augusto, que estaba sentado al otro lado, vio su copa de martini deslizarse lejos de su mano. Arrugó la frente mientras contemplaba de lejos cómo a su nueva amiguita se le caía la baba mientras hablaba con Ted Watson. Ted se pasaba la lengua por el labio superior cuando estaba caliente, y la amiguita de Augusto se lamía el dedo con la puntita de la lengua mientras explicaba que mantenía relaciones comerciales con un famoso filósofo. Oulipo tenía el cuello erguido y notó un calambre en la espalda. Se levantó y echó a andar hacia Augusto. En una bandeja

encontró dos copas de champán.

—Es esmerada y limpia. Modesta. —empezó a explicarle Augusto—. Silenciosa cuando... En realidad hay bastantes cosas más.

Augusto alargó la mano para coger la copa. Su amiguita cogió a Ted del brazo y lo besó. Augusto se puso blanco como la nieve, pero no dijo nada. No podía. Se quedó paralizado.

—La conocí en un baile que dieron los oficiales del regimiento de...

Oulipo siguió a Augusto hasta uno de los camarotes, en el que se alineaban numerosos libros de aritmética.

—No es digna de vivir —replicó Augusto—. Pero, ¿qué quieres? Son cosas de la naturaleza. ¿Quién es ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El que estaba besándola. ¿Qué busca?

—No preguntes. ¿Acaso esperabas algo de ella?

—No. No espero volver a sentir un amor como el que sentí por Mu. Sólo quería volver a estar con alguien, creo que no era una idea desorbitada. ¿Qué habrías hecho tú para llegar a su cama?

Esa era la clase de pregunta que gustaba a Oulipo; una pregunta directa. La amiguita de Augusto se había escapado con Ted Watson. Ya era de día. Una gota de vino se deslizaba lentamente por la copa. Al amanecer, Augusto se había despertado con su flacucho brazo alrededor del pecho de Janice. Él pensó en un aspecto sexual, que quizás más tarde podría convertirse en otra cosa. Una cara nueva, una nueva amiga. Augusto era joven todavía, pero estaba demasiado melancólico últimamente.

Oulipo volvió a pensar en Sophie. Ella jamás había dicho una mentira ni había robado un penique en toda su vida. La temía.

Así que ya sabéis un poco más sobre Oulipo, y sobre Sophie, y sobre Augusto. Incluso sobre Janice, Ted Watson y la amiguita sin nombre.

Augusto llamó a Oulipo. ¿No está ahí? Le dije que iba a ir a tu casa, que me esperase ahí.

—Déjala en paz —dijo Oulipo.

—¿Me vas a obligar?

—A mí me da igual.

—No sigas. Vamos a algún sitio.

—Tiene que controlarte alguien.

Janice había pasado con Augusto unos seis meses, llevando una vida tranquila y un poco sombría. Cuando Janice se fue de la casa de Augusto, había cogido el bus hacia el zoo. Estaba lloviendo. El autobús iba lleno de mujeres con niños. Al año siguiente, en París, Janice se puso enferma y tuvo que guardar cama. Augusto almorzó con ella un día en el club de campo.

—Ven —dijo Janice—. ¿No te parece mejor que vayamos un momento al comedor?

Era tierna y discreta, pero estaba deseando despedirse del paisaje de hormigón y ladrillos de los suburbios. ¡Quién sabe! Volvió a casa de Augusto.

Oulipo permaneció un rato en silencio, golpeando con los dedos el cristal de la pecera que había comprado Sophie. Sólo quedaban dos carpas. Abrió la boca desmesuradamente. No tenía que temer nada, ni acongojarse. No se arrepentía de nada.

—Aléjate de mí.

—Lo he intentado, pero no lo consigo.

—Me ahogo, no aguanto más.

Sophie había recorrido tambaleante el camino hasta la puerta. Durante los dos últimos años, la había dejado una docena de veces. Desde que la conocía, cincuenta o sesenta millones. Buscaba más aventuras. Una vez, en la cocina, había cogido la jarra de la licuadora y le había dicho que las cosas no eran como ella creía. Siempre era lo mismo: volvía, se iba a vivir con ella y después la dejaba. Siempre igual. En muchos sentidos, no era más que una especie de pareja imaginaria que satisfacía todas sus fantasías infantiles y narcisistas de que otra persona atendiese todas sus necesidades emocionales sin tener que ofrecer nada a cambio. Quería visitarla. Le hubiese gustado llegar en su BMW. La abrazaría y la llamaría por su nombre.

—Tranquila, cariño —Le susurraría—. No te contengas, te hará bien llorar.

Sophie saldría al jardín, se arrojaría en la hierba. En aquella época Oulipo tomaba barbitúricos. De algo hay que morirse.

Corrió hacia el teléfono. Era Sophie. Con un suspiro que le llegó al corazón le dijo: “Sin ti me mareo”. Parecía muy afectada. Parecía que habían pasado mil años, pero eso no tenía nada de extraño. Ser besado por Sophie era lo que lo hacía sentir más cerca de esa paz en la tierra de la que hablan los villancicos, pero Sophie ya no

era capaz de confiar en él, ni de asumir el riesgo de acudir a él.

Oulipo estaba en su almacén de trabajo intentando poner un poco de orden, cuando escuchó a lo lejos una conversación entre dos vecinos. Le pareció que estaban buscando algo. Las blasfemias de uno de ellos fueron tremendas, pero por fortuna no duraron mucho. Un altavoz emitió un ruido confuso. Tal vez fuera una voz. A qué vendría tanto ruido y tanto correr de aquí para allá. Él no tenía que levantarse temprano. No podría sobrevivir a un trabajo de ese tipo, aunque pensó que debía ser agradable repartir periódicos, por ejemplo.

Oulipo sabía que lo que hacía no era violencia animal. Era violencia, sí, pero ejercida por un ser que atendía a razones. Su nueva obra fue consagrada con rapidez por la ciudad.

Los fines de semana eran diferentes. La habitual visita a Augusto ya no formaba parte de su vida. ¡Formidable! ¡Magnífico! Augusto no hacía nada más que ir de putas. Haz lo que te parezca... Haz lo que te parezca... Le dijo Oulipo y se fue.

Oulipo estaba desfallecido, sentado y sumido en el silencio; con la conciencia tranquila, pero abrumado por las circunstancias. Ya había establecido antes una relación especial con las agujas. Estaba inquieto y le gustaba tener visiones espeluznantes. Desde ese momento se lanzó sin cuidado al despilfarro por las discotecas más in de la ciudad. Paradójicamente, parecía más vivo, inquieto y travieso que el resto de personajes, con su postura tiesa y altiva.

Una vez todo estuvo en calma, hasta la tierra le pareció estrecha. Después de eso estuvo callado durante un rato. Augusto volvió a su silla habitual, y empezaron a hablar y a pasarse la botella. Se miraron y se rieron un rato.

—Qué bromista eres —le dijo.

—¿Qué te apuestas?

—¿A qué? —Oulipo se encogió de hombros.

Un día, Augusto se había bebido un litro de ginebra el solito en menos de 10 minutos. ¿Cómo había ocurrido eso? ¿Cómo había podido ocurrir?

—Creí que habías cambiado.

—He cambiado, ése es el problema, ¿no? Sigo viviendo solo, pero ahora del todo. Ya no hay nada que me vincule al mundo exterior.

Para Oulipo, no era fácil comprender a Augusto. A veces lo odiaba. Como ya lo conocía, no hacía nada por él. Cuando era sólo un niño de 12 años, había matado

accidentalmente de un tiro a su hermano. Quizás por eso su vida de adulto estaba tan atrofiada, pero nunca le había aclarado lo ocurrido.

Se precipitaron hacia la puerta del bar. Había una chica de cuello esbelto y espalda ancha que se pavoneaba con gracia. Allí Augusto exploró mejor su atractivo y tras una compleja exhibición se entregó a ella.

Oulipo salió del bar y se fue derecho a su casa. Si su enfermedad fuese curable, ya se habría curado. Ahora entendía por qué los artistas siempre hablan sobre sus fantasmas; les cuesta cambiar de costumbres, renunciar a las drogas y el dolor.

La mayor parte de los muebles del comedor de su ático procedían de una cloaca. No era para tanto la cosa, hay cloacas y cloacas. Se rió. Quería pedirle a Sophie que fuese a verlo. Que fuese... ¿Para qué? La mesa estaba colocada delante de unas cortinas. Pensó en cerveza, en los dedos mágicos de Sophie, en las estadísticas de asesinatos, en las conejitas del Playboy, en las argucias de Sophie, en retorcerle el cuello a Sophie, en sexo y en cómo fabricar una estantería de ectoplasma encantador. Entonces sintió una repugnancia profunda hacia Sophie.

Por la mañana, subió a un autobús. Le pareció que estaba soñando. ¿Dónde estaba? No podía luchar él solo contra todos. Se detuvo para beber un trago. Luego, en el viaje de vuelta, alguien le dijo: ¿Ha pagado? Se llamaba Michelle, se la llevó a su casa. No tenía llaves para entrar, y no quería llamar al portero. Michelle era fuerte y bella, y sintió temblar su cuerpo. No todo era tan malo como parecía, pero era suficiente para un día, según pensó. Los hombres vulgares quieren ser dos y buscan pareja. Los genios quieren ser uno. Solitarios.

Oulipo salió por la puerta trasera y miró a uno y otro lado. Enfrente había una explanada rodeada por una cerca. Empezó a andar hacia la izquierda y a temblar bajo la lluvia. Era astuto, pero poco hábil. Dulce ansiedad. ¿No veía en qué situación se encontraba? Miró a hurtadillas hacia el portal y vio a Michelle sentada en el suelo esperándolo. Muy bien. Alzó la mirada hacia ella. No fue capaz. Volvió y fue a pedirle la llave al portero. Jugaron durante trece horas. Se podría decir que el efecto de ciertas sustancias en el cerebro humano es el equivalente a aumentar la potencia de un ordenador de 40k a 1GB. Después se callaron.

—¿Volveré a verte?

—Colgado de una horca.

Gran parte de la nube se disolvió inmediatamente.

Oulipo se despertó solo, abrió las cortinas y miró hacia el exterior. Pensó que Sophie persistiría después de la muerte, como el cabello que crece en un cadáver. Estaba enamorado perdidamente de ella. Se puso a bailar desnudo y se revolcó en la cama. Quisiera hacer el amor con ella. ¿Qué riesgo corría dejándola quedarse? Podría ir hasta su casa alguna noche. Estaba destrozado ante la pérdida de su gran tesoro. Una gran cantidad de cenizas señalaba el lugar donde habían ardido durante tanto tiempo. ¿Había otra cosa por la que valiese la pena luchar?

Un murciélago revoloteaba sin rumbo por la terraza. La puerta estaba cerrada con llave.

Un individuo con el que había almorzado le había contado una historia fantástica, pero ahora no escuchaba nada; había cierta tensión en el aire. Sophie siempre le besaba todo el cuerpo. Haría cualquier cosa por vengarse de ella.

A veces a Oulipo se le escapaba que hacía que la gente se sintiese incómoda. Volvió a su casa, atravesando el jardín. Como no vio al portero, resolvió entrar tal y como estaba, de lo más patético.

Augusto sería un desgraciado durante toda su vida, había muerto en cuanto había nacido. No es que fuese un criminal, pero le gustaba sumergirse en ríos de sangre. A Oulipo se le pusieron los pelos de punta ante la idea de tener a semejante ser por amigo; tenía alguna desviación anómala. Ahora le había dado por trabajar cavando fosas, decía que para enterrar bien a los muertos, porque le extrañaba mucho que la gente llorase tanto por un acto tan insignificante.

Desde hacía casi cuatro años, a Oulipo le gustaba tomar pastillas para dormir. Entró en la cocina, había un olor nauseabundo, especialmente para un amante de los perfumes caros. ¿Qué había soñado esa noche? Rayas. Agujas hipodérmicas. Una catedral. Un lago. Y un coche plateado.

Esa tarde había conocido a una tal Celia, una chiquilla de Kesey que dibujaba carteles psicodélicos. Vivía en Estados Unidos, en San Francisco. Iba de vez en cuando por el Browning y llevaba siempre una caja de cartón bajo el brazo.

Celia se dibujaba a sí misma decapitada, apuñalada, ahorcada, electrocutada, carbonizada, cortada en mil pedazos, estrangulada y gaseada.

—¿Y después? —preguntó Oulipo.

—Nada más.

Celia sacó un mantel de picnic de la caja de cartón, lo puso sobre la mesa y lo cubrió de conchas. Llevaba gafas de sol y estaba bronceada. Eran las 16:25 de una tarde de domingo. Entonces entró Jasper, un modelo, con su novio pelirrojo. Jasper se llevó las manos a la cara al ver a Celia, y después se agarraron un pedo impresionante.

Celia, Jasper y el pelirrojo no quitaban los ojos de la pantalla de la tele. Jasper apretó a Celia contra su pecho. Ella dio un leve respingo y trató de disimular su incomodidad. El pelirrojo estaba contento, miró otra vez a la pantalla y después salió corriendo.

Celia se volvió con indolencia e inspeccionó el bar. El decorado de estuco, las tres ventanas con cortinas moradas, el pequeño jardín trasero. Oulipo lanzó una mirada furtiva a Jasper.

—¿Te interesa la fisiología?

—Mucho.

Se fueron al baño y contemplaron el cielo juntos.

Oulipo estaba frente a su ventana encendiendo cerillas, concentrado en sus zapatos. En ese momento podría haberse creído cualquier cosa. Ya no estaba angustiado, estaba triste. Pasó un rato largo antes de que volviese a pensar en Sophie. Era cosa mala. Se inclinó hacia su foto. Nosotros nos amamos, pensó. Algún día iría a buscarla, pero nunca era el momento apropiado. Tal vez había llegado demasiado lejos. Volvió a salir a la calle. A las calles oscuras. Los coches. Abrió los ojos y vio al pelirrojo en una esquina. Al volver a casa bajo la temblorosa mirada del amanecer, absorto en la bruma, encontró cierto deleite al contestar una llamada en su teléfono móvil. La puntillosa, caprichosa y burlona Dreide. Eran tan negra que parecía tallada en ébano.

—Creo que jamás conseguiré un marido.

Oulipo bajó hasta el río y observó el agua.

—¿Crees que realmente es eso lo que te conviene? —preguntó a Dreide.

Oulipo se dio cuenta de que era un idealista, había gente que no le decía nada. Dreide era tan profunda, tan basta e increíble... Era una mujer desesperada, pero también hay hombres desesperados.

Un desconocido pidió algo a Oulipo, amablemente. Oulipo tenía sueño. El desconocido le dijo que le gustaba su camiseta negra. Oulipo pensó que quizás el desconocido era un hombre interesante. Volvió a sonar el móvil. Contestó. Colgaron. Se fue a casa y cerró suavemente la puerta. Pasase lo que pasase, estaba condenado.

Quizás había sido un poco brusco con Sophie. Lo que le había dicho en el restaurante... No le había hecho caso.

Ya se había quitado la chaqueta y estaba empezando a desabrocharse los pantalones cuando percibió, en el pasillo, unos ojos que lo miraban fijamente. ¿Los reconoció? Sí, me imagino que sí. La puerta de la habitación era de cristal. Se tendió en la cama, era una locura, haría las paces con ella, le debía una explicación. Sophie se echó a reír. Oulipo se levantó. Sus miradas se encontraron.

—No sé qué decirte, ya iba a marcharme.

Sophie se dirigió hacia la puerta, la abrió y se fue sin decir nada más. Cuando Oulipo consiguió dormirse, ya eran las once de la mañana. Al despertarse, sacudió la cabeza y se obligó a mirar hacia la puerta. Sophie volvía a estar allí, y se acercó a él. Se

sentó sobre la cama y se abrazó las rodillas. Estaba descalza, y llevaba las uñas de los pies pintadas de azul oscuro. Oulipo tuvo miedo, todo estaba pasando de una manera muy extraña. Estiró los labios en un simulacro de sonrisa y le tocó la mano.

Ese día susurraron, jadearon. Sintieron escalofríos, se estremecieron, se les heló la sangre. Para Oulipo, la voluptuosidad única y suprema del amor radicaba en hacer el mal.

Esa noche, Sophie escribió un poema sobre la muerte y se esfumó. Quizás su aparición había sido sólo una ilusión. Algo efímero que no podría haberse concebido de ninguna otra manera.

Nueve meses después nació Sara.

Oulipo había conseguido un par de exposiciones muy buenas y estaba más tranquilo. Augusto decía que quería dejar las drogas, pero nadie se lo tragaba, iba siempre con una botella de cerveza bajo el abrigo. La policía lo paró una noche en el Soho y le examinaron los brazos para ver si tenía marcas de agujas. Llevaba 50 miligramos de morfina y le temblaban las manos. Le pidieron a su padre que testificase sobre su estado de salud.

A Oulipo no le hizo mucha gracia toda esa historia. Augusto decía que ya se buscaría la vida.

El viento empezó a soplar otra vez en la terraza. Oulipo se sentó en la mesa y le recordó a Augusto que había algo que tenía que resolver desde hacía muchos años.

—Bueno, yo tampoco quiero hablar de ello, pero no quiero seguir nadando en esta porquería.

Al principio, cuando Augusto le empezaba a hablar de sus problemas, Oulipo se largaba, pero después había decidido aguantar el tipo y quedarse escuchando.

Augusto llevaba puesta una falda escocesa y una especie de zapatos de tacón. Estaba tembloroso.

—¿Qué coño te hizo tu padre?

—Sólo hizo su trabajo.

Augusto se fue dando tumbos, y Oulipo intentó no demostrar la terrible impresión que le producía verlo así. Totalmente asexual.

Miró las fotos de Sophie y las niñas, después miró al suelo. Durante un segundo pensó que iba a ponerse a llorar.

Al bajar a la calle, Oulipo pasó junto al coche plateado con el que había soñado.

Augusto seguía por allí, de pie junto a un perro, con un vaso en la mano. Pensó que su vida ya no tenía mucho sentido y que el mundo no era perfecto. Tal vez debería desaparecer. Oulipo se fue, empezaba a avergonzarse de su amigo. Era doloroso, era una locura. No lo despreciaba, pero no le iba a suplicar que dejase las drogas porque su destino ya estaba determinado.

Oulipo llevaba una camiseta negra con pequeños cortes. A veces imaginaba que el paraíso no estaba en el cielo ni en las nubes, sino dentro de su cabeza, y entonces le parecía que dentro de su mente no había suficiente espacio. ¿Por qué no quería a Sophie?

Un pintor llamado Thor Deslogol había ido a visitarlo desde Alemania, quería ver su obras y charlar con él. Deslogol le enseñó sus cuadros. Eran un poco horteras, sobre teorías de la conspiración.

Oulipo —le dijo Deslogol—. No quería molestarte, pero a veces es necesario molestar.

Oulipo decidió ir al almacén a buscar unos negativos de unas fotos que había perdido. Fueron los dos en su BMW. No tenía ganas de conocer mejor a Deslogol. No dejaba de repetirle la misma pregunta: “¿Qué sucedió realmente el día de la muerte de Diana Spencer?”. Era pleno verano y hacía calor. Deslogol era un tío extravagante. Cuando llegaron al almacén, en determinado momento, Deslogol le preguntó:

—¿Eres gay?

—¿Necesariamente se tiene que ser una cosa u otra?

Convencido de la imposibilidad de deshacerse de Deslogol, Oulipo decidió enviarlo al monasterio donde vivía Toni Príncipe, un desgraciado espantoso que seguro que estaba dispuesto a hacerle un favor.

Sophie estaba en Saint Anthony, igual de atrapada que Oulipo. Aquella fue la primera vez que fue a buscarla ese año.

—Eres mía. Ahora y siempre.

A veces, a Oulipo le parecía que no sabía nada sobre ella. Sophie levantó la mano y quitó una pelusa que Oulipo tenía en el pelo. A la mierda. Todo ese rollo de la verdad. Ella llevaba el vestido mal abotonado. Aquel vestido que le robaba el corazón. Sí, aquel vestido tan corto. Oulipo le dijo al oído:

—Quiero decirte todas esas cosas, esas cosas sucias que no deberían decirse nunca.

El sexo lo cura casi todo. Oulipo se imaginó a Salomé en el burdel de su inconsciente. Fuese lo que fuese lo que había entre ellos, lo tenían que haber enterrado hace mucho tiempo.

Cuando entró con Sophie en la habitación, Ness estaba tumbada en la cama con unos sobres de azúcar atados a los tobillos. Cuarenta minutos más tarde, Sophie consiguió que se durmiese en su cuartito.

Todos estos embrollos entre Oulipo y Sophie eran divertidos. Se compenetraban de maravilla, pero eran insufribles. Ya en la cama, antes de dormir, Oulipo creyó que Sophie iba a pegarle. Los dos se examinaron mutuamente, eran perfectos.

Augusto se estaba ahogando en la sombra insegura de sus recuerdos, volando sobre las olas. Había cambiado toda su ropa de marca por ropa usada, y estaba convencido de que ya no le interesaban las mujeres.

Oscurecía, y Oulipo contaba las páginas que quedaban para el final de Augusto. Sophie no decía nada. Estaba sudando, con la lengua de fuera, en la cama no conseguía tranquilizarse, pero se recobraba rápidamente.

—Vivimos en una ciudad grande y brumosa.

Oulipo se abandonaba al amor que ella sentía por él, porque ella aceptaba su fealdad. Pero después volvían a lo de siempre. A los problemas.

Un profesor de historia antigua le había dicho una vez a Oulipo que pensaba que estaba extraviado. Oulipo había respirado hondo y esbozado una sonrisa incómoda. Después se había ido a mear.

Oulipo se tomó un café y se tranquilizó un poco, entonces empezó a oler a gas. Augusto estaba en la cocina, moviéndose con frenesí. Oulipo suspiró:

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea. El sashimi me da sed.

Las palabras de Augusto acentuaron los destrozos. Desde que había intentado electrocutarse ya no expresaba sus sentimientos en voz alta. El caos.

—Estoy encerrado, Oulipo. Voy a tardar un buen rato.

Augusto se quitó las gafas y, con mano trémula, cogió el ordenador portátil. Oulipo comprendió que iba a perseguirlo siempre como una puta barracuda.

La siguiente obra iba a estar bien definida y calculada. Oulipo comprendió la imposibilidad con que se estrella el amor al recordar historias olvidadas con Sophie.

¿Qué brujería ejercía sobre él? A sus pies apareció Ness revoloteando con unas alas negras.

—¿Estás imitando a tu madre?

—Mamá es inigualable.

Oulipo pensó que no conocía ni su propio mundo. ¿Por qué no respondía a nada? Se desplomó en el suelo y recorrió todas sus emociones inexplicables. Tenía que aprender.

Se fue al bar de abajo, se acabó una copa y pidió otra. Abandonó el bar y telefoneó a Dreide. A ella le gustaban las tragedias románticas

—¿Dígame?

—De lo único que estoy seguro —contestó Oulipo— es de que no amo el arte.

—¿Te estás acostando con alguien?

—Ya me conoces.

Oulipo pensó que era un objeto. El conocimiento es un fenómeno realmente extraño.

A la mañana siguiente se despertó compadeciéndose de sí mismo. Sophie lo sabía. Su alma lo sabía. La perfección es esquiva. No podía resolver el mismo problema todas las mañanas.

Sophie se bajó cautelosamente las bragas de algodón, contra la pared, cerca de la puerta. Oulipo se levantó de la cama.

Aquel invierno llegó a Londres Aubrey, un miembro del senado francés que tenía una galería de arte. Después de desayunar con Oulipo, le prometió, le juró por Dios, que lo recompensaría.

El suelo de la exposición estaba cubierto con una alfombra roja. Oulipo se apresuró a levantar los párpados y se le quedó la lengua pegada al paladar. ¿Qué había visto allí abajo? A Augusto, apoyado en una de las paredes. Estaba más gordo, discutía acerca del paisaje con un vasito de vino y un sacerdote.

—He pasado tres semanas magníficas —le dijo Augusto a Oulipo más tarde.

—¿Estás empapado en alguna droga que te sirve de antídoto?

—Desde luego.

Esa noche, Augusto cogió un avión a Viena. Oulipo sintió una gran pesadez en los párpados y se quedó adormecido. Creyó ver que la puerta se abría y aparecía Augusto en el umbral.

—¡No! ¡No! —insistió Sophie— Te amo más que a mi salud.

Oulipo comprendió que había vuelto a llegar la hora. No os podéis imaginar con qué inquietud pasó aquel día. ¿Qué quería de él? ¿La había acechado? ¿La había atacado? ¿La había herido? Él no podía comprender la horrible agonía de Sophie. ¿Destrucción prematura? Para Sophie, la tristeza y el miedo tenían cierto encanto.

Aquella mañana, después de bombardear a Sophie, le pareció escucharla, que lo perseguía en sueños. Ya estaba hecho. Sophie se había ido con aquella falda salpicada de flores azules. ¿Tenía celos? Y las niñas. Las tres eran una unidad idéntica, y él su hombre cruel.

Todo el mundo estaba borracho. Oulipo le preguntó a Augusto cómo se encontraba y todo eso, parecía un poco decepcionado. Augusto se sentó en el suelo, frente a la ventana. Estaba hecho un lío y había cometido la insensatez de vender su casa. La luna reapareció en el cielo, perseguida por un silencio caluroso. Augusto tenía un cuchillo de su padre con una inscripción, lo había ido a ver para pedirle consejo.

—No estás hecho para el trabajo —le había dicho el médico.

—Sí.

—¿No irás a cortarte con eso? —le dijo Oulipo.

—Supongo que sabrás que nunca he querido casarme y tener hijos.

—Pues...

—Tus niñas son un par de chicas muy picaronas. Son alegres y divertidas.

Se acercaron a la barra y volvieron a llenar sus copas. Se habían puesto la misma loción para después del afeitado. Había un policía. Consultó su reloj, por simple curiosidad.

—¿Lleváis algo? —quiso saber el policía.

—Sí, creo que tengo algo.

—Muy bien.

Ahora se pondrá a hablar conmigo, pensó Oulipo. El policía tenía una sonrisa sorprendentemente maravillosa y angelical.

—¿Eres un camello?

—No.

—No pasa nada. Creo que deberíamos irnos, para hacer algo.

Oulipo le dijo que sí. Se levantó y fue a llenarse una nueva copa de coñac.

Ahora lo veía todo claro, era despreciable. Era rico, joven, guapo y podía conseguir todo lo que desease. ¿Qué era el amor? Lo hacía feliz verse en tales disposiciones. Gozaba.

La habitación de Oulipo volvía a estar vacía. Sophie nunca le había dicho qué opinaba del ático. Había algunos pisos desocupados con las ventanas tapiadas.

Augusto estaba en la otra habitación, junto a unas fotos de dos asistentas asesinadas por un diplomático sueco. En el séptimo piso, junto a la ventana, había un lienzo y una piel de búfalo.

Un mes más tarde, Oulipo se despertó jadeante, empapado en sudor. Había tenido una revelación de un modo totalmente fortuito, pero no encontró modo de descifrar el enigma planteado.

Había echado a Sophie, y ahora ella vivía en alguna otra parte. No tenía ni idea de si volvería a verla. Se estaba poniendo tenso. Apagó la música y se sintió decepcionado. Estaba consternado, pero en cuanto salió a la calle pensó: Podría hacerlo al revés. Al final del día cayeron uno en los brazos del otro y gotearon lágrimas de felicidad. Ella lo había perdonado.

Al mediodía, Ness tosió su gripe sobre el plato de sopa. Después dibujó un cerdo con traje y corbata. Oulipo había pedido langostinos con salsa tártara.

—Tendremos que esperar a ver. Lo digo en serio.

Una tarde, estaba solo con Sophie en su habitación y pensó que al día siguiente decidiría su destino. La confusión de su espíritu empezó a sosegar. Guardó silencio. En lugar de tomarse un helado de chocolate miró hacia delante y hacia atrás. Como en su vida había abierto la Biblia, se reunió con Sophie bajo el abrigo de la oscuridad y forzó la puerta de la ciudadela, que cada vez se ensanchaba más.

—Oye, siéntate aquí en el sofá...

Cuando la besaba, crecía doce veces. Era maravilloso. En realidad, sintió que su resistencia se venía abajo. Jugaron otra vez, repartiendo cartas en todas las mesas. ¿Qué les pasaba? ¿Tenían fiebre? Abrieron las manos y levantaron los brazos. Jamás habían visto tantas lágrimas, tantos golpes. ¿Qué les pasaba? No estaban enfermos. Eran ángeles. Los pensamientos giraban como un torbellino en sus cabezas. ¿Por qué? Se pusieron muy contentos y se sosegaron. Habían deseado y exigido furiosamente. ¡Sí! Es largo de explicar, pero todo es posible. De todos modos, se despertaron, se levantaron de la cama, y entre sus labios surgió la nada entre

paréntesis una vez más. Estaban llorando.

Sobre Oulipo pesaba siempre el estrépito de la incesante agitación de Londres. Esquivó a una ciclista de doce o catorce años. Eso sucedió un viernes. Por un extraño descuido pensó en la naturaleza del terreno y terminó en el número 29 de Ratcliffe Highway. La diferencia era total: 20 minutos. Comprendió que podría haber ocurrido un accidente 40 minutos antes. Estuvo pensando en eso durante todo el transcurso de una hora, casi 70 minutos. Era una sospecha razonable, pero la ciclista había escapado. La destrucción hubiese sido plena. Otra noche de descanso. No pudo esperar en su casa, estuvo fuera desde la 1 a.m. hasta las 8 a.m. del día siguiente. Cuando volvió, Sophie tenía puestas unas medias de seda negra. La miró mientras lo interrogaba, por temor o cautela. Adivinó que había estado a punto de ocurrir un desastre gigantesco y especuló sobre ello.

Sophie trabajaba poco, de vez en cuando, perdía el aliento algunos días oscuros, entonces se libraban batallas campales. Se ponía de pie y decía que se iba a ahorcar. A veces leía periódicos antiguos, pero nunca se dignaba a mirar los más recientes. Eso era lo que le importaba.

Hacía muchos años, un portero había asesinado a un tal Abraham en una agencia de seguros. Lo habían deportado a Alemania. Cuando lo ejecutaron se levantó el fanatismo. Al final de su vida era sólo un majadero, pero resultó que no había asesinado a nadie, que el tal Abraham había muerto en su cama. Era sólo un extranjero venido de lejos. Muchos se burlaban de él, pero era un artista de primera línea. Oulipo pensaba que era lamentable comprobar que su obra hubiese desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. Lo lamentó. Sus bocetos habían llegado a sus manos por azar, los había descubierto Aubrey, pero no estaban muy seguros de su autenticidad.

En el diccionario no existen palabras suficientes para describir la vida de Oulipo, pero vale la pena hablar sobre ella.

En menos de 24 horas, tomó prisionera a la muchacha más deliciosa del mundo. No sabía si era correcto o incorrecto. Comió un plato de sardinas y unas fresas. Eran sorprendentes, sus limitaciones. Llegó a la máxima altura posible, pero no siempre se puede esperar que las cosas resulten como queremos. La verdad es que la muchacha en cuestión no tenía nada de atrayente, pero era nueva. Todo era un profundo y oscuro rompecabezas; Oulipo tenía un monstruo en el bolsillo.

Estaba allí, cuando Ness arrojó una pera de sabroso aspecto, estaba a sus

órdenes. Después de meditar un momento, advirtió que su hija era como él. Le mandó leer un libro, y ella cumplió sin rechistar tan noble tarea. Cuando acabó, dijo:

—Hay que tener cuidado con los libros, sólo cuentan la mitad de la historia.

Cierto día, Sara estaba en la cuna y le tiró del pelo. Sólo una ligera incomodidad. Era todo un poco confuso. Nada. Simplemente, abrió el grifo y salió una nube del cielo. Escuchó un rumor de ahogados sollozos. Era Augusto:

—¡Es espantoso! El sermón matinal de la iglesia.

—¿Si?

—Estoy tan cansado, Oulipo... Tan cansado. Me iré al hotel a las 10 de la mañana.

Oulipo guardó silencio. Augusto susurró acongojado:

—Soy el único capaz de darle 20 libras al diablo —y se puso a cantar—. ¡Amén!

Su voz resonó de manera estridente. Después se puso en pie y se abrió camino hacia el pasillo. Finalmente, hubo un relativo silencio y le pidió dinero a Oulipo con una expresión divertida.

—¿Cómo?

Sophie sacó un sobre del bolsillo con unos billetes. Augusto lo contempló con interés y recibió once billetes. Ese mismo sábado por la noche Augusto se sintió desalentado, le remordía la conciencia. El dinero era suyo y estaba contento. Le duró 3 semanas.

—Augusto es un holgazán de poca monta.

Una observación de oro. Sophie no debería darle dinero. Ni una libra.

Oulipo se quedó sentado. Sophie tenía buena voluntad, ¿por qué le había dado tanto dinero? Lo tenía que haber ingresado en el banco. Augusto era un ladrón, tenía que buscar un empleo responsable.

Sophie lo tocaba con caricias. Volaba en círculos alrededor de él, y Oulipo sentía un inmenso alivio. Estaba de buen humor y resplandecía como una bala de mercurio. El paisaje se dividía en dos, Oulipo analizaba demasiado las cosas.

Ness tenía un escarabajo metido en una jaulita, quería sacarle sangre y se lo estaba pasando muy bien. Lo descuartizó y lo enterró en la terraza.

—¿Estás seguro de que no ha sacado esa idea de mis obras? —preguntó Oulipo a su otra mitad.

—A los niños les gusta desintegrar.

—¿Qué significa eso?

A Oulipo le gustaba su trabajo. Sophie salió de la cocina, dijo una tontería muy grande y se produjo como un vacío. Estaba muy morena. Increíble. Luego se dirigió a la puerta cantando y bailando, como si se deslizase la superficie de la tierra. A Oulipo le brillaron los ojos. Había pintado las columnas de color frambuesa. ¿La vida no tendría que ser siempre así?

Oulipo se volvió y miró el televisor, había algo en lo que no se había fijado. Vio a Ness en la entrada, afeitándose la cabeza. Fue a abrazarla, era un diablo, como él. ¡Oh, no! Pronto llegaría el verano. Sophie clavó la vista en el techo. Al día siguiente estaba en un vuelo de Japan Airlines con una mujer llamada Charlotte. En Asia encontró lo que andaba buscando: canarios adiestrados y un sombrero para el sol.

Oulipo fue al supermercado y sospechó que iba a encontrarse a Augusto por allí.

—¡Rápido! Pasáremos la noche en la parte de atrás de mi Aston Martin.

Después Augusto se atragantó con una hamburguesa.

—¿De dónde has sacado dinero para un Aston Martin?

—Cariño, con la imaginación.

Entonces vomitó en la moqueta. A la encargada le molestó más de lo esperado Al fondo del pasillo.

—Nos veremos la semana que viene.

Si Augusto tuviera un accidente no le importaría. Uno de esos días, no sabía cuándo, pondría en peligro su vida. Estaba sensiblemente borracho y hablaba de un rotulador de cuando tenía 15 años. Después de eso se fue a Sudamérica. El momento más perfecto de la vida de Augusto.

Ness estaba extasiada con la gran ciudad. Se agachaba para dejar que Sara la siguiese con una mirada de adoración. Sophie los llamó desde Sydney. Ness corrió como una liebre. Oulipo la envidiaba.

Al volver de su viaje de promoción, Sophie se dejó caer en el sofá. Parecía una intelectual. Era el momento más romántico de sus vidas, pero Oulipo estaba pensando en la cajera rubia del súper. Sophie murmuró una frase desde el sofá. Era perfecta.

—Quiero relajarme un poco, han pasado casi 6 semanas, pero ha sido algo efímero.

Oulipo reflexionó, eran unos snobs, y eso estaba bien. El carrito de Sara estaba en el pasillo, estaba fascinado con ella.

Sophie contó su historia en Japón.

—Y ya estoy otra vez aquí.

Le enseñó una fotografía de un objeto sobre una mesa. Era una cosa rara. Entonces se escuchó un coche. Ness estaba construyendo una ciudad con papel maché y se movía constantemente. Oulipo pensó que era una niña lista. Parecía todo tan... lioso. La vida es un engaño, lo único que consiguió decir fue:

—Sí, sí.

En fin, bueno, ya veremos. Ahora era todo un poco aburrido. Le pidió a Sophie que se fuera a Disneylandia. Sophie se levantó las gafas de sol y le confió:

—¿Te acuerdas de aquel Halloween con cuchillos y tenedores de imitación de plata? Nunca he vuelto a ser capaz de mirar una revista pornográfica.

—No podrías hacer nada mejor. Era una foto tan extraña...

—Muy bien. Tú ganas. Me voy con las niñas a Disneylandia.

Pero Ness los interrumpió en ese precioso momento contando un chiste sobre androides.

¿En qué situación se encontraban sus vidas?

—Era un androide con cejas.

Oulipo miró a Sophie y se fue a recorrer las calles. Estaban casi desiertas. Había un hombre tosiendo, sentado en una moto. Pasó un coche. Cuando salió el sol, Oulipo conoció a una chica australiana que se había sentado a su lado. Llevaba un vestido negro de lana. Parecía buena. Le llegaba a la altura del pecho. Pasaron junto a un estanque, la chica se arrodilló y se puso a fumar. Oulipo hizo un leve gesto de indiferencia. En el suelo encontraron una jaula de mimbre.

—¿Tienes cerillas?

—No fumo.

—No lo dices en serio.

Oulipo torció y siguió por una calle, desde el extremo le llegaban los gritos de la chica. Se había enfadado y se había puesto a llorar. Un hombre de cabellos blancos y bigote recortado inclinó la cabeza ante ella y le tendió las manos, con las palmas hacia arriba. Tenía una voz monótona e inexpressiva. Oulipo se marchó tranquilo, no iba a pasar nada. Entonces imaginó a la chica australiana con el hombre de cabellos

blancos y bigote recortado pagando el alquiler de un cuarto. El hombre debía ser americano. Se sintió culpable, había deseado conocerla mejor, parecía una yegua en celo. ¿No le daba vergüenza? Sólo servía para crear problemas.

Entró en una cervecería, lo invitaron a un whisky. Se arrodilló y desabrochó los zapatos de una mujer que movía los brazos, vestida de rojo. Se pusieron a bailar. El ambiente era macabro. Salió disparada una cerilla como una estrella fugaz en miniatura. La gente los miraba. La música empezó a sonar de nuevo. Sentía su mano, tenía las piernas frías y un pitillo entre los dedos.

—Me da igual lo que hagas —dijo Oulipo—. Pero lo que sea, hazlo.

Cuando terminó, encendió otro cigarro y se bebió una ginebra. Oulipo se quedó dormido. Quería dormirse. Ella lo dejó en paz, se levantó y se acercó a la puerta. Luego sacó otro pitillo y siguió andando. Él no la había buscado.

Oulipo volvió a casa. Sabía que Sophie se daba cuenta de todo. Debería portarse como es debido. A la tarde siguiente estaba dando una vuelta alrededor de la manzana y alguien lo empujó.

—He estado en la cárcel —dijo Augusto secamente.

—¿Has matado a alguien?

—Quieren que me vaya de la ciudad. Había un hombre que...

—¿Tu padre?

—Sí.

Oulipo lo vio buscar algo en el bolsillo, una piedra.

—Billetes. Billetes, por favor.

Sonaron las tres en el reloj del juzgado.

—¿Recuerdas la última vez que estuviste en mi casa?

—Sí. Y cuando pienso en cómo pude... ¿Qué culpa tengo yo si ella... ?

Se escucharon los frenos de un coche. Augusto llevaba una botella de ginebra y un paquete de cigarrillos.

—Sólo tengo 2 libras.

—No me extraña.

Oulipo cruzó la calle tranquilamente. Llevaba una camiseta color cereza.

—Anda, vamos —jadeó Augusto roncamente.

Oulipo se dio la vuelta. Detrás de él, Augusto se abalanzó sobre un coche. Un Ford pequeño con manchas de barro. Oulipo lo miró aturdido. Augusto intentaba

mantenerse erguido, estaba enfermo. Oulipo lo llevó a un hotel, no tenía nada en contra de él, pero no estaba dispuesto a llevarlo a su casa. No haría eso, tenía dos hijas.

La hermana de Augusto se entrometió en el asunto:

—Pobre desgraciado, ¿no había sitio para ti en la cárcel?

En la puerta del hotel los coches se alineaban en doble fila. Oulipo no quiso quedarse a hablar con la hermana de Augusto. Tenía que hacer la cena. Ella llevaba siempre una pistola, le daba miedo. Dio la vuelta y se fue hacia su casa.

Sophie tropezó con la mesa y cayó de cara hacia el rincón opuesto dejando atrás un zapato.

—Hola guapa —dijo Oulipo agachándose y acurrucándose contra ella. Después de darle una chupada, lo recorrieron leves estremecimientos. Escuchó avanzar a Ness por el pasillo. Encima de la mesa estaba una camiseta de Augusto manchada de sangre.

—¡Estúpida, más que estúpida!

—¡Ya está bien!

—Augusto —dijo Oulipo alzando los ojos.

—No te lo quería decir...

—¿Ha estado aquí? ¿Qué quería?

—Algo de comer. Va a morir.

—Pobre infeliz, lo he visto. ¿Qué ha hecho para que quieran matarlo?

—Le dije que se fuera, pero se quedó inmóvil, incluso dejó de respirar.

—Su hermana es una zorra. Volverá.

—Creo que había bebido más de la cuenta.

Ness entró de un salto en la cocina, se sentó y se puso los zapatos. Sin detenerse, giró muy deprisa y se incorporó.

—Se había bebido una botella de crecepelo.

—¿Qué le ha pasado?

—Dolor de estómago.

—¿Dónde vive?

—En su hogar dulce hogar. Supongo.

Sophie parecía más joven y más bonita cada día que pasaba. Bueno, tampoco hay que exagerar, era un poco espacial, nada más.

Ness empujó una caja hacia un rincón con la rodilla, ella no se movió. Abrazó a su padre y le chupó los nudillos. Sophie los miró. En el fondo del pasillo brillaba una luz muy débil. Oulipo sacó un reloj del bolsillo, Ness lo contempló, levantó la vista, sonrió, pero no dijo nada. Se encogió de hombros.

—Hoy me ha hablado el cajero automático, me ha dicho que soy un pijo de mierda.

—Me parece que te ha identificado. Habría visto tu cara en alguna parte.

—Las gafas de sol Ray-Ban. Creo que no lo entiendes. Mira lo que pasó...

—Tú nunca has sido un pijo de mierda.

—¿Y Augusto? Ha sido una semana mala.

Esa noche el aire estaba lleno de moscas, la realidad se desbordaba, era imprecisa.

—No quiero que le hagan daño. Lo he visto y...

—Augusto nunca ha sabido controlarse, nunca ha sido capaz de conseguir lo que quiere. Crea problemas.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Sophie dudó qué decir:

—No lo sé.

Oulipo esperó a que pasase algo, ¿qué? Le molestaba. Tenía un dolor de cabeza bastante jodido, pero en cierto sentido era satisfactorio, así mantenía el control. Era un mal chico, tenía que aprender a ser más adulto, era indudable.

Augusto había dejado un mensaje grabado en el contestador, decía que ya se pasaría. Oulipo se miró la cara en el espejo.

—¿Lo echas de menos?

Oulipo pensaba en el infierno particular de Augusto, pero sentía un alivio inconsciente bajo Sophie. Se preguntó si se le escapaba algo. Una vez había visto a Augusto en el cementerio caminando entre las tumbas, a principios de octubre, parecía un muñeco ridículo, era repugnante.

En la casa de la hermana de Augusto no contestaba nadie.

—¿Tienes la menor idea de adónde ha podido ir Augusto?

—Estoy buscando a su hermana.

Oulipo volvió a llamar por teléfono, cogió la mano de Sophie y se la metió dentro de los pantalones.

—Es demasiado tarde. No debería haberlo dejado con ella.

Sophie llevaba una falda tan estrecha que parecía una criatura frágil con huesos largos como colmillos. Batía las palmas con la benevolente y tranquila Sara. Ness la besaba haciendo un ruido de ventosa. En la casa sólo se oían dos ruidos. Oulipo tocó las caras de Ness y Sara con mucha suavidad:

—Tengo que hacer algo.

Se sentía como si estuviese bajo arresto domiciliario, vivía en una burbuja a punto de explotar. Ojalá pudiera colocarse un escudo, extender la mano y estrangularlas. Tenía que evitar cualquier brusquedad, tenía que deshacerse de su vida. Sabía exactamente donde estaba. No le habían enseñado a tener miedo. Un interminable espacio blanco lo atravesó centímetro a centímetro. Retumbó y pensó que era idiota. Pensaba lo mismo muchas veces al día. Todo había llegado demasiado lejos, tenía náuseas y vómitos. No reconocía su propia casa. Sophie era una cornuda. Prefería cruzar el mundo entero que quedarse en su casa. Se echó a llorar, y siguió lloriqueando en los brazos de Sophie. Pocas horas después se marchó. Se pasó tres días tratando de racionalizarlo todo; los posos de su vida. A Sophie y a él los unía un nudo. La odiaba, pero era la criatura más hermosa que había visto en su vida. No, Sophie era incómoda.

Oulipo besó a Louise. Deseos extraviados; eso era lo que evitaba. Louise era perfecta, como una música suave de un monasterio zen. Cuando Oulipo volvió a casa, Sophie estaba excitada, desesperada. Lo había visto, lo despreciaba, la había decepcionado. Era de noche. Su vida era un tremendo fraude.

—No sé lo que quiero.

Sophie masculló algo, cogió a las niñas y se liberó.

Oulipo pensó que el mundo seguía con sus idas y venidas. Se lo tenía bien merecido. Caminó por el pasillo, ahora podía nadar seguro. Se quedó sentado en silencio durante unos 15 minutos, la luz se filtraba entre las cortinas. Estaba comiéndose unos espaguetis. Cortó una rodaja de pan.

—¿Vamos a tener una aventura? —le había preguntado Louise.

Oulipo había sonreído. ¿Qué pensaba él? Era un arrogante. ¿Qué hacer? Salió a dar un paseo, se moría de aburrimiento. Se acordó de su abuela. Levantó el auricular de un teléfono público. Su abuela estaba escuchando *Strangers in the Night* comiéndose una baguette. Le explicó que había comprado una colchoneta para hacer

gimnasia y le preguntó si Sophie le daba miedo.

—Una vez tuve un novio que se llamaba Tartemo, yo solía imaginarme casada con él, que me cuidaba, que me adoraba, pero no era amor. Me fui a Colombia y lo perdí todo.

Pasaron la noche hablando. Su abuela le dijo que Augusto estaba dejando las drogas, que estaba viviendo en México con unos nazis amigos de su padre.

—Sí, lo está dejando, lleva dos semanas, pero dice que se bebe una cerveza cada hora.

—Cuando lo vi tenía las piernas despellejadas y llenas de heridas, le latía el corazón deprisa. Era algo irreal, tenía aspecto de yonqui. Tenía la ropa empapada en sudor.

—La droga lo chupa todo.

—En México...

—Ciudad de México. Su mujer tiene allí una tienda de ultramarinos. Janice.

¿Mujer? Oulipo no se lo tragó. Entró en el lavabo de un bar y una enfermera borracha le dijo que la llevase de vuelta a su celda. Oulipo le puso una moneda en la mano y le secó el sudor de la cara con un pañuelo. Empezó a hacerle preguntas y recordó una carta de Sophie. ¿Estaba loco? Así estaban las cosas. Escuchó el sonido de sus propios pasos cruzando el bar. Era un día precioso.

Los pies de Oulipo eran afortunados; estaba bailando en la discoteca. A veces no podía mirarse al espejo. Espantó a un moscardón con la mano. Hoy se sentía sucio.

—¿Quieres tocarme?

Recordaba el sabor de las lágrimas de Sophie, quería recuperar sus noches rotas. La memoria. Los recuerdos. A cualquier sitio donde fuera se llevaba un pedacito de Sophie. Sólo se tenía a sí mismo. La belleza de Sophie bajo la luz artificial. Era el anticristo.

—Comparte tu fuego conmigo.

Sus brazos líquidos.

—Llévame, cariño, ahora.

Estaba en su cerebro.

—Hola, me llamo Albert.

La normalidad es una locura. Quería levantar las manos y tocar el cielo. Quiero que vuelvas, Sophie. No sabía qué decir, pero lo decía de todas maneras. Tenía los ojos en blanco y le sangraba la nariz.

—Vamos, tengo el corazón como un horno. Por ti me abriría como un crisantemo. Quiero tu alma.

Oulipo estaba bajo el control de una fuerza más poderosa que él. Besó el látigo y empezó la batalla. Lo había echado todo a perder. ¿Qué quería Sophie de él? Había cogido lo que había podido. Era una puta. Una mierda. Sólo lo quería todo. Su cuerpo de miel en el barro.

—Te deseo.

Sexo.

Drogas.

Industrial.

Lejos de su casa. Cogió sus pastillas de vitaminas. Una mañana neblinosa. Estaba en el lavabo, abrió mucho los ojos, estaba contento. Había sido algo más que una fiesta, había vuelto a su camino. Imbécil. Era un imbécil. Sexo a la fuerza. Seguía buscándose a sí mismo. ¿Estaba despierto? Se sentía bien, tenía buen aspecto, pero el futuro era negro.

Rompió el silencio, subió el volumen. Las estrechas caderas de Sophie frente al sol. Tenía tres sexos.

Augusto estaba en México, en la tienda de ultramarinos de Janice. Cogió 50 dólares y se fue en busca de éxtasis. Su sistema lo estaba golpeando. ¿Qué? Janice había trabajado de camarera en un bar con poca luz. Augusto buscó su pastilla y creció 30 centímetros. Janice perdió el control. Augusto se había tomado algún tipo de seta y hablaba al revés. No recordaba nada.

—Soy el mensaje. Escúchame.

Eso es lo que pasa por mezclarse con...

Sophie había escrito algo: “¿Por qué debería confiar en ti si tus promesas no valen nada?”. Se la volvería a llevar a casa. Era muy autodestructivo. Nunca volvería a defraudarla. Ella lo permitía. Vio los surcos de su piel, las pestañas de sus ojos, el mechón de pelo negro que caía sobre su frente. Sus complicaciones y sus trampas. Los colmillos. Entonces todo se volvió rojo, una mancha de sangre.

Oulipo vio a una mujer japonesa con un traje de noche negro y pendientes de diamantes. Ella sabía su nombre, pero él no sabía el suyo. Ella tenía un solo hijo, y trabajaba bailando en una sala de fiestas elegante. Tenía el pelo teñido de rubio e iba peinada como Marilyn Monroe. Era adicta a la carne de perro. Quizás era coreana. Giraba como una peonza y le gustaba calcetar.

Al llegar a casa, Oulipo hizo palomitas y se quedó dormido. Por lo menos, mientras dormía no podía hacer nada malo. Sintió un abandono salvaje. Olió un perfume violento y vio unas siluetas negras. Se le acercó Janice:

—Ya ves, ¿no crees que es una locura?

Llevaba el pelo teñido de plateado y una blusa de seda deshilachada.

—Si hubieras estado allí...

Janice era una mujer agradable, pero perversa.

—Fue una tortura —siguió Augusto—. Son unos miserables. Llevaban la cara tapada y me quemaron con una plancha caliente.

—Ya hemos visto suficientes horrores —Janice se sentó y continuó—. Teníamos un jardín maravilloso.

—Espero que estén muertos, ¿crees que están muertos?

Oulipo pensó que era extraño, intentó parecer contento, pero se le notaba preocupado.

—¡El timbre! ¡El timbre! —gritó Janice.

Oulipo fue a la puerta, era una mujer bajita que vendía enciclopedias por

fascículos.

—Estamos muertos, estamos muertos, cariño.

—Vámonos a París.

Oulipo no les dio tiempo para que acabasen su conversación:

—¡Fuera! ¡Sois una pesadilla!

—¿Estás loco? ¿Qué te pasa? —dijo Janice.

—¡Aguantad vosotros las inconveniencias de vuestro estado!

Augusto acabó dos meses en prisión. Janice iba a visitarlo, no quería desprenderse de él. El padre de Augusto era muy rico, y la adoraba, porque le parecía una niña.

Oulipo había pensado mucho en Sophie durante los últimos días, ella se había visto obligada a abandonarlo. Oulipo se enterró en una esquina de su almacén, esperando un honor supremo por parte de algún político. No se sentía muy orgulloso, se arrepentía de lo que le había hecho a Sophie. Era una rival dura. Los peligros de la existencia... Cuando estaba solo lo asaltaban estados mentales muy violentos. Era un hipócrita intolerante ¡Qué espantosos eran sus sentimientos! Siguió mirándose en silencio. Cogió su pluma y empezó a escribir en un papel. Tenía que disfrutar de su existencia. Apenas hubo escrito la última palabra cuando se arrepintió de todos sus errores. ¿Por qué tenía que saciar toda su pasión hasta la plenitud?

—¿Perdón? —gritó Matilde desde la puerta.

Oulipo abrió por casualidad un libro que le había prestado a Sophie hacía mucho tiempo. En la página 388 encontró un pétalo de rosa seco. $8+8=16+3=19$. El día de su cumpleaños. ¿Era una señal?

Matilde era la presidenta de una opulenta sociedad, y había llegado a punto para salvar a Oulipo. Lo trató con dureza, pero no sirvió de nada. Matilde sentía por Oulipo un profundo cariño, y no era su intención destruirlo, pero pensaba que necesitaba ayuda. Transcurrió una hora entera antes de que Matilde descubriera lo fuertes que eran las inclinaciones de su sobrino hacia Sophie.

—Todos nos morimos, pero no de amor.

Pero Oulipo no amaba a Sophie, no, no la amaba, era otra cosa. Matilde le pidió que se centrara en su trabajo.

Matilde tenía contactos con familias muy distinguidas, y le presentó a Lawrence. En la familia de Lawrence había habido un oficial de la santa inquisición.

Oulipo se acercó a él un tanto confuso, apático. Lawrence lo cogió de la mano y lo besó con fuerza en los labios. Unos minutos después, le hizo una promesa. Oulipo se desmayó. Tenía frío y estaba oscuro, a partir de entonces llevaría una vida ejemplar.

Augusto y Janice ya no gemían, se sentía protegidos de la furia. Habían sido presa de un horror indecible, muertos de miedo, ocultos para siempre del mundo. Pero aún existían, y estaban recobrados.

Sophie estaba con sus diablillos, acompañada de su tío, que acababa de regresar de Córdoba. El tío de Sophie se estremeció al escuchar el nombre de Oulipo.

—No le deseo ningún mal, Sophie, pero no espero mucho de él. ¿Por qué no desapareces?

Sophie había comprendido que era absolutamente necesario olvidar a su amado, así estaría a salvo. Su tío se esforzó en convencerla, era alguien capaz de apaciguar sus estremecimientos. Le pidió que de ser posible evitara volver a verlo. A Sophie se le paralizaron las piernas y rodeó a su tío con los brazos, avergonzada por su debilidad. Se sentía desamparada, la más trivial circunstancia que le recordase a su adorado Oulipo bastaba para provocarle una grave agitación. Declaró a su tío, trastornada por el miedo, que le juraba que se mantendría lejos de él.

Así pasaba la vida en suspiros. Mientras, Oulipo se arrojaba en brazos de su abuela y bañaba sus mejillas con lágrimas. Le contó todas sus aventuras con Sophie, que no dejaron indiferente a la anciana:

—Es hermosa, como una virgen. Delicada, dulce.

Concluyó su discurso diciéndole a Oulipo que le haría un auténtico servicio al cielo tratando a Sophie como Dios manda. Era su amada, ¿o su amante?

Al volver a casa, Oulipo se sumió en una total oscuridad, trazó un círculo alrededor de él y cogió la lámpara. Había echado a Sophie. ¡Imprudente! ¿Qué había hecho? Ya no podía despertar su deseo. Intentó llamarla, pero no se atrevió, aunque estaba seguro de su pasión. Se ruborizó. Su vida entera estaba en una balanza. ¿Dónde estaba Sophie? Estaba locamente enamorado de sus huesos, de su sangre, de sus músculos y hasta de sus globos oculares.

Sophie estaba parada en una esquina bajo unas luces rojas, no tenía ni fuerza ni fe para empezar de nuevo, y se sentía más desdichada que nunca. Pensaba que era torpe, y tuvo la sensación de que había dado un cambio de rumbo. Era una recompensa que se tenía que conceder a sí misma. Eran incompatibles. Iba vestida de

negro y se inclinó hacia un lado. Oulipo estaba sentado en algún lugar más alto, ella estaba bajo sus ojos, de espaldas. Él no fue capaz de salir de su trance.

—Nadie quiere ser artista, es algo a lo que te ves obligado.

Oulipo fingió no haber visto a Sophie y siguió comiendo su rosbif.

—Pero, ¿no crees que se puede cambiar de idea?

—Claro, cómo no —Oulipo se rió—. Los artistas son los miembros más inútiles de la sociedad.

No dijo nada más, miró el periódico y se preguntó si eso sería lo más cerca que podía llegar a estar de Sophie. Era la única que podía curar su enfermedad. Le importaba tres cojones. Puro vacío.

Sophie tenía una hermana que parecía un pato, estudiaba la esfinge y las pirámides y se había prometido en matrimonio con un hombre ciego. Por la noche, el portero subió a Oulipo una caja con un enorme escrito de Weltanschawng (el prometido ciego), en el que decía que le gustaría verlo en la boda. Ya veremos qué ocurre.

—Eres un vago y nada más, ¿lo sabes? —le dijo Oulipo a Augusto.

—Ahora regento unos billares cerca de Covent Garden, ya no me comporto como un niño.

Oulipo sabía perfectamente lo que quería decir.

—Janice es buena chica, ya lo sabes.

Dieron un paseo hasta el río.

—¿Qué querías? —Augusto se rió pensando en lo tonto que había sido.

En el fondo, Augusto era de buena pasta, pero había delirado durante una temporada. Afortunadamente, había vuelto a su camino, y ahora no se notaba en él nada anormal.

—Sabes, creo que para poder ser feliz antes hay que experimentar un tipo de sufrimiento diferente.

Augusto le dio a Oulipo unas palmaditas en la cabeza y añadió:

—Este es el único mundo en el que podemos vivir.

Oulipo se sentó en su silenciosa habitación y se sintió espantosamente vacío. Tenía que ocuparse de mil detalles insignificantes. ¿Su encantador ángel? Cada día se sentía más aterrado, más paralizado.

Sophie se hundía en un océano de desesperación, pero había comenzado su

proceso de metamorfosis. Sara estaba sentada en su regazo. Tenía los labios entreabiertos. Ness caminaba con los pies para arriba. Oulipo las amaba más que a nadie. Nunca había conocido a alguien como Sophie.

Después, un día, sin el menor aviso, Oulipo se sintió ligero como una pluma. ¿Qué tenía que decirle a Sophie? Tenía que conseguir sentarse a su lado y conversar con ella.

Oulipo abrió un libro y escogió un pasaje al azar. Quizás se había vuelto loco. El límite imaginario de su mundo había cambiado. Cuando tenía mucha fiebre, las imágenes de su mente adquirían vida propia y no percibía el mundo en términos espaciales. No quería volver a tocar el suelo. Era un artista de lo más típico; débil y melancólico de alma. ¿Dónde quedaba entonces Sophie? Sophie era muy fuerte, admiraba su interior, casi lo asustaba. Sus hermosos ojos. El tiempo pasado. Pero Sophie no contestaba a sus llamadas. ¿No quería verlo? No decía nada.

Oulipo no podía conciliar el sueño.

—Te está bien —le dijo Janice.

Augusto la interrumpió y añadió:

—Has sido muy perro con ella.

Este es un mundo imperfecto. Después, Augusto le comunicó a Oulipo y Janice la muerte de su padre. Augusto estaba espléndido y en cierto sentido se alegraba. Su padre era oriundo de Renania, y todo el mundo actuaba según su ley y voluntad; era un soldado asesino al servicio de Dios.

Augusto había mirado fijamente a su padre muerto durante unos minutos, por un momento pensó que lo había matado él. Entonces se rió y llenó una copa de vino. Todos sus traumas infantiles se desvanecieron y sintió que todos sus sentidos se abrían. Era un degenerado, un farsante. Tenía un olor resinoso que le hizo gracia.

—No me dejes solo, no tengo a nadie más que a ti. Ya sé que te he hecho daño.

Oulipo se sintió viejo, sus mensajes en el contestador de Sophie empezaban a sonar patéticos. Durante un tiempo, dejó de salir de casa. Al final, con dolor, se resignó. Había tenido una vida demasiado desordenada.

El padre de Augusto había muerto de una intoxicación de la sangre. La vida está llena de sorpresas. Las cosas cambiaron, mucho. Ahora Augusto era encantador, su cara rebosaba de salud y no quería saber nada de su pasado.

—Ya sé que no era digno, pero yo no tenía la culpa.

—Bueno, tú tendrías algo que ver...

Augusto se acercó a la mesa y miró a Oulipo a los ojos:

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó.

Oulipo intentó consolarlo, lo había atormentado durante un tiempo, pero ahora confiaba en él.

—Has experimentado la maldición y el veneno.

Al cabo de dos meses, Augusto volvió de un corto viaje:

—Sophie está viviendo fuera, está algo rara, creo que te aborrece.

Oulipo sintió una inexplicable y suave emoción, tenía que encontrar una solución. Después se sentó, con el corazón inquieto, y se dijo a sí mismo: “Muy bien, señor artista”. Sophie estaba siguiendo otro camino, como si Oulipo no hubiera existido nunca.

—Ha recorrido un buen pedazo de mundo, y ahora vive al lado de un lago, cerca de Génova. Es un pueblo tranquilo.

—¿Las niñas?

—Contentas. No sé, sólo la vi un momento, por casualidad.

¿Cómo podía haber hecho tantas cosas desagradables? Un día del mes de marzo, la abuela de Oulipo estaba moribunda y quiso ver a Sophie. Oulipo le dejó un mensaje muy cortés en el contestador, y Sophie se presentó. Tenía el pelo desmesuradamente largo. Lloró y dijo con dolor a la abuela de Oulipo: “Vivir sin él es muy extraño”. Lo confesó sin miedo: “Es horrible”. Se puso pálida. La moribunda le respondió algo.

Hacía calor. Aquella noche se acabó el último día. Había fallecido.

Los abuelos de Oulipo habían vivido juntos y muy felices durante toda su vida. Una maravilla. Se habían casado a principios de un verano, y aquella misma noche habían hecho el amor por primera vez.

Oulipo cerró los ojos; su corazón estaba impregnado de amargura. Soñaba con Sophie muchas noches, y dormía junto a su cuerpo imaginado. ¿Había desaparecido para siempre? Cada vez que Oulipo ofrecía algo a Sophie, ella lo rechazaba. Ya no se atrevía a llamarla.

Sophie no podía contener las lágrimas, siempre tenía la mirada perdida en el vacío, era incapaz de vivir en el mundo real. Ese año, escribió la más perfecta de todas sus novelas. Sólo veía a Oulipo. Pero no. NO. No volvería a tropezar con él.

Silencio.

Vértigo.

Oulipo no se cansaba de mirar las fotos de Sophie y las niñas. Llegó la primavera. Luego el verano. Después el otoño.

Oulipo ya no buscaba a nadie. En el fondo, no era tan difícil mantener el equilibrio sin desviarse del camino. En línea recta. Se acercó a su abuelo y le preguntó:

—¿Qué sientes?

—El vértigo de la soledad.

Y por arte de magia, murió, por amor. Amor; la más difícil de todas las artes. Oulipo se secó una lágrima y se sentó en la luna.

Augusto se encogió de hombros. Ese año había sido una locura.

—Se ha muerto mucha gente.

—Sí —contestó Janice suspirando y asintiendo con la cabeza.

—Soy horriblemente sentimental —exclamó Oulipo—, pero nada me afecta, nada me importa.

—Ah, el artista maldito —dijo Augusto, sonriendo sardónicamente—. Ya estás con tu coma punitivo.

—Estoy marcado por un estigma. No sé dónde buscarme. Mi pensamiento no puede llegar hasta donde llega mi emoción.

—En primer lugar, creo que tenemos que comer algo. Llevamos horas aquí.

Oulipo pensó en buscar posibles drogas o algo por el estilo, pero no era el lugar apropiado.

Se sentaron en un restaurante. Había un retrato de Winston Churchill detrás de una reja. Oulipo pensó que todo se puede solucionar con un asesinato, dinero o el suicidio, o casi todo. La ventana daba a un patio interior. Oulipo trataba de no perder el hilo de la conversación.

El cabello rizado de Janice caía alborotadamente. Augusto leía las elegantes letras verdes del menú.

—Ahora podrías explicarme mínimamente qué coño te pasa —dijo Augusto secamente a Oulipo.

—Vamos —le respondió Janice—. ¿Por qué preguntas? Ya sabes...

—Es difícil de creer —respondió Augusto encogiéndose de hombros.

—¿Sabes una cosa? Necesitas a alguien sencillo y equilibrado —anunció Janice—. Alguien que no tenga un alma inquieta y confusa que alimente sin cesar tu desesperación.

—Eso es lo que necesita Sophie —admitió Oulipo—, por eso es mejor que se olvide de mí.

—Lo siento, pero no lo entiendo —suspiró Augusto limpiándose la boca con la servilleta—. Tú te conoces, pero yo veo bien lo que haces.

—No ves lo que siento.

—¿Qué sientes?

—Que durante toda mi vida he sido un imbécil.

Oulipo se quedó absorto y permaneció unos segundos en silencio, después cogió el coche y se fue al Soho. Las farolas daban poca luz. Le guiñó un ojo una actriz de teatro de variedades, estaba muy colocada, y llevaba corbata y chaleco:

—¿Quieres algo?

—No.

—¡No jodas! —gritó la chica a su espalda—. ¡Tengo lo que quieras!

Esa noche, más tarde, Oulipo se tendió en su cama y jugó con una copa de vino. Tenía aspecto de estrella de cine. A veces podía parecer muy encantador. La verdad es que tenía una pinta estupenda. No, estaba muy borracho.

Sophie estaba en paradero desconocido, ¿qué estaba haciendo? Estaba en el centro de gays, lesbianas y transexuales de Edimburgo firmando ejemplares de su última novela.

—La literatura nos ayuda a reflexionar sobre nuestra propia naturaleza — Sophie sacudió la cabeza y tosió—. A veces nos sentimos perdidos. Muy perdidos.

Alguien se rió y preguntó:

—¿Sabes quién eres?

—Supongo que una inmensa actriz, como todos.

—¿Te apetece tomar una cerveza —preguntó él/ella encendiendo un cigarrillo—. Pareces perdida en tus pensamientos.

—¿Podemos ir a algún sitio tranquilo?

Sophie se instaló en Francia, pero en febrero estaba en las islas Salomón. Mientras, Oulipo estaba en Normandía, y Janice conocía a un tal Gaspar en París.

El catorce de febrero ninguno de ellos estaba en Londres. Augusto sí. Se paró a saludar a la mujer de Bervell, un personaje obsesionado por la magia. Fue entonces cuando se produjo lo increíble: la mujer de Bervell era una apasionada de la informática que conocía a un pez gordo del gobierno. Le había robado unos informes trimestrales mientras adiestraba a su perro. El martes siguiente los informes estaban en manos de un general iraquí.

La mujer de Bervell se sentía abandonada y asqueada, no con su esposo, con su país. Pero no se dejó abatir por ello, sacó una buena tajada y se fue a vivir a China. Augusto lo sabía todo, pero no dijo nada.

Oulipo empezó a deshacerse uno tras otro de todos los muebles de su casa, y después de todo lo demás. No quería ver nada que le recordase a Sophie. Estaba muerta. Muerta y enterrada. Encima de la mesilla de noche había una lámpara que Sophie había traído de Tierra Santa. Un collar de Albania. Una blusa japonesa.

El piso quedó vacío.

Sophie vio a una niña comiendo un croissant y se acordó de su lámpara de Tierra Santa. Llevaba una blusa de seda negra que le sentaba muy mal. Había renunciado definitivamente a la felicidad y cada vez tardaba más en escribir. Ness decía que quería ser bailarina de cabaret.

Oulipo se instaló en otro piso. A veces bebía tanto que al despertarse no sabía cómo había llegado a casa. Había llegado a las siete y media de la mañana. Salió a comprar el periódico y fue a leerlo a Hyde Park. Allí estaba Sophie, en la página 46. No pudo soportarlo. Pensó que en realidad no estaba enamorado de Sophie; estaba enamorado de sí mismo.

Janice estaba sentada delante de su escritorio, haciendo cálculos. Los billares tenían éxito.

Los meses siguientes fueron para Oulipo los más difíciles. Un crítico suizo empezó a boicotearlo. Era un hombre alto y fuerte al que Oulipo había visto una vez en una agencia de publicidad. El suizo estaba locamente enamorado de Sophie. Era un tanto desconcertante. Inverosímil.

Antes de morir, la abuela de Oulipo le había dicho: “Algún día descubrirás lo que debes hacer”. Oulipo había fingido sentir todo lo que le había hecho a Sophie y le

había pedido perdón.

Sophie se pintó los labios y se introdujo en la hora del almuerzo. Era lunes. Iba a leer en público su cuento favorito.

—¡Suéltame! —se atragantó con el agua—. Esto no te va a dar resultado.

El crítico suizo volvió a su sitio y se sentó. Durante un segundo, pensó en disparar a Sophie. Mientras, ella contaba su cuento sobre bicicletas y caballos.

Oulipo sacó un plato del lavavajillas. Y luego otro. Perdió el equilibrio y se apoyó contra la pared. Sintió que no había suelo bajo sus pies. Nunca se había divorciado. Ni casado. Se estaba ahogando en un vaso de agua, del agua de Sophie.

Janice miró a Augusto por encima del hombro:

—¿Y si ahorrásemos mucho?

—¿Para qué?

—Podrías llevar la ropa vieja a alguna asociación de caridad.

Augusto sentía amor por ella, lo había mantenido vivo, pero a veces le entraban ganas de darle una buena paliza. Estampó su firma en la línea punteada y esperó a que Janice se durmiese. Perdón. En un momento estaba borracho, ¿había perdido interés? Abrió mucho los ojos. Había mejorado mucho, de eso no cabía duda. Cuando bebía, se sentía extraño. “No he bajado la basura”, pensó, y empezó a fantasear.

Los lugareños decían que Sophie parecía tranquila y relajada. Estaba en su pequeño salón. Ness buscaba una pelota.

Oulipo se agachó para beber en la fuente para niños, una niña que jugaba en el campo le dijo con aire pensativo:

—La pelota sube y después baja.

Se quedó quieta y lo miró. Oulipo cerró los ojos para dejar de pensar en Sophie.

Sophie terminó de maquillarse y suspiró.

—Quiero un gato, o un perro, o cualquier otro animal.

Ness estaba en el suelo haciéndose la muerta. Sara gritaba. Sus dibujos infantiles.

Sophie tenía un aspecto triste, incluso bajo el sol.

Al despertar, Oulipo se sintió como si hubiese sufrido un accidente. Había engendrado a dos niñas. Le pertenecían. Se dijo a sí mismo que, probablemente, en

30 segundos se hundiría un cuchillo en el pecho. Eso fue lo que pensó.

La casa de verano del padre de Augusto era muy elegante, pero parecía un cementerio. Janice se estaba subiendo las medias, de pie sobre la hierba, cuando comprendió que en aquel lugar no había nada con lo que entretenerse. El mundo no es perfecto.

Oulipo observó en su almacén todas sus herramientas, toda aquella basura. Siempre tenía alguna excusa. Pensó en sus hijas con ternura. Estaba en el exilio de los muertos. Escuchó una canción antes de almorzar. En aquel momento, lo que más deseaba era perderse en un bosque. Fugarse. Así volvería a empezar el mundo con su terrorífico orden natural.

Ness cogió el monedero de su madre y se fue al embarcadero. Era algo habitual, aunque a veces iba a regañadientes.

El ritmo cardíaco de Oulipo aumentó en casi nueve latidos por segundo. Estaba en un hostel de carretera.

El crítico suizo había empezado a seguir a Sophie. Le enviaba por correo sacos de manzanas. Creía que Sophie era igual que un cisne, pero de vez en cuando seguía pensando en asesinarla. Esto ya duraba desde hacía tiempo, pero también es verdad que se trataba de un caso clínico.

Oulipo se sintió mareado mientras bebía de la copa de otro invitado. Tembloroso, se encerró en su coche. El cuerpo desnudo de Sophie.

Ness se colgaba de las estructuras metálicas del jardín.

—¡Ness!

Ness jugaba a ser Dios, o algún animal en peligro de extinción. Sophie pensaba que debía haber una razón para todo aquello, y bebía unos sorbitos mientras hablaba con la vecina.

Ahora Oulipo vivía en una casa de ladrillos rojos. Pasaba la mayor parte del día en silencio, se sentía pobre y sin esperanzas.

La vecina de Sophie había atacado a su marido, y todo estaba salpicado de vino.

—Los gatos tienen siete vidas.

Era una mujer con un carácter muy especial. Le dio a Sophie una llave de su casa por si pasaba algo... algo fúnebre. Tenía unas peleas terribles con su marido.

Oulipo vio a un niño de pie junto a un triciclo, le pareció absurdamente viejo.

Cerró los ojos y vio a Ness volando con sus alitas negras. A veces tardaba un rato en acostumbrarse a sus pensamientos.

Janice observaba las orugas sobre la hierba. En silencio. Frente a los acantilados. Llegó Augusto:

—Bueno, tengo la respuesta.

Janice se echó a reír. Augusto la interrumpió mientras sus ojos vagaban por las rocas. Entonces sonaron las risas de los dos. Augusto había mentido a Janice, por eso se habían ido a la casa de su padre, para mirarse el uno al otro. Era lo mínimo que podían hacer, era el motivo principal por el que estaban allí.

Oulipo cruzó la calle, era lo que hacía en cuanto empezaba a pensar en Sophie. Había terminado su última obra y sólo pensaba en hacer el amor con Sophie una y otra vez. ¿Volvería a suceder algún día? Volvió a su casa y encendió la chimenea, tenía graves problemas. Sophie y él eran casi como hermanos, incluso podrían llamarse igual. Durante casi dos horas no hizo nada.

Augusto y Janice iban a casarse, aunque su amor era endeble; estaba un poco marchito. De todas formas, no iban a cambiar de opinión. No podían. Era una especie de juego privado entre los dos, y se lo perdonaban todo, aunque a veces se les hinchaba la cabeza.

Oulipo les envió un regalo, una cama nueva. Blanca.

Sophie conducía entre una caravana de todoterrenos, todo un acontecimiento para las niñas, que estaban resfriadas. Las dos. Sophie pensó que ya lo había visto todo en esta vida, y que soportaría casi cualquier cosa.

La nueva cama de Augusto y Janice era de hierro y tenía hileras de remaches metálicos. Bueno, en realidad no era una cama, era muy larga. Se tumbaban en ella a comer uvas, y Janice pintaba retratos de Augusto con cielos despejados y ropa de santo. Él los observaba, ¿cómo eran? Ya veremos, ya veremos.

Habían pasado unos minutos desde las diez y media, Oulipo caminaba junto a una cálida pared de piedra. Abrió la boca, pero no salió su voz. La pared centelleaba. La gente decía que era un hombre brillante. Ahora era tenue. Un joven salió de un callejón que parecía mucho más largo de lo normal:

—Cuéntame algo en tres frases.

—Aquello, naturalmente.

Iba a decir algo relacionado con la vicisitud y los poemas de amor, pero no

estaba en el estado de ánimo adecuado. Trabajo y sueño. El rostro del joven no tenía ninguna expresión:

—¿Sabes una cosa? Sabía que estabas aquí.

Entonces las cosas se torcieron definitivamente, Oulipo se preguntó cómo era posible que hubiese follado con mujeres casadas, desenvueltas, tontas... Sufría de hipocresía crónica.

—Ya lo sé —dijo Oulipo, moviendo la cabeza—. Llevo un tipo de vida distinto al tuyo.

El joven parecía sacado de principios de los sesenta.

—Cuanto lo siento, Oulipo —dijo—. Te voy a contar un chiste brillante.

—No. Sí. Yo... Es terrible.

El joven lo miró antes de inclinarse y exhalar un suspiro, y se puso a hablar como si fuese actor:

—Me interesa el motivo de tus creaciones, ¿quieres tomar un café?

Llevaba una guía de la última exposición, y daba la impresión de que era un inútil apestoso que buscaba un hueco en el mercado artístico.

—Estoy en Londres por asuntos de negocios, tengo un millón de dólares recién blanqueados.

—¿Qué?

El joven asintió:

—Lo sé, tío. Ahora quiero mirar por el retrovisor de la vida.

—Vale.

Después se puso a hablar de un concierto de Bach para dos violines, parecía estar en estado de atontamiento:

—No quiero entrar en polémicas. Sin embargo, me parece que viviendo colocado sólo queda Bach.

—Sí, muy bonito —dijo Oulipo apoyado en la mesa.

El joven sacó un cigarrillo, lo encendió y siguió hablando con voz tranquila.

—A ti te arrastra la corriente.

—Ni hablar. La verdad es que me pregunto quién eres.

—Seguro que... —agarró la botella de cerveza por el cuello—. Tenía que verte esta noche, por eso me he afeitado la cabeza.

—Vete al carajo.

—Vale, bien.

La mujer menos atractiva del mundo moderno les lanzó una mirada.

Oulipo dejó al joven y se puso a escribir una carta con una cocaína rara, sobre las diferencias más llamativas entre la mente humana y un ordenador. Suprimir. Vio un cartel al lado de una papelera: “Los tíos y los carceleros buscan a tías a las señoras”. Estaba a punto de cocerse en su propio jugo. Algunas veces pensaba en buscar a alguien que se lo hiciese todo. Entró en otro bar y se detuvo, sonaba aquella canción, y vio a Sophie desnuda en un rincón de su pensamiento. El aire del bar estaba cargado y lleno de humo, se fue, pero antes de irse dijo algo.

Después de algunas reflexiones sobre el maravilloso potencial del rechazo, en realidad no tenía amigos, sonrió y bebió un sorbo de vino en una velada benéfica a favor de la gente que vivía en la calle. En un club del Soho. Fue una noche neblinosa. Bebió unos 20 cubatas, y los vecinos se quejaron por el ruido. A veces a Oulipo le faltaba inteligencia, aunque fuese vestido de punta en blanco. Trompetas celestiales. Al meterse en la cama, estiró el brazo y lo examinó, ¿así era cómo salía de la tristeza en la que estaba sumido? Qué divertido, delicioso y nutritivo. Apagó la luz.

Sophie llevaba una ropa estridente y su teléfono móvil. Le contaba a alguien... No, estaba agradeciendo algo. A continuación, soltó todo el rollo, toda la historia. Lo más probable es que sus narraciones necesitasen más optimismo. Vio a Oulipo dentro de sus ojos durante un segundo. No tenía ni idea de cómo recuperarse. Se sentó en la terraza y decidió que lo mejor era no volver nunca a Londres.

Al día siguiente cayó un aguacero y Oulipo abrió su maldito paraguas. Sólo era un día más. No quería cometer errores, pero tampoco tenía ningún plan. La vida en Londres siempre estaba empañada. Entró en un edificio con fachada de cristal y llamó al primer piso. No tenía compromisos. Asistió a un pequeño desayuno formal ante una mesa de trabajo y se sintió imbécil. Se inclinó hacia delante:

—No gracias, ahora no me apetece.

—¿De verdad?

Era un ejecutivo con unos ojos cautivadores, Oulipo se lo imaginó sin ropa y giró la cabeza para seguir a una mariposa que pasaba por allí. Cuando colocaron la lámina sobre la mesa, Oulipo se sintió aliviado. No había sido un trabajo tan rápido y sencillo como le había parecido a simple vista. Al fin y al cabo aquella gente diseñaba submarinos. Bien. Había sido un trabajo un poco difícil. ¿Por qué no les había

cochado más? Le regalaron una cesta llena de comida cara y volvió a casa aletargado, suspirando al escuchar una canción que explicaba sus sentimientos de manera muy precisa. Estuvo a punto de entusiasmarse, pero estaba agotado.

Empujó la puerta y entró en su casa, que le inspiró una indiferencia suprema. Hacia las nueve tuvo la sensación de que la noche anterior había hecho un largo viaje en tren. Entonces sonó el portero automático. Ted Watson. Oulipo clavó los dientes en la fresa que tenía en la boca:

—¿Si?

—¿Puedo subir?

Ted Watson era dueño de una cadena de cafeterías y vivía en un ático con muchas ventanas y pocas cortinas. Subió y se puso a hablar de la pintura y el arte tradicional, pero no sabía nada sobre todo eso.

—Lo cierto, Oulipo, es que quería hablar de Janice.

—¿Por qué?

—Me da que pensar que se haya ido con Augusto a la mansión esa.

Oulipo no estaba para perder el tiempo con Ted Watson. Ni siquiera eran amigos.

—Vamos... Hace tiempo que están juntos.

—Yo creo que Augusto es homosexual.

—Vas muy deprisa, no tienes ni idea.

—Soy muy escrupuloso, no me jodas, tengo razón.

—No sé qué coño te pasa. Eres un hijo de puta, busca otra cosa que le dé sentido a tu vida.

—Deberías saber que...

Oulipo estaba empezando a hartarse, así que resolvió el asunto. Ted Watson estaba chiflado, había estado batallando con Janice hasta que la había dejado por otra, Colet o algo así. Después había empezado a enviarle a Janice ilustraciones dibujadas con plumilla; normalmente de colegialas con pinta de muertas y textos que hablaban de la barbarie del mundo. Janice no aceptaba las cartas, se las devolvía sin abrir, pero le afectaban mucho. Ted Watson lo quería todo, pero tropezaba siempre. Era incapaz de olvidarse de Janice, y Oulipo no quería escucharlo más.

Janice y Augusto eran felices, y habían decidido viajar por todo el mundo. Posteriormente, Augusto empezó a no entender las cosas. De un día para otro, Janice

le pareció demasiado educada y empezó a sentirse culpable porque no quería que conociese a su madre. La madre de Augusto estaba a punto de pasar a mejor vida.

Sophie reflexionaba sobre todo lo que veía. ¿Tenía tapiado el corazón? Estaba tranquila y se sentía fuerte, intentaba despreocuparse. Ahora gozaba de popularidad entre artistas, filósofos y poetas, pero ella no le daba demasiada importancia. Admiraba a ciertas personas, pero nada parecía afectarle demasiado.

Janice y Augusto estaban en el Bósforo, allí conocieron a un turco que se ocultaba de unos orientales que estudiaban las pirámides egipcias. Les había robado el coche. Allí, en el Bósforo, Janice y Augusto construyeron la casa de sus sueños y adoptaron a un perro abandonado. Después se enteraron de que el turco se ocultaba porque había asesinado a los seis miembros de su familia.

Oulipo recibió una carta dentro de un sobre color crema. Alargado. Le pareció peligroso. Se fue a caminar a la orilla del río. Llevaba una bolsa con un queso. Pensó que era un hombre omniexperimentado. Sophie debería escribir algo en presente histórico, ella era capaz de hacerlo todo bien y al mismo tiempo. Se acordaba mucho de ella, sí. Empezó a llover, el cielo cambió de color, y todo lo demás cambió también al mismo tiempo. Era un cobarde, incluso un insensato.

Janice y Augusto estaban perdidos en una llanura griega, se habían convertido en unos burgueses. Habían cambiado muchas cosas, desde luego. Ahora lo veían todo muy diferente; más claro.

—¿Lo escuchas?

Oulipo pensó en los ojos negros de Sophie, bajo la lluvia londinense parecían todavía más negros. Pero él nunca la miraba a los ojos. A veces leía cosas sobre ella en los periódicos. ¿Debería leerlas? Odiaba a los críticos. Especialmente al suizo, ¿habría tocado con sus garras a Sophie? Tenía un retrato de ella colgado sobre su cama. Sí, el suizo. Oulipo vio cómo el río se ponía morado, qué irónico. A veces las coincidencias son un tanto espeluznantes.

En Grecia, Janice y Augusto conocieron a un general que se pasaba el día abrazado a su pobre gato. Era rico, y su mujer era guapa. Sólo tenía 26 años (la mujer), pero parecía triste. Augusto y Janice nunca llegaron a averiguar el porqué.

Sophie caminaba por el campo, tenía un jardinero que parecía un oso. Aunque también parecía una ostra en su concha. A Sophie le gustaban los locos, y aquel tipo estaba loco. Sacaba fotos de trencas y las enviaba a las agencias matrimoniales.

Aparte de eso, Sophie no sabía nada de él. Iba, venía, y no hablaba nunca, ni se quejaba. Se le daban bien las plantas. Daba gusto mirarle las manos mientras hacía su trabajo.

Oulipo tenía miedo de morir pobre y solo, como Mozart, enterrado en una fosa común mientras caía una copiosa nevada, ¿sería cierto? Eso decía el libro de música de... algún curso, en el colegio. Hacía demasiados años de eso. Resultaba doloroso, ¿por qué no tenía a nadie que lo vigilase de forma asfixiante? Había una obra en la que llevaba trabajando unos cinco o seis años.

Augusto y Janice recorrieron Egipto, Palestina y Siria. Janice era de una familia de clase media, irritantes como loros. El último día de su estancia en Siria se encontraron con un novelista extraordinario que tenía un Peugeot de color blanco. Pero nunca había escrito un libro, pensaba que ya había demasiados.

Sophie estaba junto a la verja, su hermana estaba sentada con la cabeza apoyada sobre la mano:

—Entonces —dijo sonriendo y mirando el paisaje—. ¿No sabes nada de él?

—No —contestó Sophie con voz suave y temblorosa—. Me acuerdo mucho de él. A veces no puedo ni escuchar su nombre.

—No te reprimas.

—No te preocupes, qué se le va a hacer...

—Piensa en tu decisión.

—Con él no puedo estar, es mejor así.

Cenaron langosta mientras un enorme ave marrón batía furiosamente las alas en el jardín. En ese momento, Ness se encontraba a unos doscientos metros de su madre. Después se fue al cobertizo de la parte trasera.

—A veces no puedo con ella —dijo Sophie.

—Sí, dan ganas de enviarla a hacer puñetas.

Cuando volvió, sujetaba un pájaro entre las manos.

—¡Ni se te ocurra meterlo en casa!

El perro seguía a Ness de cerca. Sara se metió una mano en el bolsillo y sacó una pasa. Empezaba a hacer fresco y a oscurecer, y habían estado caminando durante todo el día.

—¿Tomas pastillas o algo?

—No me gusta medicarme.

Sara subía y bajaba el cuello imitando al pajarito.

—Entonces, ¿cómo soportas el día a día?

—No lo sé.

—¿No sales con nadie?

—Venga —dijo Sophie con calma—. No tengo ganas de acercarme a nadie.

Sophie se puso a recoger la mesa. Ness se había montado en la bicicleta.

Oulipo escribió algo en un papel y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Se bebió un whisky y recordó que era su cumpleaños. Pensó en colgarse de un arnés cabeza abajo y quedarse así el resto de su vida. ¿Para qué? No era algo verdaderamente admirable. Ted Watson entró en el bar.

—Venga, Ted, lárgate. No tengo ganas de discutir contigo.

Ted venía de apostar en las carreras de galgos, fue espantoso. Le pegó un mordisco a Oulipo y perdió el equilibrio. Se lo llevaron a la cocina. Llevaba una maleta negra llena de carne hervida. Nadie dijo nada. Empezaron a salir gusanos de la carne. No supieron qué hacer, a Oulipo nunca se le había pasado algo así por la imaginación.

El poco pelo negro que le quedaba a Ted estaba aplastado sobre su calva. El cocinero se agachó y lo empujó. Estuvieron allí una hora. Aquella noche, Ted se había emborrachado y había organizado tal escándalo en el canódromo... Había sido bochornoso. Salió una rata de debajo de la nevera. Oulipo se fue a su casa.

Ness caminaba apoyándose en la punta de los dedos, delicadamente. No le asustaba nada:

—Quiero bailar sobre la mesa.

A Ted no había nada que le diese más miedo que una rata. Murmuró algo.

Gritó:

—¡Veneno!

Su voz sonó algo gutural:

—¡Haré que venga un inspector de sanidad!

Ness se pinchó con un alfiler, tenía puesto un camisón verde brillante. Sophie sirvió a su hermana otra copa de vino, y sonrió por primera vez en toda la noche:

—Vamos al salón.

—¡Lo que más me gusta es estar despierta hasta tarde!

Sophie miró a su hija y sonrió dulcemente.

A primera hora de la mañana siguiente, Oulipo se dirigió a la sala de exposiciones. Los técnicos casi habían terminado. Experimentó una sensación de júbilo que le hizo gritar de alegría.

—Sí, sí —susurró.

Vio toda la escena y se vio a sí mismo. Iba a ser un éxito, pero ya se había bebido al menos tres vodkas. El comisario se puso de pie y le estrechó la mano.

—¿Y qué? ¿Te gusta?

—Excelente.

—Han hecho un buen trabajo, ¿era lo que querías?

—Con ese bigote pareces ruso. Falta una cosa.

—El cheque está sobre la mesa.

Hablaron durante otra media hora en la oficina y después se fueron a una inauguración. Volvieron a las dos en punto. Nunca le habían ofrecido tanto dinero por su... su método de dar puñetazos.

—Deberías irte una temporada a Nueva York.

Oulipo pensó que todo tiene una vida breve, y que a veces hay que correr para ponerse a salvo de los terremotos, aunque en Londres fuesen un acontecimiento bastante raro.

—Tengo que salir de este puto agujero —dijo Oulipo, y siguió la dirección indicada por el comisario.

Sophie miró por el balcón y se sentó. Estaba agotada. Pensó que ella nunca había sido una víctima inocente de las idas y venidas de Oulipo, ¿acaso no somos siempre nuestro propio verdugo? Ella sabía que en su relación fallaba algo, aunque nunca había sido capaz de explicarlo con palabras; algo duro de aceptar para una escritora. Quizás todo lo que había pasado no significaba nada, ¿para qué empeñarse en encontrar interpretaciones? En realidad, su amor no significaba nada, sólo lo que ella se había empeñado que significase. ¿Por qué había perdido tanto tiempo con una relación tan absurda? ¿Cómo había podido ser tan imbécil? ¿Por qué no podía dejar de pensar en él? El dolor, la enfermedad... Se había entregado a él, se había obsesionado con él, y ahora lo evitaba, una señal inequívoca de que seguía existiendo un problema. Se sentía incompleta sin Oulipo. Un disparate. Incoherencias.

Oulipo estaba a muchos kilómetros de Sophie, al otro lado del océano, sintiéndose también incompleto y pensando en la equivalencia de los caracteres contradictorios. Sophie y él eran tan diferentes... Pero eran tan diferentes porque eran iguales; compartían las mismas carencias, los mismos miedos. En un intento de huir de sí mismos, y del resto del mundo, habían cogido el mismo camino, pero en direcciones opuestas. A menudo pensaba en ellos como las dos caras de la misma moneda. La cara y la cruz, el sol y la luna, esto y su contrario, que forman un todo: la unidad. Luchar contra Sophie era como luchar contra sí mismo.

¿Había tomado alguna vez la decisión correcta? Decidir es la mayor de las torturas, porque nunca puedes escoger las dos posibilidades, siempre hay que optar por una, incluso cuando optas por no hacer nada, no deja de ser una decisión. Pero podía haber elegido lo correcto, o lo más honesto, en lugar de querer tenerlo todo para no tener nada. Aunque, ¿qué es lo correcto? ¿Acaso los adjetivos no son tan arbitrarios como la gramática? Las palabras no significan nada, sólo son un truco barato con el que intentamos dar forma a lo inexplicable.

Hacía diez años, Oulipo y Sophie vivían en un sexto piso de la calle Byward, pero ya no eran los mismos, afortunadamente, quizás. En aquel entonces, ella clavaba sus ojos en los suyos cuando ya no era capaz de seguir aguantando la situación. Él sentía un extraño sentimiento de culpabilidad, pero prefería vivir en su mundo imaginario. Las lágrimas de Sophie no eran más importantes que la lluvia de Londres, aunque sí más insistentes si cabe. En aquellos momentos, Oulipo deseaba que los ojos de Sophie fueran mecánicos, o que ella fuese algún tipo de ingenio

tecnológico que pudiese desconectarse cuando se recalentaba. Cuando se recalentaba porque él abusaba, claro. A veces su mirada silenciosa resultaba demasiado inquietante, como si en cualquier momento fuese a saltar sobre él, matarlo y comérselo. Y eso era lo que se merecía, sí, probablemente. A veces, Sophie era realmente impresionante.

Esa tarde Oulipo fue al cine. Al terminar la película, su paso era lento, fue el último en salir de la sala. Simplemente estaba allí, aunque al mismo tiempo estaba en otro sitio. Se había levantado a las ocho de la mañana, no solía estar en pie tan temprano. Sólo llevaba dos días en Nueva York y ya estaba agotado. ¿Era posible morir de dolor? ¿Sophie seguía viva? Esa noche lo detuvieron por conducir en estado de embriaguez, y unas horas después cogió un avión a Londres.

Augusto había vendido los billares. Janice se había quejado, le gustaba tener algo de lo que ocuparse. ¿A qué se iban a dedicar ahora? No tenían ni idea, pero les sobraba el dinero, así que era un tema que no les creaba ansiedad ni miedo. Su abogado se había ido a trabajar a Nueva Orleans, era un tío encantador que les había ayudado mucho, pero Janice pensaba que había convencido a Augusto para que vendiese el negocio.

Oulipo pensó que Janice tenía una voz demasiado chillona, no tenía ganas de seguir escuchándola. Nunca había sido su amiga, incluso dudaba que quisiese a Augusto, pero él no era nadie para recelar sobre nada, y no movería ni un dedo para cambiar las cosas entre esa pareja extraña. Janice, bueno, era para vomitar, tenía cara de pollo. En ese instante, Oulipo se dio cuenta de que la aborrecía, la despreciaba. Esa mujer no había hecho nada útil en su vida, estaba podrida.

A Janice también le desagradaba Oulipo, la ponía frenética, porque lo deseaba y él la menospreciaba. Tampoco soportaba a Sophie, porque Oulipo la amaba, evidentemente. Lo que había entre Augusto y Janice no era una relación, era un vertedero, era imposible sentir envidia al mirarlos.

Augusto también era un inútil. Tenía talento, pero se había pasado toda la vida tumbado en la cama viendo la tele y haciendo pintadas en los baños públicos. Ahora lo tenía ahí delante, fumándose un porro; siempre había sido un vago, en el fondo, se merecía a alguien como Janice. Y ahora además de vago era ladrón, últimamente le había dado por robar en librerías de segunda mano.

—No debería cogerlos, no, pero me divierte.

Augusto llevaba una camiseta ridícula y unas cuantas cervezas. Janice parecía harta de estar allí, le dijo algo a Augusto al oído y se fueron. Oulipo también se largó, a casa. Se metió en la cama y se durmió, hasta que a las cuatro de la mañana lo despertó el teléfono.

—Soy Janice, ¿está ahí Augusto?

—No, ¿por qué? ¿Qué pasa?

—Dijo que tenía que cerrar un negocio, que iba a proponerle un trato a alguien o...

—Ya volverá.

—Me da miedo que lo hayan acuchillado o algo.

—¿Qué? ¿Por qué no haces algo constructivo?

—No sé, es que no me fío de él.

Oulipo se rió.

—¡No te rías! ¡Tengo miedo!

—¿Bromeas? Deja en paz a Augusto, ya llevas demasiados años con esta tontería.

—¿Qué coño te pasa?

—Para empezar, es un poco tarde para llamar a alguien por teléfono, ¿no crees?

—¡Eres un egoísta!

—No tengo por qué tragarme vuestra mierda. Haced algo con vuestra vida de una puta vez.

Oulipo colgó el teléfono, entonces escuchó a alguien en la calle. Miró por la ventana. Vio pasar un avión. Había un borracho con un pescado en la mano delante del bar de la esquina, pero era martes, el bar estaba cerrado. Se escuchó un silbido. El borracho era joven y moreno. Quizás no estaba borracho, quizás se había metido alguna porquería. Debía tener unos veinte años. Oulipo bajó a la calle y se puso a divagar con él.

—He tomado LSD —dijo el chico con picardía—. Estoy aquí esperando a que me recoja un barco.

—Por aquí no suelen pasar barcos —contestó Oulipo.

—Músculos... ¿No estamos en el mar? Los gatitos. Hay un hombre desnudo con gatitos, en otra dimensión.

Oulipo empezó a reírse y a llorar al mismo tiempo, se acordó de una vez que Ness le había dado su zumo de naranja a un gatito callejero. El chico sonrió y añadió:

—Se supone que no debería decirte esto, pero qué más da...

Llevaba unos vaqueros rotos y una gorra naranja.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Oulipo—. ¿Eres una especie de mensajero?

—Una paloma. Del tiempo. Dentro de una película.

—¿Qué más? Cuéntame algo.

El chico vomitó, no parecía tener mucha experiencia con las drogas.

—Vino un alienígena, estaba en un bar sentado en un círculo y entró una luz azul por la ventana. Era un bufón que hablaba en voz baja, quería el antídoto.

El chico le enseñó un paquete que llevaba en la mochila.

—¿Qué hay en el paquete?

—Un calendario gatuno que no existe. Es muy punk. Vamos al bosque, allí hay un conejillo que repara los errores del pasado. Es fantástico. ¿Con quién te acostaste anoche? ¿Con un viajero dimensional? ¿La añoras? ¿Es fungible?

—No, no lo es —Oulipo sintió un escalofrío.

—Está sentada debajo de un árbol —dijo el chico con una sonrisa—. Es una película que te gustaría protagonizar. Fabulosa. Pasta gansa. Bueno, verás, tiene acento francés. Algo, pero ¿qué?

Daba igual si las visiones del chico eran exactas o no. Sus ojos eran deslumbrantes, y lo que decía era precisamente lo que Oulipo necesitaba escuchar esa noche. El chico se puso a bailar sin dejar de hablar:

—Una pandilla en un suburbio. Una mujer desayunando que practica el budismo y fuma opio. ¡Llama! Pocas semanas después leerás el periódico. Mañana piensa en tus errores y ve a ver al conejillo del bosque. Tenías demasiada carne en la cabeza. Presta atención, el pasado, el presente y el futuro son falsos. Devora el sushi con la nariz y te sacarán en un publibreportaje.

—¿Qué me dices de ti? —interrumpió Oulipo.

—Leo artículos sobre dinosaurios, están rodeados de pétalos de rosas y purpurina. ¡Soy fantástico!

Entonces, empezó a nevar. Oulipo pensó que quizás todo lo que pasa en la vida es un simple accidente y se fue a casa para beber un vaso de whisky. A veces, la vida le parecía aterradora y veía monstruos que escupían sangre.

Unas semanas después, salió una foto de Sophie en el New York Times. Había estado de viaje por EE.UU. Un predicador había dicho que sus libros eran malignos, y el crítico estaba de acuerdo. Muy buenos, pero malignos. Ese tipo de cosas daban sentido a la vida de Sophie. No es que le gustase que dijese ciertas cosas sobre sus novelas, es que si sólo hablasen bien de ellas sería una señal irrefutable de que eran una porquería. Oulipo leyó el artículo y se rió, al mismo tiempo que Sophie se reía también al otro lado del Canal de la Mancha. Se rieron tanto que hasta pudieron escucharse, dentro de su corazón, pero eso no los libró del dolor ni durante un segundo.

Sophie había decidido abandonar el campo, habían construido varias casas alrededor de la suya y ya no se sentía libre. Tardó bastante en vender la propiedad, después se fue de viaje con las niñas, que ya estaban acostumbradas a mudarse continuamente. Sophie pensó que quizás lamentaría la decisión, pero ya estaba hecho.

—Es espantoso —le dijo Ness una mañana—. Es tan horroroso no poder ver a papá. ¿Cuándo podremos volver a verlo?

Sophie se entregó a la petición de su hija, y le envió un correo electrónico a Oulipo para anunciarle que iban a verlo. A Oulipo le subió la sangre a la cabeza, ¿qué le parecía la noticia?

Unos días después sonó el timbre, Oulipo salió apresuradamente hacia la puerta. Abrazó a sus hijas y después miró a Sophie. Parecía tan pura como un ángel.

—Has sido dura e injusta.

—Tú eres un desgraciado, no pongas esa cara.

Se besaron en silencio.

—Pensé que iba a volverme loco.

—Deberían ajusticiarte y sepultarte en unas ruinas.

Después de haber llorado mucho, escudriñaron sus cuerpos en todas direcciones.

Las niñas estuvieron a punto de caer desmayadas de felicidad. ¿Estaban soñando? El dolor se mezclaba con el placer en el pecho de sus padres, que se susurraban palabras al oído.

—¿Qué desgracia saldrá de esto? —preguntó Sophie en voz baja cogiendo a Oulipo de la mano.

—Soy un fanático criminal que sólo provoca atrocidades, pero puedo salvarte la vida. Tú me has sometido a un castigo muy cruel.

—¿Quién eres? —Al preguntarle eso, Sophie oprimió su mano.

—Estás furiosa todavía, ya sé que soy la causa. Espero que algún día podamos ser felices.

Al decir esas palabras, Oulipo se acercó a la ventana. Vio a una mujer de labios carnosos y largas pestañas. Una mujer contra la que una vez se había estrechado cariñosamente. Oulipo besó a Sophie en la mejilla y fue a ver a Ness y Sara, que ya se habían metido en la cama.

—Nos gusta esta casa, papá.

Sara llevaba un pijama con un dibujo de un conejo en un bosque.

Sophie bajó las persianas y se acercó a la cama de Ness. Oulipo besó a Sophie en los labios. Ness sonrió mirándolos. Sara ya estaba dormida. Oulipo pensó que sus hijas habían crecido mucho. Las amaba.

Ya está. Ya lo había conseguido. Estaban las tres allí.

—Te admiro profundamente, Sophie —aseguró Oulipo.

—¿Alguna vez has visto un mapa de la mente de una persona?

—Debe ser algo maravilloso.

—Mira lo que te digo, hay que ser transparente.

Esa noche, Sophie gritó mientras dormía. A Oulipo le dio pena despertarla. Se levantó y fue a sentarse al cuarto de las niñas, quería recordar cada pequeño detalle de esa noche. A veces, Ness parecía un chico, pero eso no era algo que preocupase a su padre. Parecía un chico, sí. Era un poco sinvergüenza y le gustaba jugar con mejunjes asquerosos. Oulipo se sentía orgulloso. Sara se chupaba el dedo.

Volvió en silencio a la habitación. Sophie seguía durmiendo, pero la lamparita de noche estaba encendida. Oulipo la abrazó suavemente y se puso a llorar, al mismo tiempo que sonreía. Sophie le dio un golpecito con el pie.

—Dame un beso —dijo ella.

El corazón de Oulipo latió con fuerza.

—No deberías pedirme esas cosas —replicó él—. Si nunca hubiese habido un primer beso...

—Eres tonto...

—No vuelvas a irte nunca. Quiero arropar a las niñas todas las noches.

—Qué absurda es la vida.

—Está bien. Las vueltas... El tiempo...

El viento azotaba las ventanas.

—Hoy podría dormir en el aire sin caerme.

—Como Peter Pan —dijo Sophie.

Oulipo no podía explicar qué sentía, estaba agitado, había soñado con ese momento durante mucho tiempo. Ahora era real. Hablaba a trompicones y todo le parecía un poco fantasmagórico. Sophie estaba asustada. Le dio a Oulipo un pellizquito cariñoso.

—Duérmete ahora mismo —susurró Sophie temblando.

—Mientras no estabais, me tumbaba en el suelo y os imaginaba. Os observaba y os escuchaba. Era extraño.

—Hueles a pintura y aceite, si no me abalanzaría sobre ti.

Oulipo fue a ducharse, desapareció entre el chorro de agua y sintió un calor curioso. Permaneció absorto en sus pensamientos durante un buen rato. Salió de la ducha tiritando. Se deslizó hacia la cama y se lanzó contra su víctima desde todas las direcciones. Sophie se sentó sobre él como una conquistadora, y él sintió una dignidad que nunca había sentido. Después de mirarse un rato, no supieron qué hacer, hasta que se calmaron lo suficiente como para poder dormir.

Sophie era realmente insólita, pero Oulipo la comprendía muy bien.

—¿Estás dormida, Sophie? —preguntó más tarde.

Sophie resopló, que era lo que solía hacer en sueños, aunque a veces también cantaba.

Hacía calor. Oulipo se levantó a abrir la ventana y vio en la calle a un hombre con un ramo de rosas amarillas. Parecía alguien importante y terriblemente fascinante.

Una de las primeras cosas que hizo Oulipo al día siguiente fue bajar al sótano, allí guardaba algunas cosas que fascinaban a las niñas: un lobo con brazos, ojos de colores, pieles rojas, pájaros, hadas, sirenas y un arco iris que estallaba.

Sophie estaba en el salón, cosiendo. Ness de pie, inmóvil, y Sara imitándola. Las dos se pusieron eufóricas al ver lo que su padre había subido del sótano, aunque Sara se asustó un poco.

Ness cogió los pieles rojas y les puso nombres de pescados:

—Bacalao... Estás en Inglaterra. ¡Al agua!

Sara estaba confusa, aturdida, pero muy feliz. Las dos se reían y jugaban. Sara se puso las manos sobre los ojos para no ver a su hermana, y Ness le dio un beso en la cara y después le mordisqueo los deditos del pie. A veces, la atormentaba un poco. Después empezaron a fingir que eran gallinas y ponían huevos.

Sophie fue a dar un paseo por la orilla del río. Había una pareja peleándose, insultándose y cosas por el estilo. El hombre levantó la mano a la mujer y empezaron a acusarse mutuamente. Eran viejos, y tenían la misma nariz. En ese momento, Sophie vio a Janice, que iba disfrazada de rata blanca.

Fue desconcertante.

—¡Oh, Joder! —suspiró Janice—. ¡Sophie! ¿Qué haces aquí?

—Llegué ayer.

—¿Ha pasado algo? ¡Ni siquiera me has llamado!

Sophie se fue a casa, abandonando rápidamente la conversación con Janice.

No le importaba nada esa mujer. Por supuesto, a Janice no le hacía gracia que Sophie hubiese vuelto, pero, como siempre, fingió.

—Me he encontrado con Janice —dijo sombría Sophie al entrar en casa—. Ha sido toda una sorpresa. Iba disfrazada de rata.

—¿Qué? ¿Cómo? —murmuró Oulipo.

—Un horror, traté de evitarla, pero corrió hacia mí.

—Yo no la veo muy a menudo, no les hago mucho caso.

—¿Siguen juntos?

—Sí.

—¿Qué piensas tú?

—Lamento haberlos presentado. Su relación es infinitamente patética.

—Ella es nefasta.

—Bueno, no me tortura. Los dos tienen problemas, pero es su responsabilidad. ¿A ti qué te parece?

—Augusto nunca se ha portado demasiado bien contigo. Es triste, siempre escondiéndose... Aunque supongo que todos nos quedamos sordos de vez en cuando durante un rato.

Janice llegó a casa de Augusto sin contratiempos. Él la escuchó atentamente y después le gritó:

—¡Prefiero morirme antes que seguir contigo!

—¡Maldito seas!

—¡Escucha! ¡Las cosas empezarán a irme bien cuando te largues!

Janice estaba un poco desconcertada. Se dijeron muchas cosas el uno al otro, era una lucha sin esperanzas. Augusto tuvo su último triunfo. Janice se marchó mientras sonaban las campanadas de las dos de la tarde en la iglesia. Él había sido honesto, pero Janice tenía muy mal carácter y lo encadenaba. Ella siempre había sido una listilla, y se fue a hablar con toda la prensa amarilla sobre Augusto, pero no era tan elocuente como para explicarles una buena historia, así que no fue capaz de

convencer a nadie.

Augusto se sentía un poco decepcionado, pero no quería hablar sobre el asunto. Además, Oulipo y Sophie no sentían mucha curiosidad por lo que había pasado, así que la verdad sobre Augusto y Janice nunca salió a la luz.

—Nadie va a atraparme nunca, ni a convertirme en un hombre —dijo Augusto.

—Eres un imbécil, te acabarás matando.

—Supongo que tienes razón, Oulipo. Ya veremos, con el tiempo... Mañana cojo un barco. Me voy de noche.

Y entonces, la noche siguiente, sobrevino la tragedia. Augusto aspiró todo el polvo y encogió hasta desaparecer. Cuando el barco llegó a su destino, lo encontraron retorcido entre los barrotes de la cama. Ya tenía canas, pero nunca había sido un adulto.

Impotente. Así se sintió Oulipo. Augusto era una hoja de cuchillo que lo dejaba todo apestado.

—¿Qué tienes contra mí ahora? —preguntó Janice enlazando las palabras el día del funeral.

Oulipo se volvió hacia ella y le preguntó si le gustaría tomar una taza de té. Janice le dijo:

—No sé. Por la mañana siempre estoy cansada. Tú no eres creyente, ¿verdad?

Oulipo señaló con la cabeza, con cierto desdén, hacia el altar de la iglesia y salió caminando entre los bancos. No estaba allí para escuchar a Janice.

El cielo estaba azul y Oulipo sentía una ligera vergüenza. Augusto se lo había ganado.

—Bonito día —dijo Sophie. Me recuerda a... Hace años que lo veías venir.

Oulipo cogió unas hojas del suelo.

—¿Por qué?

—¿Dónde está ella?

—Nunca fue un santo.

—Dame la mano.

—Una vez quise conseguirle un trabajo.

Oulipo estaba de pie, pálido. ¿Era un sueño? Se cayó hacia atrás de repente. Se estaba nublando, el cielo. Tormenta de truenos. A Augusto le gustaba comer órganos internos de animales: menudillos, mollejas, corazón, hígado, riñones... Ahora a

Oulipo le gustaría algo sabroso. Azúcar.

Janice dijo algo, quizás sobre el funeral. Qué triste lo del pobre Augusto. Janice sonrió descaradamente. Muerto. Pobre Augusto. No tiene nada de obsceno. Había una vieja jovial inclinada al lado de la pared. Tenía dinero, y le olía bien el aliento, pero no se movía. Iba vestida de negro y miraba a un hombre de corbata.

—Está casi arreglado —le dijo el hombre.

—¡Pobre Augusto! No entré para no verle la cara.

La vieja cogió algo y se lo metió en el bolsillo.

—Con esto salvaré a millones de niños. No era un hombre limpio, pero ahora será mi guardián.

—El funeral ha sido bastante melancólico.

—Siempre huyendo de la corriente de la vida. Supongo que es su tía Sally

—Oulipo suspiró resignadamente.

—¿Ha venido Thomas?

—Vámonos antes de que Janice acabe con mi paciencia.

—¿Por qué la eliminaría del testamento?

—Lo gracioso es que...

Oulipo iba a decir algo, pero cerró la boca. Vio a una geisha en un coche que se abría paso entre la gente. El coche giró hacia la izquierda.

—En el cementerio hay unos veinte entierros diarios.

—¿Saben ya de qué murió?

—Dijo que iba al paraíso, o que estaba en el paraíso.

—¿Quién es ese que viene con Thomas?

Un hombre de barba gris. Estaban sacando el ataúd. Sally entró otra vez en la iglesia para rezar por el reposo del alma de Augusto, que iba a ser enterrado bajo la luz de las farolas. La geisha del coche tocó la bocina. El hombre de barba gris se dirigió a toda prisa hacia el coche. Thomas se puso un sombrero de copa y bajó las escaleras hacia el cementerio. Janice estaba mordisqueando un bizcocho.

—La vida es demasiado corta —dijo Janice—, pero todo saldrá bien. Tengo que arreglar lo de la herencia.

Thomas cogió un cigarrillo y le preguntó a Janice:

—¿Eres la viuda?

—De luto por Augusto —asintió con la cabeza.

—Cabrón... Soy su hermano.

—¿Estás vivo?

—Sí. Bueno.

—¿Cómo?

—Era sólo un rumor. Un rumor de Augusto.

—¿Nunca has estado enfermo?

—No, y esperaba volver a verlo vivo algún día.

—¡Terrible tragedia! —dijo Sally abriendo sus brazos a Thomas.

Janice soltó de pronto una ruidosa carcajada:

—Yo le di la idea. Tengo que confesarlo.

—¿Eh?

—La idea de irse en barco. Si no nos hubiésemos casado todo sería diferente.

—¿Cuándo y de qué murió?

—Repentinamente. Del corazón, creo. Llamé al forense antes de venir, pero estaba comiendo.

Thomas fue a saludar a Owen, un policía amigo de su padre.

—Ahí está, tu hermano. El vivo retrato de vuestro padre. La viuda reclama la herencia. Amenazó a tu tía Sally esta mañana.

—¿Sí? No le habrá echo daño, supongo...

—No. Hace un mes, ¿sabes? La detuvimos por estafa. Ha sido envenenamiento.

—¿Qué?

—No ha hablado, pero seguro.

—¿Qué vamos a hacer?

—Hoy nada, ya veremos.

—¡Owen!

—Qué Dios tenga piedad de su alma. Necesitamos pruebas, no será difícil.

Janice cambió de postura, inclinándose hacia atrás para intentar escuchar la conversación entre Thomas y Owen. Sally estaba llorando sola. Hacía cinco meses que no veía a Augusto, la última vez él tenía la cara hinchada. Él no le había dado importancia, y Sally estaba confundida, había pensado que era culpa de las drogas. “¿La amas? ¿Amas a Janice?”. Le había preguntado. “Sí, de verdad”.

—¿Te has bebido toda la botella?

Oulipo gimió.

—No quiero escucharte más.

—¡Oh, sí! —gritó Sophie—. ¡Podrías tener un poco más de voluntad!

—Estoy condenado.

—Augusto no es tu drama, a ver si te das cuenta de una vez.

—Vale, vamos, escucharé lo que tengas que decir.

—Janice lo asesinó, ha terminado su viaje, y tú no tienes por qué tragarte lo que ha dejado atrás. Estaba enfermo. Deja de pelear con sus recuerdos porque si no tienes cuidado vas a ir tú detrás.

Oulipo se fue a la estación y se sentó en el primer tren que vio. Janice no confesaría nunca. Hacía buen día. Al lado de Oulipo se sentó una mujer gorda que iba descalza, delante había una chica rubia con una cesta de mimbre y pantalones blancos.

—Buenas tardes —dijo la chica—. Merece la pena salir de Londres con este día, a mí me gusta ir al campo a hacer volar mi cometa.

La chica rubia y la mujer gorda pegaron sus bocas en un lascivo beso voluptuoso. Toda la gente las estaba mirando, era gracioso. Oulipo buscó unas monedas en el bolsillo y fue a comprar una cerveza antes de que saliese el tren.

Empujó la puerta del bar.

—¿Cómo me has encontrado después de tanto tiempo? —preguntó Esteban, empezando a sonreír.

Esteban era un hombre que había conocido en el teatro. Olía, sin duda alguna, a alcohol.

—Querido Oulipo, en otro tiempos, apagábamos las luces de toda la ciudad, intimábamos entre las sombras —sonrió humildemente—. Yo me he comido mis pecados. ¿Y Augusto?

—Ha dejado de existir —contestó Oulipo frunciendo el ceño.

—No podía durar más que su belleza exterior. ¡Qué lástima!

Si Oulipo hubiese tenido tiempo y humor se hubiese quedado a charlar...

Al día siguiente, Oulipo permaneció en la cama, lleno de tristeza. No le quedaba otro remedio que afrontar el horror. El jueves tenía que asistir a una inauguración en la sala Godalming.

Ness murmuró algo abrazando a su padre. Se acercaba la Navidad. ¿Por qué estaba Sophie tan lejos de sí misma? Había un torbellino de confusión. Un estado de

exasperación. Resplandores. Ruidos.

—Irás cayendo poco a poco —decía Sophie.

Por la tarde, Sara estaba en su cuarto, que daba a la terraza, vestida con un disfraz de enfermera. Ness estaba muy quieta, sumisa y distante.

—Saluda a mi oso —exclamó Sara—. Es mi esclavo, pero para los demás es un oso salvaje.

Ness la observó y, súbitamente, la besó, corrió a la cocina y volvió con unas naranjas.

—Nosotros formamos una tribu —gritaron Ness y Sara al mismo tiempo fingiendo un acento extraño—. ¡Somos Hiboconras!

—¿Cómo se llama el oso? —preguntó Oulipo.

—No sé su nombre —respondió Sara.

Por la tarde llegó May, la prima de Sophie. Era una mujer de unos 40 años, rubia, religiosa y muy elegante; con una estúpida sonrisa siempre en los labios. Se llevaba a las niñas de viaje, se fueron en un momento. A Italia. A Nápoles. Sophie recordaba las paredes azules de la antigua casa de su prima. Oulipo no se lo creía. En la piscina de aquella mujer se habían ahogado tres españolas unos años antes. Ella había salido a toda prisa de su cuarto, con una cartera de piel de cerdo, se había detenido ante la gruesa puerta de teca. De ningún modo se podría librar de aquella desdicha. Sophie dio a Oulipo un masaje en los hombros. Entretanto, hablaron un poco.

—El dolor hace que la cabeza te juegue malas pasadas.

De pronto, los grandes caracteres negros del periódico empezaron a convertirse en una mujer india moderna, rodeada de un hormiguero que se caía a pedazos.

—El pasado está goteando en ti.

La mujer india era una maga de Nueva Delhi.

—Te haré una pregunta en serio.

La mujer india no probaba ni un solo alimento de su cocina, iba en un coche del ejército que hacía un zumbido que daba dentera.

—¿Soy un mal poeta?

La mujer india se acercó furtivamente a una cuadrilla de ganaderos y acabó con su epidemia de optimismo.

—Eres un poeta sin rimas.

La mujer india tenía las piernas tan curvadas como un milagro.

—¿Y entonces?

La mujer india estaba alumbrada por lámparas, lo suficiente como para que todo el mundo volviera a ser feliz después de la sequía. Entonces se levantó su hija, evitando tropezar con la bicicleta, y se puso a bailar como una loca pintando consignas en las paredes. A la vuelta de la esquina. La hija de la mujer india parecía una reina enana mientras se alejaba de su madre; una gran vidente, quiromántica, astróloga, adivina.

—¡Treinta minutos! —exclamó Oulipo.

La mujer india tenía un labio inferior protuberante, y la escuchó hablar. Oulipo notó un cambio en ella, se convirtió en un dios-mono, en una dama oscura. Oulipo le pidió una explicación sobre su olor, pero la mujer india sólo hizo una observación enigmática: “Los pescadores llegaron primero”. A lo largo del mar.

Sophie vio el Taj Mahal cayéndose en pedazos. Un grito suspendido en el aire. Ovillos de pies. Un dios apoyado pesadamente sobre un atardecer del año 1800.

—Encontraremos un sitio mejor.

Oulipo había visto al dios. Hacía que uno se parase a pensar. Sophie vio una canoa. El dios cesó visiblemente en su enojo. La mujer india despilfarró todo el dinero que había ganado.

—Es inútil, no nos engañemos. Es una canoa de guerra. Se ha ido. ¿A lo mejor llegamos a las armas?

“Maldito Dios”, pensó Sophie. Era de noche. Sonó un mosquete en toda Inglaterra. En todo el mundo.

Janice salió absuelta.

—No lo entiendo, debería tener puestas unas esposas.

Oulipo se calló y siguió conduciendo. Pensó en la primera vez que había visto a Augusto, en el pub, debajo de la estación del tren. Al bajar del coche sonó su teléfono móvil.

—Si aprendes a hacerlo llámame.

Oulipo se sintió bien después de hablar con sus hijas, venció su ritmo fracturado. Miró los labios rojos de Sophie, le enseñó una foto y le preguntó:

—¿Por qué no llamaste a la policía?

Sophie sonrió:

—Porque ellos no tienen polvos mágicos.

—No cambies de tema.

—Owen es un viejo, el día del funeral lo vi por encima de tu hombro, vi cómo sonreía a Janice. Caminé hacia él. Owen está solo y Janice hace muy bien su papel.

Oulipo estaba entrando en la oscuridad.

—No buscaba pruebas, buscaba a Janice.

—Han desaparecido los dos.

—No. ¿Sí?

—Al principio parecía que Janice iba a rechazar su oferta, pero al final le sonrió con agradecimiento.

—Parece que hizo bien su trabajo.

—Ya tienen su par de anillos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Pensé que la tirarías por las escaleras o la atropellarías en una calle oscura.

Que no te haría mucha gracia.

—Es cierto.

El ritmo y el calor de la mano de Sophie. Sus manos eran pequeñas. Colocadas sobre su pecho.

—¿No tienes nada más fuerte?

—No sé si deberíamos.

—¿Qué tienes?

Y lo hicieron, supongo. Sophie levantó sus manos lentamente en el aire y corrió la sangre. Ella fue la que cayó primero.

—Estás comatosa y no llevo dinero para coger un taxi, vamos a entrar en el teatro.

Oulipo cogió otra pastilla y se la metió en la boca. Berlín. Se acurrucaron en las butacas y miraron. No sabían qué estaban viendo. Quizás una antigüedad, quizás un crimen. En cualquier caso, era algo intrigante. Sophie escribiría un libro sobre ello. Tenían hambre. Sophie miró a Oulipo. Movi6 la cabeza.

—A veces no hace da1o llamar un poco la atenci6n de la prensa.

Las manos de Sophie desaparecieron dentro de Oulipo sin dejar rastro, y los dos se desvanecieron en sus propias circunstancias.

Al volver a Londres, Oulipo recibió un correo electr6nico con una invitaci6n y un n6mero de tel6fono. A las ocho. El s6bado. Algo importante. Oulipo pens6 que las fiestas para adultos no son tan diferentes de las fiestas para ni1os. Sophie se imagin6 que iba a pasar e intent6 pararlo, pero no pudo.

Al llegar a la fiesta, Oulipo no reconoci6 a Janice, estaba embarazada. Dud6. No estaba seguro de lo que iba a decirle. Pens6 que quiz6s no debería haber ido. La mayoría de la gente eran amigos de Owen. Janice se acerc6 y bes6 a Oulipo en la mejilla. Oulipo la cogió de las muñecas.

—En alg6n lugar hay una bala para ti.

—Estoy embarazada de gemelos.

Oulipo la solt6 y levant6 los ojos para mirar a Owen, que estaba bromeando con una mujer vestida de seda.

—¿Alg6n problema? —le pregunt6 Janice riéndose—. Aquí hay mucha gente.

—Pero todo es posible.

Oulipo entr6 en el ba1o y aspir6 con fuerza. Mejor. Se pas6 el resto de la tarde intentando encontrar a alguna mujer sexy.

—¿Qu6 ha pasado?

Sophie llevaba el pelo recogido. Oulipo hizo un gesto vago y vació de significado, pero pronto se lo explic6 todo.

—Nunca me gust6 esa mujer. ¡Joder!

—¿Le has dicho algo? —pregunt6 Sophie.

Oulipo asinti6, dos veces.

—SÍ, pero no pude...

Oulipo record6 de repente el olor del dep6sito de cad6veres. Había ido una

noche. El forense estaba bebido. Sophie parecía cansada, por un momento había pensado que Oulipo había matado a Janice.

La calle estaba desierta. Sophie se bajó las bragas, estaba suave y húmeda, pero no demasiado interesada. Oulipo no tenía pensamientos coherentes en la cabeza. Puso la mano sobre el codo de Sophie. Su sonrisa era agradable, y quería seguir adelante. Habías bebido un par de copas, a veces no era muy divertido, pero estaban cerca. Ella se rió y fingió estar asustada. Volvió a reírse. Cambió de posición. Oulipo miró hacia la puerta del club. La puerta trasera. Lo había hecho así otras veces. Sophie estaba debajo del neón brillante de la salida de emergencia. Volvió a sonreír. Era una noche calurosa y estaban en un lugar público. Sophie llevaba un vestido que parecía de plástico. Oulipo puso sus brazos sobre sus hombros, después pasó un dedo por su columna vertebral. Se cogieron de la mano. Sophie estaba helada, ¿qué significaba eso? Bajo la luz de neón su cuerpo parecía parpadeante y mágico. Alguien abrió la puerta. Oulipo levantó la cabeza, vio unas manos con una cerveza.

—¿Qué hacéis?

—No lo sé.

El hombre lo miró, estaba pálido. Volvió al club y cerró la puerta tras él.

—¿Todo bien? —preguntó Oulipo a Sophie.

—¡Sí! ¡Joder! —suspiró ella mientras le explotaban los ojos con luces brillantes.

Empezó a llover. El hombre de la cerveza era viejo y se había quedado atónito.

—¿Lo has cogido todo?

Sophie dio un paso. El hombre de la puerta volvió a salir, esta vez mirando de reojo detrás de un periódico. Oulipo sacó las llaves del coche del bolsillo y se fueron al Clylow Swift, que estaba en una calle repleta de bares para turistas. Esa noche, el Clylow Swift tenía un aspecto siniestro, estaba cerca de una estación de tren abandonada que estaba siendo reconvertida en biblioteca. Oulipo y Sophie siguieron bebiendo, tanto que parecía que quisiesen matarse.

—¿Eres tú? Soy William, pensaba que nunca iba a volver a verte.

Oulipo intentó acordarse de William, recordó una foto suya en el periódico.

Sophie se fue a buscar un taxi para irse a casa. La camarera trajo dos cervezas.

—Creo que no nos conocemos.

—¿Qué?

—Me tengo que ir.

Sophie volvió con un vaso de whisky y se lo dio a William. Oulipo los miró. Sophie abrió el bolso, sacó una caja de cerillas y la puso sobre la mesa. Sonrió y dijo:

—No he encontrado un taxi.

—Mejor —dijo Oulipo.

William les ofreció un cigarrillo.

—Sí, claro.

Oulipo no esperaba esa respuesta de Sophie, pero había bebido mucho, no estaba acostumbrada.

—Nos sobra sitio en la cama.

Oulipo no se creía lo que estaba escuchando. Sophie caminando por la cuerda floja, nunca se la había imaginado de esa manera, ahora era un cuerpo coqueteando. Tenía la cabeza alta y sonreía. Se la imaginó en la cama.

—¿Quieres otra copa?

—Si bebo más creo que tendré una experiencia mística.

—Llevas un vestido bonito, te queda bien.

—Lo sé, pero gracias.

Oulipo cogió a Sophie de la mano:

—Es mejor que nos vayamos.

La camarera parecía cansada.

—Creo que deberíamos irnos —repitió Oulipo.

—Mira, creo que no quiere irse —dijo William mientras pagaba otra copa a la camarera.

—Puto yuppie. Lárgate.

—Sí, ya te gustaría.

Era muy tarde, o quizás demasiado temprano. Oulipo tiró de Sophie hacia la calle. William los siguió, Oulipo se preguntó quién coño era y de qué lo conocía. Solía olvidarse de la gente y estaba acostumbrado a tener altercados en bares, pero no con Sophie.

—¿Qué problema tienes?

Oulipo pensó en irse, simplemente, pero William se estaba poniendo duro. Pensó que si lo ignoraba los dejaría en paz. Sophie suspiró y dijo pausadamente:

—¿Te apetece un poco de sadomasoquismo, William?

¿Lo que estaba pasando era real? Oulipo volvió a tirar de Sophie hacia la calle,

entonces vio un taxi. William los miraba sin decir nada, con una sonrisa de maniaco. El taxista iba escuchando música clásica. Violines. Había unas chicas en mallas con la cara pintada. William parecía dispuesto a destruir a Oulipo. Era un tío atractivo, de esos que en las películas llevan una pistola cargada metida en los pantalones.

—Vamos a acabar con esto, no quiero tener problemas contigo.

Oulipo metió a Sophie en el taxi, esperando la reacción de William.

—No me pongas a prueba.

Oulipo se sentó al lado de Sophie y se fueron a casa. Escuchó a William gritar y volvió a preguntarse de qué lo conocía, pero no consiguió recordarlo. ¿Sabía dónde vivían y los perseguiría? Supuso que no, simplemente habría vuelto al club.

La casa de Oulipo y Sophie estaba a unos tres cuartos de hora del Clylow Swift. Oulipo se acercó a Sophie, apestaba a nicotina. A través de la ventanilla del taxi sólo se veían calles oscuras, y su reflejo, el reflejo de Oulipo y Sophie. El taxista llevaba en el asiento del copiloto un conejo de peluche, tenía unos ojos rojos brillantes casi demoníacos.

—¿Qué querías de ese tío? ¿Un baile privado?

—Olvidalo. Vamos...

—¿Qué te ha pasado?

—Era el tío de tu exposición.

—No me acuerdo, cómo no me des más datos...

—Un intelectual del mundo del arte.

—Tienes una mente muy clara teniendo en cuenta el estado en el que te encuentras.

—No tanto como crees. Estaba en la exposición vestido de rojo y negro. El tipo de tío en el que sueles fijarte, pero que en el fondo no es muy agradable.

Oulipo abrazó a Sophie suavemente.

—Ven aquí. No me acuerdo.

Sophie lo miró:

—Se llama William y trabaja para Consther, estaba un poco bebido, o drogado, no sé. Tú también apestabas a alcohol, y en tus ojos brillaban múltiples sustancias. Entonces vi el espejo. Esa noche. Te vi. Los dos en el espejo. No debería haber abierto esa puerta. Ya sabes lo que quiero decir.

—Muy bien, ¿estábamos de viaje?

—Lo besaste dos veces. Evité el resto. En el lavabo. ¿Es un conejo?

—¿Qué? Sí —sonrió Oulipo—. Eres un hada, Sophie. Así que conozco a William.

—No. No creo. Sólo lo hechizaste durante un rato.

Al llegar a casa, Sophie se quedó dormida. Había poca luz. Oulipo la besó.

—Te envidio, tienes un don especial.

Oulipo salió por la puerta y encendió la tele, la volvió a apagar y se sentó en un extraño silencio. Eran las tres y media de la mañana. Miró el periódico del día anterior, había una foto de Ronald Reagan. Durante las siguientes semanas se sintió vacío. Estuvo en la televisión y se montó una buena, porque habló con total libertad sobre las aspiraciones de su nariz. Mucha gente expresó su opinión, hubo presión política y mediática. Oulipo tenía que limpiar sus pecados, pero no estaba dispuesto a encogerse, así que hubo complicaciones. Lo abrieron en canal, mientras otros lo premiaban. Todo era muy confuso. Llegaron a decir que era un psicópata sádico. Oulipo se vio a sí mismo en miles de pantallas, incluso emitieron unas imágenes de un acto sexual, a cámara lenta, homosexual. Pero no era él. No, claro que no. Oulipo pensó en Lee Harvey Oswald, en Martin Luther King, en los disparos, los asesinatos y las mentiras de los medios de comunicación. Era un desastre conceptual.

Después de aquello, Oulipo pasaba muchas tardes en cines desiertos, construyendo patrones simulados sobre la efectividad de las figuras plásticas dentro del espectro de su mente.

Tardó mucho en sentirse liberado. Mientras, Janice había caminado hacia el mar y se había ahogado, a propósito. Oulipo lo vio en un sueño. Janice caminaba a 247 Km/h y se desintegraba en el océano. Encontraron su cuerpo, con cicatrices que desfiguraban su pecho, manos y pies. Parecía un cuadro de Marx Ernst, con nubes inmensas.

Sophie yacía inmóvil a su lado, embarcada en la neblina de la tarde, como si fuese una extensión geométrica del cuerpo de Oulipo. Oulipo empezó a explorar sus parámetros, a analizarla topográficamente.

Esa tarde, volvió May con las niñas. May parecía una estrella de cine de mediana edad. Todos parecían sacados de una película, la verdad. Salieron a la terraza, cenaron algo. Ness y Sara sonreían. Las habían echado de menos. Sara hacía globos de chicle. Ness les enseñaba fotos. May hablaba de un hombre del que se había

enamorado: un conductor de autobús que parecía un maniquí. Habían hecho el amor en el bus, en la playa. El cuerpo de May yacía entre los asientos como una escultura moderna.

Oulipo tenía una estantería llena de revistas de pornografía barata. Historias de la nada sobre el área de la piel. Epifanías de muerte que no lo perturbaban en absoluto, pero reconoció a una mujer, una mujer joven: Janice sobre una silla en un estadio vacío.

Al amanecer, Oulipo conducía por la autopista. Un impacto en tiempo y espacio reales. Su boca se movió en silencio. La muerte. Se despertó al mediodía sobre una cama con un silencio claustrofóbico. Había estado en coma, pero ahora veía la luz. ¿No estaba muerto? Vio la bombilla apagada en el techo, la pared, el suelo, todo como en una pantalla de cine. La cara de una enfermera. Las pestañas de Sophie. Las rocas gigantes de Tenerife. Helicópteros ardiendo. Se abrió la puerta.

—Estábamos preocupados, Sophie —dijo el Doctor Towp—, pero debí recordar que Oulipo nunca dejaría que su cuerpo se desmembrase.

Towp era un hombre joven, moreno, a quien Sophie conocía desde el instituto.

—La persistencia de la memoria —dijo Oulipo—. Veo la imagen de un laberinto espinal.

Muy sofisticado —observó Towp—. Sólo te has muerto conceptualmente. Tienes la tibia dislocada, podrás irte mañana.

—He salido del área de peligro, esto es una obra de arte única. He visto torres mecánicas sobre mi piel. He estado en Shanghai, donde he tenido una psicosis y he asesinado en serie. El Apocalipsis. Ha sido profundo e inquietante.

—Sueños visionarios. No te preocupes, Sophie, no es una señal de daño mental, sólo de conciencia expandida —precisó Towp.

—Tienes que ir a buscar a las niñas.

Oulipo estaba diseñando objetos que bañaba en agua bendita. No se trataba de imitar, quería entrar en contacto con espíritus del pasado. Sus hijas lo recibieron felices, como pequeñas figuritas de un retrato clásico, como un rayo de imaginación mágica.

Sophie estaba en un seminario de literatura comparada, caminaba con unas sandalias doradas que Oulipo veía en sueños cada noche. Tenía talento. Tenía éxito. Le picaba la cabeza. Una persona le había dicho que su trabajo causaría sensación en el futuro. Una persona que lo había llamado por teléfono, y se escuchaba débil, como si su voz saliera de una película infantil.

—¿Cómo quieres renacer? Concéntrate. Escúchame bien.

Al colgar el teléfono, creó un personaje abstracto basado en la carta de tarot del emperador. Estaba totalmente ensimismado, creando con todo su ser, hablando a través de sus manos. Pensó que sus ideas nacían en telarañas que se abrían en su cerebro sin los límites del tiempo y el espacio. No podía existir una fuerza mayor que esa. Empezó a llorar como un niño y trabajó con esa sensación infinita.

¿Quién era él para decir nada? Se sentía disperso, roto, pero sin límites emocionales. Trató de hacer un dibujo de una gárgola del siglo XXI, andrógina. Tenía que ir más lejos, hacia el oeste, sin moral, siendo crítico, aceleradamente. Sentía rabia, y rencor, y frustración, estaba superando los límites racionales.

Para todos los depósitos de una lápida. Augusto sobre todo. Oulipo se levantó de la tumba en siete segundos. Augusto parecía terriblemente elegante en la fotografía, sin embargo, el texto era chapucero, estaba borroso y parecía que le faltaba un fragmento. Había insectos. Insectos aburridos. Oulipo lavó la lápida con jabón.

Nada más despertar, al día siguiente, Matilde murió atropellada por un tren. Sophie se puso en pie:

—Estoy a tu disposición. A ver qué podemos hacer.

—Todavía no sé si era inteligente o estaba loca.

Guadaña.

Matilde no quería ser enterrada en la hierba, no quería ni oír hablar de eso. Oulipo y Sophie eran sus niños. Los quería, sí.

—¿Has leído la carta? —preguntó Sophie.

—No.

—Son siete páginas. Su obra más grande.

—Murió en un banco —les dijo el abogado—. Estaba vacío, o al menos eso me han dicho.

De repente, Oulipo y Sophie eran los únicos que quedaban en el despacho, fue justo entonces cuando empezaron a pensar que nadie sería capaz de igualar la insulsez del abogado. Era experto en cuadros cuadrados, no rectangulares. Era una especie de hombre ascensor incapaz de decir nada claro, aunque quisiese. No paraba de hablar, sin mala intención. Hacía mucho ruido. Cantaba. Tenía una mentalidad agresiva. Estaba de pie.

—Hasta mañana. Aunque creo que tardaré unos días. Es complicado.

Cerró la puerta. ¿Se estaba riendo? Se parecía a Henry. Oulipo estaba preocupado. Tenía una casa en algún pueblo, cerca de París, llena de libros que explicaban la vida de los santos. La cojera, los movimientos. Además, destrozaba siempre las historias. La cara roja. Su hija, cansada de falsedades y circos. Rosa. Era una persona de confianza. Un epitafio. El mundo.

Oulipo y Sophie pasaron una puerta, y después otra.

—Contaba las mismas historias cuarenta veces. Cuando era joven tartamudeaba.

Oulipo puso las manos en el pasamanos y miró hacia el piso de abajo.

—Estaba enferma. Estaba nerviosa.

Me lo dijo Rosa. Matilde se lo explicó hace cinco días. No hablaban mucho.

—Cáncer de pulmón. ¿Vamos a cenar?

—Pues... Tengo que ir a ver al profesor Mafarte, está escribiendo algo sobre pelotas de plástico y quiere hacerme unas preguntas.

—Qué incordio.

—Está en el taller, a cinco manzanas de aquí.

—Es un tipo despreciable.

—Le prometí que lo ayudaría con las transcripciones de las notas de mi padre. No quiero que copie nada mal, tiene los papeles desperdigados por tres pisos.

Oulipo desperdició el resto de la tarde en su habitación, con la vista fija en una hormiga que se le metió en el bolsillo de la camisa. Estaba a gusto. Estaba vivo. ¿Estaría igual dentro de unos años?

—Mira esa hormiga —dijo Oulipo.

Ness miró, pero no vio ninguna hormiga. Vio un mosquito, ciego y grande. Oulipo pensó que se había equivocado, buscó ‘hormiga’ en la enciclopedia. Había tres páginas de explicaciones inconexas.

—Parece un buen mosquito —dijo Sara.

—No es bueno, es una falsificación —respondió su hermana.

Oulipo se dio cuenta de que era auténtico, o lo contrario. Tenía alguna sospecha. Algo curioso. Un mosquito sosegado. Un mosquito que había estudiado en Oxford. ¿Por qué de noche todo parece más largo? Bajaron a cenar al TwoLab. Sophie llamó por teléfono: “Llego en un momento”. Comieron algo con chocolate. Algo que parecía una hoja. Tardaron tres horas en volver a casa. Londres no es pequeño, no, pero es extraño. A veces.

Sara se sentó en la cama.

—Falta poco para acabar las transcripciones —dijo Sophie.

—Se pasó 42 años con la misma historia. Demasiados datos. El cerebro puede llegar a ser peligroso.

—Obsesivo, más bien.

Ness miró hacia delante, acabó de secarse y se puso el pijama. Sara se estaba lavando los dientes.

—Ducharse en invierno no tiene explicación —pensó Ness en voz alta—. Sólo deberíamos ducharnos después de correr maratones.

Oulipo se levantó de repente y volvió con una libreta y un lápiz:

—Apunta aquí todo lo que quieras decir —le dijo a Ness.

—Así no tendré que hablar más. Ni tendré que comer lentejas. Ni judías. Las lentejas son los seres más rápidos del universo. Hasta mañana. Hasta mañana.

Sophie apagó la luz y le dijo a Oulipo que la presentación del proyecto de Mafarte iba a ser en Lituania. Entonces dejó de hablar, se dio la vuelta y repasó los discos que había encima del sofá.

—Maas Merdes. Lo he estado buscando durante mucho tiempo.

—Se había caído detrás de la puerta.

Sophie se metió la mano en el bolsillo y sacó una pelotita de plástico.

—Es de 1967. Tiene unas 20.000.

Oulipo se acercó al fregadero y cogió una taza.

—¿De dónde las ha sacado?

—Pregúntaselo a él.

—Rosa se va a Madagascar.

Sophie entró en el baño. El cuarto de baño tenía otra puerta que daba a su habitación, pero estaba cerrada. Oulipo se fue a dormir y empezó a soñar. Una salamandra, vio sus ojos. Un murciélago cerrando la puerta. Una naranja redonda, gritando, con barbilla. Sentía una especie de felicidad de piedra (la naranja) y le daba las buenas noches a una mujer. Oulipo dejaba las maletas en una esquina y la mujer se despedía de la naranja, que cogía un autobús hacia su casa.

Oulipo no era funcionario, pero se le ocurrió ponerse de pie y mirar por la ventana. Entró en el baño y miró los botes de champú. La ventana estaba abierta. Estaba nervioso. Salió del baño y avanzó hacia la cama.

Por la mañana vio las cosas de otro modo.

Tráeme la toalla rosa —le pidió a Sophie, que salió corriendo soltando un gruñido de aprobación.

Ness se levantó el pijama y se dio una serie de palmadas en la barriga. A veces parecía enloquecer. Cogió a su padre de la mano y lo llevó hasta la habitación del fondo. Cuando hubo cerrado la puerta, Oulipo se sintió observado, y al alzar los ojos vio a Sara.

—Me alegra verte, hombre —dijo Sara en un susurro—. Me parece muy bien que hayas dejado aparcado el camello en la puerta.

Ness se tumbó panza arriba.

—El factor tiempo no existe en mis dominios.

—¿Y los cantos?

—¡Tengo que ir al lavabo!

La puerta del baño estaba abierta de par en par. Ness seguía tumbada en el suelo. Se lamía los dedos. Sara entró en el lavabo y se puso a mear sin cerrar la puerta.

—Nunca me casaré —Ness tenía las ideas muy claras—. ¿Qué me recomiendas?

—No preguntes.

—De acuerdo, papá.

Una vez, cuando tenía ocho años, Oulipo había pensado en alistarse en la marina, porque no quería ser dependiente ni camarero. No había trabajado en su vida.

Sophie tenía una amiga con una casa adosada de dos plantas. En el piso de arriba había un diccionario azul sobre bombachos y sandalias que había pertenecido a George Harrison. Sophie solía observarlo con atención (el diccionario azul) en busca de una mayor sabiduría.

Sophie, con sus zapatos de tacón alto. Un modo de llamar la atención. Ness, con cara de admiración. Un gran silencio, ¿y qué más da? Ness le dio un codazo a Sara, que respondió con un resoplido de desprecio, como quien chupa un limón.

La casa adosada de la amiga de Sophie era grande y antigua. Se llamaba Emma. La amiga, no la casa.

—¿No te sientes en la gloria en esta casa, Emma?

—El arquitecto era famoso, aunque conservador. Una casa un poco victoriana. Medio desmoronada.

—A mí siempre me ha gustado.

Emma se rascó la nariz y empezó a pensar que todo había terminado. Se escuchaba un disco tristón. En las paredes había láminas chinas con cisnes verdes.

Oulipo me ha pedido que viniera a verte.

—¿Ah, sí?

—No quiere que pierdas la casa.

—Me aterroriza perderla, pero tengo adonde ir.

—Adora esta casa. El jardín cubierto de malas hierbas. Las historias de humillación y fracaso de tu madre.

—La cosa es muy seria, Sophie, pero no quiero quejarme ni enfadarme.

—Yo me alegro —dijo la madre de Emma.

—¿En serio? —le preguntó Sophie sorprendida.

—Mira, me amarga la vida —se puso a llorar.

La madre de Emma había estado casada con un escritor californiano. Era verdaderamente grotesco. Se había pasado el matrimonio fumando, bebiendo y bailando la samba apasionadamente. Se pasaron años así. Estaba como loco. Se llamaba David Dulzura. Un día se dirigió al coche, de madrugada. Llovía. Era un farsante de tomo y lomo. Se fue por una razón muy concreta.

Emma cogió la mano de su madre y suspiró.

—¿Por qué tuvo que hacerlo? —hizo una pausa para recuperar el aliento y deseó morir.

Dulzura se había metido en el coche, se había pellizcado las mejillas y se había ido al restaurante indio de un amigo. Llevaba unos zapatos de color marrón. El restaurante estaba animado, Dulzura se reía de todos los comentarios. Tenía la barba mal afeitada y hablaba sobre el precio de las verduras. Estaba sudando y se llevó una sorpresa. No podía apartar los ojos de su cara. Debió de sentirse confundido al traspasar el umbral de la puerta y ser abrazado por su padre. Después puso fin a su vida. A la de los dos.

Durante meses, la casa se quedó en silencio. Emma se sentaba al borde de la cama y pasaba de todo. Sin embargo, se daba perfecta cuenta de que el abandono era una oportunidad. Se puso a trabajar haciendo striptease y acabó en la cárcel. Por fin, después de semanas y semanas, reflexionó sobre la experiencia y miró a su madre con cara de satisfacción. No sabían qué hacer con la casa, pero estaban peligrosamente cerca de la ruina. Aquella casa era una condena de por vida.

—Si Dulzura estuviese aquí —dijo la madre—, le daría un buen bofetón. Nada bueno cabe ya esperar de este mundo. Estamos solas.

—Escúchame bien, Emma —dijo Sophie, con un hilillo de voz—. Tienes que hacer algo.

—Haré lo que pueda. Creo que no puedo perder el tiempo. Antes me preguntaba cómo reaccionaría en una situación como esta.

—¡Esta hija es un desastre y un caso perdido! ¿Qué piensas hacer?

—Creo que ya es hora de que nos vayamos de Londres. Estoy lista para ponerme manos a la obra.

Pintaron la casa de color blanco y empezaron a hablar de venderla. Contaban con un puñado de ofertas de delincuentes y cantantes. Emma habría preferido quedarse en la casa, pero empezó a gustarle el valor que le daban los interesados en comprarla. Se pasaba el día entero montando y desmontando las camas y los muebles.

—Mire el partido que se le puede sacar a esto —repetía mientras recorría las habitaciones.

Muy cerca estaba el carísimo Kensington, pero los compradores la miraban con ojos cautelosos, estaba sin blanca y los periodistas no la dejaban ni a sol ni a sombra.

—¿Qué es esta mierda? —se quejó Sophie—. ¿Qué te ocurre? No puedes andar

por ahí coqueteando en fiestas acusándote de prostitución.

Sophie le puso los puntos sobre las íes.

—¿Qué iba a hacer? —dijo Emma—. Tenía que hacer algo para conseguir dinero. Ahora me siento segura.

Estaba eufórica.

—Pero tu madre no te habla, ¿no?

—Pues no —soltó un suspiro de alivio—. ¿No es espléndido?

Aquel verano, Emma se presentó en casa de Oulipo y Sophie con un actor untado de maquillaje que hablaba con acento hindú. A Sophie le entraron ganas de salir corriendo. Emma se mostraba evasiva, y les pidió que se afiliaran al Partido, estaban preparando una gran ofensiva. Ya no vivía en la casa, y no tenía ni idea de quién la había comprado.

—¿Lo sabe tu madre? —le preguntó Oulipo.

—Ha salido en el *Daily Mirror* diciendo que está orgullosa de su hija. Se ha vuelto loca. Camina sin hablar y diciendo adiós con la mano. Es un espectáculo.

—¿Cómo has podido hacerle una cosa así? —le dijo Sophie, dándole la espalda para ir a sentarse al lado de Oulipo.

—Te puedo asegurar que no tengo ni la menor idea de por qué actúa así.

—Venga, ya sabes...

—¿A qué te refieres? —preguntó Emma.

Sophie la miró como si lo que acababa de decir fuera evidente.

Al día siguiente, Oulipo y Sophie fueron a la casa, alguien había desplegado una alfombra roja mugrienta con un Cristo crucificado.

—¡Es una fascista! —soltó la madre de Emma desde el vestíbulo.

Llevaba unas gafas muy gruesas. Los examinó.

—¿Sois policías de paisano?

Oulipo y Sophie se quedaron pensativos.

—No hace mucho se presentaron unos maleantes. ¡Cabrones! ¿Quién se ha llevado los beneficios? ¡Emma! ¡Esta era mi casa!

De repente, los abrazó. Se pasaron la noche entera escuchando sus lamentaciones. Su vida había cambiado muy deprisa y se estaba condenando. Abandonando el mundo. La casa había sido comprada por un juez del Tribunal Supremo, un hombre de costumbres extravagantes que quería convertirla en un salón

de té.

—¡Me estoy planteando escribirle a Dios! —exclamó la anciana descargando su puño contra la mesa—. ¡Lo voy a mandar todo a la mierda!

¿Qué podían decirle? Entraron en el antiguo cuarto de Emma sin hacer ruido. Oulipo y Sophie se sentían aturdidos, sin aliento. Se quedaron todos en silencio, nunca habían tenido una relación demasiado íntima con esa mujer. Se volvieron a casa.

—Eso no es portarse bien —dijo Sophie, que siguió hablando y hablando.

—Ven acá.

A Sophie le entraron ganas de llorar, pero bufó y se echó a reír a carcajadas. Vio el reflejo de su cara en la ventanilla de un coche. Llevaba un vestido negro.

—No quiero volver a hablar con Emma. Pase lo que pase.

Estaba arrebatadora. Se fue hasta el otro extremo de la calle a saludar a un joven actor que le encantaba. Lo había conocido en un espectáculo constructivista de Eve Eleanreet. Sophie siempre salía exaltada de esas performances, preguntándose qué comida estaba especialmente pensada para originar una buena transformación. El actor llevaba los zapatos desabrochados y un bastón. Iba comiendo un pastel de carne. Oulipo se dio cuenta de que, a primera vista, parecía que llevaba el jersey al revés.

—Podríamos ir juntos —dijo el actor.

—¡Qué divertido! —dijo Sophie.

Cuando alguien pasó por su lado, el actor le tocó el culo. Oulipo lo miró con mayor detenimiento. Era un gesto fuera de lugar. Se oyeron carcajadas. El culotocado resultó ser un vendedor de bollos que había vivido con el actor en una comuna. Oulipo no lo hubiera imaginado nunca. Se quedó pensativo un momento. El Frente Nacional iba a desfilar por el barrio.

—Nos veremos en la mani, cariño —se despidió el culotocado.

Durante el resto del día, Oulipo y Sophie estuvieron vagando por el Soho. Y fue precisamente allí, o quizás no, donde Sophie le puso una mano en la mejilla y lo agarró del brazo. Con aquello ya tenía más que suficiente. Oulipo le dio un beso y se marcharon.

—He visto enseguida que querías marcharte.

Sophie estaba tranquila. Se fueron a un restaurante.

—Siéntate.

Sophie no abría la boca.

—No sabía que estuviese tan comprometido políticamente.

—¿Qué? Es judío.

—Vaya, no me digas...

—¿No te habías dado cuenta?

—Bueno —dijo Oulipo—. Es que me da igual.

Sophie pensó en la tortura y en la violencia. ¿En qué había estado pensando en casa? Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir. Acabaría mal.

—¡Venga! ¡Vamos a algún sitio! —chilló—. Aquí la música no vale mucho.

Echaron a andar calle abajo.

—Te voy a contar una cosa —dijo Oulipo señalando un montículo de hierba—.

A pesar de todo, nunca he querido que te marches. Te necesito constantemente.

Sophie lo agarró del brazo y le dijo que estaba dispuesta a cualquier cosa. Esa noche, colocaron la cama junto a la ventana y se tambalearon con dolor autoinfligido.

—Tienes que prometerme que estarás aquí.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero no me he marchado.

—Lo sé.

—Quiero vender la casa.

—¿Ah, sí? —se interesó Sophie.

—Tenemos que hacer cosas.

Sophie le sonrió, también quería marcharse.

—¿Adónde vamos?

—Esta semana podríamos meditar. Hay gente que sabe siempre cómo hacer las cosas... Ya hablaremos un poco de todo esto.

—Me alegro. ¿San Francisco?

—No quiero irme tan al sur. América... He estado allí.

En aquel preciso instante se abrió la puerta y apareció Ness. Estaba canturreando. Les dio un beso de buenos días.

—¿Y los leotardos de Sara?

Su voz sonó prácticamente como un chillido, debía estar desesperada buscándolos.

—Me iría a Cuba —dijo Oulipo.

Sophie fue a sentarse con Sara.

—Todavía no los he encontrado. Quiero saber dónde están exactamente.

—A lo mejor te doy una buena noticia —le dijo su madre mirándola.

Y las dos se quedaron allí sentadas.

Un día, hace ya años, Sophie llevaba una pámela negra y sus sandalias azules. Su padre era demasiado delgado, parecía sacado de un libro. Su cara sonriente y pálida. Trabajaba todo el día en una sala con una mesa baja.

—Muerto. Sus pulmones...

—¿Te asustaste? ¿Lo abrazaste? —le preguntó Ness—. ¿Te dolió?

Cuando Sara volvió del baño, inclinó la cabeza:

—Querida hermana, los muertos viven en París. Y apestan.

Ness cambió de posición en el sofá y suspiró. Sophie rió alegremente.

—Era un buen hombre. Yo tenía dieciocho años y era una noche sin luna.

Estaba tan oscuro... Fue extraño. Daba vueltas nerviosa junto a él. Después de una noche de inquietud, se fue.

Era la primera vez que Ness y Sara oían hablar de la existencia de su abuelo.

—¿Y la abuela?

—Se quedó dormida profundamente. No le ocurría nada malo.

—¡Oh! —exclamó Ness, sorprendida, y arrimó su mejilla a la de su hermana—.

Estaba saludable.

Un golpe en la puerta, que cedió ante el movimiento de la mano de Oulipo.

—Seamos razonables —llevaba en la mano un papel enorme. Un mapa.

Se sentaron todos y contemplaron ese mundo plano. Esa mañana, se emocionaron conquistando España, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, Portugal... Se multiplicaron sobre la tierra.

Oulipo vivía en la parte más espesa de la noche, bajo la luz de bombillas ardientes. Fue hacia el coche y llegó al complicado cruce de la gran autovía del oeste. De pronto se despejó la carretera. Aparcó. Tuvo un pensamiento erótico. Ella salía al encuentro en mitad de la escalera. Su dulce pecho.

—¿A qué te dedicas ahora, Oulipo? —dijo Keith.

Entonces todo empezó a oscurecerse. Tres metros más allá, Leonard Trish, con uniforme, aparcaba en doble fila delante de un callejón sin salida.

—¿Dónde carajo te habías metido? —dijo Keith.

—Yo mismo hace sólo unas horas —dijo Oulipo con intensa lasitud—. Decidí que iba a disfrutar cada minuto de esta ocasión.

—Será mejor que subas.

—No lo haré. Desde luego que no.

Oulipo parpadeó para enfocar mejor el dardo.

—Todo tiende a la entropía.

—¿Qué?

—Leonard piensa que soy homosexual.

—¿No deberías hacer algo?

—¿Salir del armario? ¿De la nevera? —le contestó Oulipo.

Despacio, muy despacio, Oulipo miró el reloj. Había una chica desnuda que los invitó a subir. Oulipo no levantó la vista. Keith y Leonard se deslizaron hacia las escaleras.

—¿Qué clase de hombre eres?

—Un sujeto sin importancia. No pienso pasar el resto de la noche en este lugar soez. ¿No lo entendéis?

—¿Qué hay de malo en esto?

—El karma. La crucifixión. No ganaría nada.

Se podían escuchar jadeos, como si alguien se estuviese muriendo por asfixia. Una asfixia general autoinducida. Se atragantaban con su propia lengua. Se excitaban sin respirar. Eran fantasmas cuyos corazones se detenían y se solidificaban. ¿Sabían que les dirían cualquier cosa con tal de que subieran? ¿Verdad que nada tiene fin? ¿Debía seguir haciéndose preguntas?

Los esclavos con la cabeza inclinada.

—¿De qué hablamos? —preguntó de pronto un hombre joven—. ¿Animales?

Cuando Oulipo abandonó la sala en dirección a los cipreses, no le importaba nada. El futuro era imposible. Se esfumó. Abrió los ojos de par en par y se retiró velozmente.

Sophie no podía verle la cara, la tenía tapada con un pañuelo de papel. Azul. Oulipo dio dos profundas bocanadas. Eran las doce menos cuarto. Le dolía el estómago. Apretó la boca. Sophie estaba sentada allí. Eran las doce pasadas. Ella se echó hacia delante.

—Es increíble la cantidad de mujeres desmoronadas que puedes ver pasar.

Sophie puso la mano de Oulipo sobre su regazo.

—Rodeadas de miradas.

—¿Jóvenes hermosas?

—Escotadas y ceñidas.

—Ven aquí —dijo Sophie.

—Beben copas. Se consumen los cigarrillos en ceniceros de cerámica. Hacen el amor y se vuelven en taxi. Es como ir a un funeral de incógnito.

Sophie lo escuchaba y pensaba que esas chicas debían ser los seres más solitarios sobre la faz de la tierra.

—Me gustan los chicos, en la cama. No te enfades conmigo.

—Nadie se libra de una mirada espumosa del submundo.

Aquella noche caía una lluvia primaveral. Corrieron en silencio por la terraza y pronto se encontraron tan mojados que no pudieron dejar de sorprenderse.

Perdieron toda noción del tiempo y se desplomaron extenuados.

Desde la rodilla al muslo. El dedo. Deslizarse y rozarse. Manos infatigables. Carne viva. Siete. Amanecer. Fin del trayecto.

La ventana estaba abierta, la calle estaba tranquila, sólo se escuchaba el rumor del agua. Oulipo fue al baño y se sentó en la bañera. Después fue hasta el río. La gente se congregaba frente a una iglesia. Un hombre y una mujer cubanos tiraron de él.

—Quieren matarnos.

Su andar era siniestro y parecían terriblemente viejos. Estaban arrugados y esqueléticos. Intentaron venderle hierba. Oulipo miró hacia abajo. Era una soleada mañana de marzo.

Se marcharon, temblorosos y sudados. Todo era distinto y extraño. Era domingo. El susurro vibrante del río dejó de hacerle gracia. Al otro lado, vio a unos chicos con material de construcción que torcieron en la esquina y se esfumaron.

—Pero, Oulipo, ¿qué demonios estás haciendo tú aquí?

—Harry, vivo cerca.

—Oh, ¿sí? Me habían dicho que...

—Ya me iba a casa.

—Bueno, pues... Hasta luego.

Oulipo vio una sonrisa en el rostro de Harry. Llevaba sandalias, era bailarín. El más hermoso del país. Sus ojos siempre parecían lanzar un guiño. Sus pies eran como los de una reina de cristal, hacían añicos ceremoniosamente cualquier escenario. Sus ágiles manos desabrochaban las hebillas con facilidad. Lanzaba susurros, risillas, suspiros lánguidos. Había jugueteado con él. Era encantador. Encantador. Se abalanzó sobre él y besó sus labios. Oulipo sintió náuseas. Enseguida se hizo un

silencio repentino. Como si fuese lo más normal del mundo, Harry se fue. Estaba casado con una viuda que llamaba mucho la atención. Era japonesa, actriz.

—No hay nada más pintoresco que la pornografía obsoleta —dijo Sophie.

Oulipo barría una y otra vez la terraza.

—¿Sabías que a los leones les salen canas?

Llevaba un cinturón de cuero con una gigantesca calavera de plata. Zapatillas deportivas. Una camiseta con Mickey Mouse vestido de látex. Sophie chasqueó la lengua.

—Besos blancos, besos rojos, besos encima de un piano —estalló Sara lamiéndose la mano.

Ness se puso de pie con un suspiro y empujó a su madre enérgicamente hacia la puerta.

—Aburrido —dijo Ness en un tono ofensivo—. Vamos a entrar en casa, me arde el corazón.

Sophie vio una luz en sus ojos verdes.

—Eres una niña estupenda.

Una mañana, mientras paseaban por París, conocieron a un constructor de Rimini. Le compraron una casa perfecta. Un tesoro. En Alaska. Algo nuevo. En el campo, un campo que no habían visitado antes. Allí estaban, sintiendo la delicada calidez del lugar.

Oulipo salió del aparcamiento. Primero giró. Ness le gritaba:

—¡Venga, papá!

Sophie miró hacia atrás:

—¡Ness!

—Vosotras dos, calma —dijo Oulipo—. Es fin de semana.

—¿Quién puede diferenciarlo ya?

Se fueron al mar. Tuvieron que arrastrar a Sara fuera del coche, no le gustaba el clima de Alaska. A Ness no le importaba, todo le parecía hermoso.

—¡Una serpiente!

Sara se quedó en silencio.

—¡Serpiente! ¡Para merendar!

Sophie tenía una cabeza de serpiente clavada en la solapa de la chaqueta. Color manzana. Se la sacó y se la puso a Sara. Ness estaba rodando por la hierba. El reloj

marcaba las once y veinte. Ness chillaba. Sara seguía sin querer moverse. Ness quería hacer alguna proeza.

—¡Venid, venid!

Oulipo escribía en su cuaderno, hacía todo lo posible por parecer indiferente. Ahora todo estaba en silencio. Ness se había quedado dormida en la toalla. Sara estaba realmente enfurecida, estrujaba a su madre mientras miraba de reojo las olas. No le gustaba el mar. Lo contemplaba pero no quería acercarse. Había algo que se lo impedía en su cerebro. Oulipo la miró.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No tengo por qué decírtelo.

—Sara no quería ni mirarlo, empujaba a Sophie hacia el coche, estaba excitada.

—El coche está cerrado.

Sara no dijo nada. Nada.

Ness se volvió hacia su hermana.

—Tú. ¡Deja de llorar! Tus gritos se oyen desde aquí abajo.

Sara se calló. Sus ojos relumbraban, pero no parecía aliviada.

Sophie se echó a reír. En aquel momento apareció un hombre. ¿Quién era? Iba con un perro muy desagradable. Era un loco que quería hacer un trueque. Un cuchillo, por el coche.

—Sólo intento ayudarles. Lo he encontrado entre unos huesos de plástico. Es raro.

Oulipo se quedó mirando el cuchillo. El hombre tenía el pelo corto y rubio.

—Quiero que se lo queden. Era de mi hermana. Es valioso. ¿Les da miedo el perro?

Era una bestia, nadie se atrevería a tocarlo.

—Yo sólo intento ayudarles.

El perro corría entre los árboles. El cuchillo brillaba como un diamante. El hombre tenía un tatuaje de una boca azul.

—Solo intentaba... —buscó un cigarrillo en el bolsillo y cerró los ojos—. Amo esta tierra.

El hombre se metió el cigarrillo en la boca. El perro gimió. Tenía el pelo pintado de verde y violeta (el perro).

—¿Le pasa algo? —preguntó Oulipo.

—Hace unos años. No ha podido superarlo. Lo mordió una serpiente, en el morro. Había serpientes peligrosas entonces, pero desaparecieron. Peligrosas. El hombre se fue, caminando entre la hierba.

Cerca había un perro que aullaba. Corría.

—¡A tomar por culo!

Oulipo agarró la pluma. Estaba supercolocado.

—¡Hostia! ¡No necesito la pluma!

Sintió nostalgia. Sophie se había ido a nadar con las niñas. Tal vez era un loco romántico que disfrutaba entre las sombras. Estaba despeinado. Encendió la luz, hubiera jurado que olía a quemado. Estaba viajando por los caminos de su mente, agitándose. Muerto de hambre. Abrió la boca con fuerza. Probó la mermelada. Había un jarrón de cristal con flores que se movían. Cogió la pluma. No tenía conciencia. Así estaba. ¿Qué estaba? ¿Qué estaba escribiendo? Esa noche no.

Estaba pensando en Sophie, y luego se fue a la cocina a desayunar algo que tenía un aroma dulce. Imágenes de dragones y susurros. Azul. Estaba contemplando el mundo a través del humo de las palabras, así parecía más prometedor y alienígena. No se contentaba con cualquier cosa.

Volvió los ojos hacia un bulto muerto de alguna sustancia inanimada. Se quedó mirándolo unos segundos.

—Es la vida —se contestó así mismo—. Exacto.

El bulto muerto se limitaba a contemplarlo, profundamente, lo controlaba. Había un espejo roto afilado. Se lo clavó en la carne. No había ningún lugar donde ocultarse, era una especie de loco. Se echó a reír. En aquel momento se abrió la puerta y la cocina se llenó de niebla. Era sólo bruma venenosa que lo arrastraba a un momento crucial. El corazón. Pensó que debería parar, pero el aire era sereno. Carne blanda. Sexo con drogas.

—¡No! —exclamó—. Solo no.

Oulipo destapó un frasco. Estaba temblando. No quería pasar por aquella puerta. Tenía la lengua larga y húmeda. Estaba en su propio mundo, pensando en sí mismo. Ensimismado. Entonces vio algo. La pluma, en el cubo de basura. La puerta se había abierto y se veía el color de los sueños.

Oulipo tenía la pluma en la mano. Estaba soñando. Soñando, pero la vida no es para soñarla. Sólo intentaba... Sacó una carta del tarot. La puerta se abrió. Un paquete de galletas pegajosas. El acuario le atrapó los ojos, hurgó en su interior. Había un pez con motas amarillas que no se podía destruir. Indestructible. Un pez perro. Gato. Escarabajo. Cuidado, escarabajo.

Se lo estaba pasando bien, sonriendo. Tenía razones para sospechar que estaba a medio metro de una mosca. Dejó caer la mano, que aterrizó en sus pantalones. Ya había visto lo que pasaba, no era una mosca, era sólo un espectro luchando por vivir. Se lo metió en el bolsillo. Miró a través del acuario. Hubo un golpe en la puerta. Un ruido ensordecedor. Oulipo intentó contener sus sentimientos. Su mirada se detuvo en un punto repulsivo.

Estaba mirando con aquella expresión de cadáver cuando su mente señaló una ráfaga de felicidad. La vida era más tranquila en Alaska. Valía la pena. Se le hizo la boca agua. Sí... Bueno... Guisantes, ¡venid aquí! Abrió la caja con un chasquido satisfactorio. Eran guisantes secretos que flameaban. Humeantes. ¡Dejen paso! Estaba rodeado de maniquíes que insuflaban amasijos de fluidos corporales. Lanzaba rayos finos. Iban envueltos en mantos amarillos y dorados. Bajaron volando, se abrieron y salió una manada de híbridos. Oulipo se preguntó quiénes serían. ¿Queréis ver mis cicatrices? Pero los maniquíes estaban demasiado ocupados disparándole al escarabajo. No exactamente.

Oulipo bajó, volvía a estar en la habitación con sus heridas y las profundidades de su dolor. Se le cerraron los ojos y se metió en la cama. Era muy guapo, y Sophie era su único amor. Sophie. La que nunca halla. A veces su mente era como la de un extraño que contaba historias privadas.

A veces miraba a Sophie como si fuese una reliquia de Dios. Igual que él.
Llegaban voces del exterior.

—No lo sé...

Sophie y las niñas estaban nadando en el lago.

—¿Habéis oído eso? —preguntó alguien.

Oulipo abrió los ojos. Seguía escuchando voces. Suspiró cansinamente. ¿Quiénes eran? Unos que no encontraban el camino al mundo. Oulipo bajó, salió de casa y cerró la puerta. Había una bonita furgoneta en la sombra. Se abrió la puerta de atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Oulipo—. ¿Todo bien?

—No sé qué decirte.

El hombre se acercó con dos perros.

—Hemos tenido mucho cuidado, pero la carretera es oscura y hemos tardado siglos en llegar.

—Sí, es un problema. Es verdad. ¿Perdidos?

Oulipo se volvió hacia la ventanilla, debían ser un matrimonio. La mujer seguía sentada, era mil veces más guapa que su marido.

—Hemos dejado los árboles atrás.

La mujer cogió una cajita de madera. Estaba cantando.

—Llevamos en la carretera desde las cinco de la madrugada y eres la primera persona que vemos.

—No hay muchos turistas por aquí.

—¿Dónde está el lago?

—¿Adónde vais?

—A ver a nuestra hija, tiene un restaurante ruso.

Oulipo no sabía dónde era exactamente, pero lo había visto en la televisión.

—No estáis muy perdidos. No... Tenéis que ir hacia aquellas rocas, entonces veréis un puente, y desde allí ya se ven los centelleos del agua.

El hombre bajó la cabeza. Empezó a llover.

—Encantado de hablar contigo, vamos para allá. Ven alguna vez al restaurante.

El hombre comprobó la hora en el reloj y se fueron.

Oulipo estaba pensando sentado en la mesa. Tenía una cita con el Sr. Tinto, el hermano de un tío raro que vendía sillones de mimbre. Al Sr. Tinto le habían robado un cachorrito de perro. A Oulipo no le gustaba codearse con esa gente, tenían negocios clandestinos. Robaban cajas de munición y pistolas. Eran unos vándalos que serpenteaban con placas de matrícula oscuras.

Oulipo miró atrás para ver la puerta, que se abrió ligeramente. Sophie y las niñas estaban cubiertas de un tenue resplandor. Oulipo se dirigió a ellas. Había limpiado la habitación. Acarició amorosamente la nuca de Sophie, que le dedicó aquella sonrisa perfecta.

—Estaban demasiado contentas allí como para moverse.

Sara ya estaba en el primer rellano, se había resbalado y tenía sangre en la cara.

—¿Estás herida? —preguntó Oulipo.

Eso hizo reír a la niña.

—Todo bien, papá.

Estaban empapadas de lluvia. Lluvia que se convertía en chispas al tocar la piel

de Sophie.

Ness había enloquecido, su cuerpo cayó hacia atrás.

—No tengo miedo, señor papá —susurró.

—¿Por qué no?

Ness saltó, tenía barro hasta los tobillos. Llegaba el ruido de perros ladrando y entraba un rayo de luz a través de la lluvia. Todo estaba húmedo y neblinoso. Ness se retorció hasta que algo le azotó la pierna. Abrió los ojos y aspiró. Sophie le cogió la mano.

—¡Arriba!

Las metió en la bañera y cenaron.

Oulipo miró profundamente a los ojos de Sophie. Estaba guapa, muy limpia y planchada. Estallidos de luz dentro de sus ojos, que temblaban como si algo los moviera.

—¡Vamos a bailar!

—No puede ser, Sara...

—¡Me gusta! ¡Me encanta!

—¡Aquí no hay dónde ir a bailar!

—Por favor, en cualquier sitio.

Oulipo la empujó hacia el espejo y saltaron como si la habitación fuese fantástica y musical. ¿Qué más? Después Oulipo pudo ver la cara de sus hijas descansando en la almohada. Su aliento deslizándose.

Un día que Oulipo estaba borracho en el sofá señaló una caja que había en la mesa. Sophie levantó la cabeza. Estaba cerrada con llave. Oulipo tuvo que taparse la boca para contener la risa. Sophie lo miró con los ojos entornados. Pastillas, hierba, coca. Era una caja metálica de un color específico. Rojo. El frío aire nocturno contra sus pechos desnudos. Corrieron escalera arriba.

Él la cogió de la mano y tiró de ella. Era una carrera para ver quién se bajaba antes la cremallera. La rodilla desnuda de ella rozaba la de él. Aprendieron un montón de cosas con la yema de los dedos. Era la una de la madrugada. Polvos. Amoralidad sexual. Entrega total y absoluta.

—Esta mañana iba andando y vi a un enano comiéndose un bistec en Laverne. Me pareció agradable. Conozco a un tipo que trabaja allí, tiene bigote.

—¿Paul? ¿Con tatuajes?

—No. Una especie de Spock que sale de copas con Andy.

Sophie tembló.

—Un chico regordete con ojos de cachorrillo. Yo me quedé mirándolo. Al enano. Estaba sentado en la entrada. Llevaba traje. Tenía el pelo largo y oscuro. Quería contártelo.

—¿Ah, sí? Oh.

Ella tenía la piel húmeda. Eso era bueno, suponía él. Hacía tres meses que no iban a la ciudad.

—El enano tenía un montón de teorías, lo veías al mirarlo a los ojos, aunque parecía un robot de carne y hueso. Se quedó mirándome con sus ojos inmóviles y me señaló con un dedo torcido. “Es usted interesante”, me dijo.

Sophie se quedó mirando al techo.

—La verdad es que al principio pensé que parecía un loco, no paraba de gritar. Me dio escalofríos. Sin embargo, cuando me miró, me dejó paralizado. Sentí sus ojos enrollados en mi cabeza.

Sophie se mordió los labios y se volvió hacia él. Podía tocarlo todo el tiempo que quisiera. Era muy entrada la noche. Se subió a él de un salto. Él miraba por la ventana, tranquilo. Le chupó el dedo. No, se lo mordió. Se miraron parpadeando.

—¡Ay! —chilló ella vuelta hacia atrás como un anfibio resquebrajado.

Sophie era... rara. Le escupió. Oulipo se limpió y le dio una patada. Ella volvió a escupirle. Él se secó la cara y se metió en ella. Ella separó las piernas con dificultad.

Él le sujetó el antebrazo y le mordió los labios.

—¡Ay!

A veces. Como esa noche.

—Probemos algo diferente. Algo asombroso.

Miró a Sophie y ella le devolvió la mirada. Su boca sabía a pájaros.

—Te sugiero subir al coche y fotografiarnos sobre las rocas —dijo ella cambiando de postura.

—¿Adonde fuimos la semana pasada?

—Me sentaré sobre tu regazo y te desabrocharé el cinturón. Descansaré sobre los pliegues de tu piel.

El amor es tan raro... Sophieladeó la cabeza y puso la boca en el hombro de Oulipo.

—Podría ser divertido.

—Está bien, vayamos —dijo él.

A ella le temblaban las manos.

—Joder, tienes que estar tomándome el pelo.

De pronto había cambiado totalmente el panorama. La lluvia golpeaba la ventana.

—Podría ser increíble.

—Estará muy oscuro.

A Sophie se le llenaron los ojos de una nueva luz.

—Oh, mierda. ¿Estaremos bien?

Le cogió la mano.

—Te quiero.

Ella sonrió.

—Coge la cámara.

Estaban en lo alto de la colina.

—Entrégame a la chica. Siempre he querido poseerte.

Sophie se arrojó a él. Se arrodilló. Le desabrochó el cinturón. Un chorro. Tenía las manos tan pequeñas... Hummm... El lugar estaba oscuro. Oulipo golpeó el coche con el muslo. A su alrededor todo estaba borroso. Se apartaron del coche. Al lado había un escalón abstracto.

—Ja, ja, ja —se rieron.

—Ten cuidado, chica —dijo Oulipo.

Ella se burló de él.

Un bicho verde sacudió la cabeza. Sophie besuqueó a Oulipo.

—Adelante, hazlo.

Estaban lejos de los ruidos de la ciudad. Había varias cosas curiosas. Un depósito de agua. Sophie tenía una mano dentro de los pantalones de Oulipo. Él le acariciaba la mejilla con un dedo. Decía cosas obscenas. Se pasó el dedo por los dientes y gimió.

—¡Vamos!

No se cayeron, pero se sintieron culpables. Tras una larga pausa, volvieron a respirar.

Ese año volvieron a cambiar de vida, a un lugar donde calentaba el sol. Titubearon. Sara se golpeó la cabeza contra un poste. Ness tenía unos pantalones rosas.

—Aparta —dijo Sara.

Apretó la mano de su hermana.

—Es lo más bonito que he visto nunca.

Las ventanas estaban cerradas. El césped del jardín estaba cubierto de escarcha.

Sophie abrió la puerta y abrazó a sus hijas. Junto a una pared había un hueso. Oulipo estaba de pie junto a la mesa de la cocina. Ella le echó los brazos al cuello.

—Papá se ha vuelto majara —dijo Ness sonriendo mientras buscaba algo en unas cajas.

—¡No es cierto! —gritó Sara.

—¿Estás seguro de que la gente no se muere por cosas así?

—¿Por mudarse? Vamos... Tengo algo que enseñaros.

La bañera estaba llena de agua, y dentro había un coche robot.

—No es nada feo —dijo Sara.

—¿Hace algo? —añadió Ness.

Las niñas hicieron una pequeña danza con las manos en los costados y Oulipo le preguntó a Sophie si le apetecía fumar marihuana.

—No, no.

—Parecen mucho más reales los coches de plástico, ¿verdad?

—Tengo que mear.

Todo estaba revuelto. Sara y Ness era como bonitos animalillos que correteaban estremecidos alrededor de las cajas.

—¡La casa de muñecas!

—¡El reloj!

—¡El teléfono!

—¡El muñeco con dientes!

—¡La gallina de madera!

—¡El pijama azul!

—¡El bolígrafo amarillo!

—¡La cazadora roja!

Ness se tambaleó hacia atrás. Sara retrocedió. Soplaban el viento.

Oulipo iba a Londres un día sí otro no. Una mañana Sophie lo acompañó al hospital a ver a Gance, un amigo de toda la vida de su padre.

—¿Qué tal estás?

—A la gente le parece de mal gusto que no lllore. Siento rabia y tristeza, tengo la nariz rota y me siento mareado. Tengo un aspecto ridículo.

Oulipo se rió:

—Sí, señor.

Sophie estaba de pie, detrás.

—La hermosa Sophie con sus piernas delgadas.

—Oh.

—Estás guapa.

Gance se recostó. Sophie le hizo un masaje. Era agradable.

—He pensado mucho en vosotros.

—¿Aquí estás bien?

—Sí. Esto es lo que pasa por destruir cosas. Lo siento.

—¿Qué?

—Todavía quiero a Belinda.

—Podemos ir a hablar con ella.

—No quiero hablar con ella. Soy un cabrón.

Gance tenía una expresión apesadumbrada, parecía un niño con los pelos de punta.

Belinda estaba sentada en la sala de espera.

—Habéis sido amables al venir a verlo. ¿Qué tal está?

Oulipo se encogió de hombros.

—No sé. Te quiere. Estaba pálido.

—Quizás trataba de captar tu atención.

—Podía haberla captado de otra manera.

—¿Cómo empezó todo?

—Se cortó las venas y se echó a llorar. Le vendé las muñecas y se tiró en la cama. Vomitó y perdió el conocimiento. Le goteaba sangre por la nariz. Una historia... Es un inepto. Me amenazó, lo típico... Un corte... Intentó forzarme, no hacía más que gritar. Fue patético, no debería seguir confiando en él.

—Según la tesis de Berger no cambiará nunca. No modificará su posición.

—Sí, es muy simple. Todo negro o todo blanco.

Un oasis de críticos. Un polaco nacido en 1961 que con el paso de los meses y los años no tenía ya ninguna meta. Un desastre. Sin embargo, explicaba anécdotas y cotilleos sobre literatura. Había viajado en tren y tenía una habitación en una pensión. Sophie decía que brillaba con un extraño fulgor, entonces lo miró a los ojos y se rió.

—En la editorial hay una mujer mayor curiosísima, en el departamento de alemán, que tres o cuatro veces cada tarde llama a un taxi. Con un destino incierto. Cierra la puerta y se mueve por ahí diciendo que es promotora cultural. Es norteamericana.

—¿Quién es?

—Espitier. Juega a las cartas como si estuviera siguiendo un libro de recetas. Es lo que opina casi todo el mundo. Es una mujer más o menos solitaria.

—Creo que la conocí en casa de Moinoza, encendió la tele y se tumbó en la alfombra. Tardó mucho tiempo en volver a abrir los ojos.

—Típica reacción durante las visitas, ¿qué conclusión sacaste?

Llegados a ese punto, Sophie le indicó al crítico polaco que en el cielo no había ni una sola estrella, pero a él no le interesaba.

Desde la ventana se veía a un taxista marroquí que terminaría suicidándose. El polaco se acostó con una mexicana que conoció esa noche en un bar. Sophie también estaba allí. Se sentó en una silla junto a una de las ventanas y le formuló en voz baja una pregunta:

—¿Te marcharás a las doce de la noche?

Había un ruido ensordecedor. El polaco dio dos pasos y le dijo que tenía que marcharse. Sophie lo vio reflejado en el único espejo. Sólo había leído dos de sus novelas y se había sentido ofendido.

Sophie volvió al hotel a las cinco de la mañana con la señora Scherd. Se sentaron en el bar con el rector de la Universidad EPN, que habitaba en un mundo diferente del suyo. La señora Scherd sonrió.

—¿De qué manera? —quiso saber.

En el hotel esperaba Oulipo, que no se había movido de la habitación. Bajó al bar. Había soñado con un árbol. Miró a Sophie parpadeando con dificultad y luego volvió a la cama. Después, recordó que en realidad estaba muy lejos de allí.

—Es extraño, de pequeño siempre iba con pantalones cortos —dijo el rector

mientras Oulipo se alejaba por la puerta.

La señora Scherd se fue a dormir. Sophie se sentó al lado del rector, parecía un cuadro viviente. Durante un rato permanecieron sin decir nada. El rector tenía que coger un avión.

—Tengo que irme.

Sophie se echó a reír y se dejó caer de espaldas sobre un sofá.

—No sé cuánto tiempo vais a durar juntos esta vez.

—No sé, tarde o temprano habrá alguna experiencia desagradable, pero ahora es dulce conmigo.

—Es posible que vaya a dar clases a Londres.

Con el rabillo del ojo vio una bandada de grandes pájaros negros, entonces sintió miedo. Imaginó a Sophie con Oulipo después de haber hecho el amor toda la noche. Pensó en Laura. Se quedó quieto. El camarero les ofreció una taza de café.

Al día siguiente, al volver a la universidad, el rector salió al jardín medio dormido y luego volvió a entrar en su despacho. Empezó a dibujar en un periódico viejo y a preocuparse por tonterías. Le pintó bigotes al cadáver de un boxeador chileno espantoso. Tenía que ir a una reunión en la oficina del decano. A las nueve y media. La profesora Hossing le preguntó si se había olvidado. Estaba enamorado de ella. Recordó una ocasión en la que se habían bebido una botella de mezcal. Ella tenía ojitos de haber estado en coma, no consideró hacerle el amor por si lo interpretaba como una descortesía.

Laura Hossing se había criado en contacto con emigrantes durante la dictadura.

—No te comprendo.

—Qué triste paradoja. Creo que es hora de tomar una copita.

Laura exclamó algo que no entendió y su respuesta fue negativa. Echó a andar. El rector se preguntó qué clase de juego era ese y se sentó en la punta de la silla pensando en sus seres queridos. Más tarde, Laura pidió una cerveza y le echó una mirada en el bar. Era un bar pequeño y modesto, vagamente oriental.

—Yo vivo en una casa de una sola planta, mi marido está en la cárcel. En una cárcel de Estados Unidos. Es una historia...

—¿Tiene algo que ver contigo?

Laura procuró sonreír con una rapidez desconcertante. El rector pidió un

whisky, le estaba haciendo muchas preguntas.

—Es una historia inverosímil. ¿Tienes tiempo para comer algo?

Laura usaba gafas.

—Un crimen terrible.

—Soy una tumba.

Laura se bebió la cerveza.

—Iba en un autobús a Arizona, con un boxeador chileno.

—¿Un boxeador profesional?

—No, un tal Flores, no era nadie. Lo estranguló con una corbata durante los prolegómenos de un combate. Un periodista lo vio matarlo. Un irlandés borracho, pero era un tipo civilizado. Lo observó desde una esquina y escribió un reportaje. Un gran reportaje.

—No estaba al corriente.

—Me dijo que fue una muerte rápida.

Laura tenía el pelo muy rubio.

—¿Tienes hambre?

—He vomitado. Ayer cené en un restaurante con dos periodistas americanos.

De Nueva York. Les interesaban mucho los deportes.

Laura tenía los ojos llorosos.

—Hoy Rosa estaba de cumpleaños.

—¿Qué hora es?

—Las tres.

El rector subió las escaleras y salió por la parte de delante. Tenía el pelo largo y completamente blanco.

El novio de Laura le había traído un collar de perlas. Era taxista y tenía una hija. Era marroquí.

A esas horas el bar era un espectáculo. El camarero estaba viendo la tele. A veces volvía la cabeza. Desde la cocina llegó la voz de su mujer, que preguntaba si era hora de irse a casa. Se oyeron risas de niños.

Dos días después, Laura fue asesinada. Su cuerpo no presentaba indicios de violación. La encontraron envuelta en unas cortinas raídas, con las uñas pintadas. Una navaja o un cuchillo. Iba vestida con unos pantalones sucios. Un bate de béisbol. Llevaba unos zapatos rojos. El principal sospechoso del asesinato era el rector, pero la

investigación aportó pocos datos. El rector se puso enfermo y le ofrecieron su puesto a Sophie.

—Hay cosas más raras, pero no quiero.

Miró a Oulipo a los ojos.

—Está claro.

No había almohada en la cama. Sophie llevaba un par de pulseras de fantasía y un pantalón incrustado en la vagina. Había estado en una tienda de ropa con matas de geranios.

—Pues sí.

Sophie se dirigió hacia Oulipo. La habitación del hotel debía medir más de cinco metros por cinco. En una calle norteamericana. Ventanas ahumadas. Portero las veinticuatro horas del día. Cerraron la puerta por dentro. Ella preguntó cuándo volverían a casa. Su cuerpo hundiéndose en un mar de baldosas blancas. El pecho próximo a la cara. Oulipo podía ser extremadamente violento. Cuatro fotos tomadas con una cámara Polaroid. Con dificultades, después de hacer el amor, buscaron la maleta con su ropa. Al día siguiente comieron sólo arroz y fruta y el vendaval de la vida se los llevó a México.

Sophie era como una muñeca perdida con una profunda serenidad sin fin. No tardó mucho en aparecer en un programa de televisión con Reinaldo Churraña, un policía que olía a aceite de automóvil.

Oulipo se detuvo al cruzarse por la calle con una mujer. Se dio la vuelta y lo miró sin sorpresa. Había sido su psicóloga infantil.

Reinaldo Churraña había sufrido un accidente de carretera y su mujer había sido hallada en una casa marrón, hundida entre hierros. Durante una semana, un tipo, un locutor de radio, había ocultado el cadáver. Churraña no quería ni mirarlo a la cara.

Oulipo caminó con la psicóloga infantil hablando sobre su adolescencia.

Churraña le tendió la mano a Sophie, con síntomas notorios de estar perdiendo la paciencia y segregando una especie de sudor aceitoso.

—Él mató a mi mujer.

La psicóloga infantil estaba perdiendo el hilo de la conversación.

—La encontraron en la cocina. Violaba a mujeres y luego las mataba. Jodido gringo. Ya le llegará su hora.

Oulipo no veía a la psicóloga desde los quince años, se habían ido a vivir al sur, en una barraca prefabricada.

Churragaña se calló. Sophie sintió que la separaban cinco pisos de él. ¿Cómo había llegado allí?

Oulipo había acabado en la psicóloga por culpa de una quemadura de bala. Un programa de los servicios sociales. La psicóloga era una tipa gorda, hija de un presentador de la tele.

—Me suicidaré antes de cumplir los cincuenta —dijo Churragaña—.

¡Recuérdenlo!

Oulipo pensó en las bandas juveniles. Cuando tenía 13 años detuvieron a dos de sus amigos, pero pronto archivaron el caso. Eran menores de edad y sólo eran unos pobres chicos.

—Usted es muy discreta —le dijo Churragaña a Sophie.

Tenía un tatuaje. Una casa marrón.

—Ya lo habían investigado antes, al gringo, tenía una furgoneta y a veces bebía café sin azúcar.

Sophie estaba amurallada, era difícil mantener el espíritu ante semejante psicópata.

Churragaña tenía los ojos verdes (traidores), y su dieta era a base de carne. ¿Eso significaba algo? El cuerpo de su mujer había sido hallado semienterrado. Dos días después de encontrarse el cadáver, Churragaña había denunciado a un americano que estaba casado con la mujer perfecta. Los policías lo investigaron durante siete días, preguntaron, hasta que una mañana dos trabajadores de una fábrica de armas inculparon al propio Churragaña. Era un matón de casi dos metros.

Era noche de luna llena.

—Un seboso manchado de sangre. Un charlatán.

Oulipo miró a Sophie a los ojos.

—Violó a su mujer en un descampado y acusó al locutor de radio. Un tío que tenía un programa de música clásica.

—Pero... ¿fue él?

—Fue Churragaña. Dicen que es un asesino en serie, pero no hay informes claros.

—No quiero hablar más de crímenes.

A la mañana siguiente desayunaron en un restaurante con cortinas azules.

—Empecé a tener amantes a los 17 años. El primero conducía un coche que nunca olía bien. Creo que guardaba huesos para sus esculturas. Después un político que vivía en una casa negra, me contaba cosas.

—Un día en una fiesta, en un barrio de clase media, le expliqué a un amigo el polvo con el policía. Le hablé de lo del guía turístico. Desapareció.

—Luego vino uno que era modelo, y traficaba con drogas. Se llevó todos mis libros. Tenía cáncer.

—Una puta con una especie de locura me abordaba siempre en el metro. Una vez me lamió la mano. Olía a tierra meada y no conseguía apartarme de ella. Un día intentó forzarme, la lleve a un hospital y la encerré en un armario.

—¿Es verdad?

—Era una vieja que me ponía muy nervioso. Me han dicho que ahora vive en una cueva en el desierto y sólo mastica aire. Trabajaba en un cabaret de lujo al que solían acudir músicos.

Sophie le preguntó si ya había amanecido del todo.

En septiembre, una tarde, una jirafa del zoo se volvió loca. Era una jirafa cansada y sin esperanzas. Por aquellas fechas fueron a visitar un castillo excavado en la roca. En otoño. Sara balbuceaba de pánico, Sophie le sonrió bondadosamente y salieron del sótano iluminado por nueve velas.

Ness caminaba hacia atrás y hacia delante. Le estampó un beso en la boca a su hermana.

—¿Crees en el amor? —preguntó la niña impresionada por los restos del bombardeo.

Durante un rato ni siquiera miró a sus padres. En las afueras había un lago.

—¡Una gallina!

—Estoy pensando en escribir ciencia ficción.

Mientras salían del castillo apareció un escritor judío. Su novela, decía, trataba sobre la hipnosis. Vivía en las montañas y tenía miedo al fracaso y al ridículo.

—Me gustó su novela —le dijo el escritor a Sophie.

Sostuvieron una larga conversación, el escritor parecía triste y aburrido. Sabía los horarios de todos los trenes, y hasta si los conductores eran zurdos. Los invitó a un asado.

A través del cristal se veía el bosque nevado. Sara había adquirido la costumbre de contemplar la hierba y después hacía dibujos toscos.

Al oeste del castillo se veía una nubecilla de humo azul.

El escritor sólo tenía veinticinco años, sus abuelos habían muerto en la guerra. Las palabras le salían a borbotones.

—Me siento solo. Muy solo.

No tenía buen aspecto. Alguien lo llamó desde arriba. Su hijo. No encontraba una manta. Les pidió que se marcharan.

Durante una hora intentaron tranquilizar al escritor. El niño los miraba de reojo, parecía un gato.

Antes de irse, volvieron a las ruinas. Ness se estaba comiendo una manzana. Sophie anotaba cosas en un cuaderno, cosas contradictorias y vagas.

—¿Dónde la has comprado?

—¿Dónde he comprado qué?

—La máquina de escribir. Disculpa la metáfora.

—La encontré en el bosque.

—Debía ser de un gran escritor.

—Tiene el anagrama del Partido Comunista.

—Es hermosa.

—Es una pluma sencilla para escribir una novela sobre el deseo sexual.

—¿Sobre el deseo sexual en el Partido Comunista?

—Creo que sí. Tiene un nombre, la pluma: señor Gottbis.

—Está un poco quemada.

Ness empezó a temblar. Oulipo la cogió y tuvo la impresión de que estaba desnuda. Sara se puso a cantar y a bailar.

—Llevamos aquí muchas horas.

Fueron a un bar. Comieron estofado de conejo. Ness copiaba los gestos de Sara, y luego sus ojos se dirigieron a un alemán de pelo blanco.

—Me parece muy hermoso —le dijo la niña al anciano.

El viejo le pellizó la cara y se puso a llorar. Hablaron durante unos minutos.

Cuando salieron del bar volvieron al lago. Era un día muy frío. Había un vagabundo descalzo.

Aquella noche durmieron en un barco.

—Muy simple.

—Es verdad, comía queso blanco y sardinas.

Las niñas estaban dormidas.

—Mañana iremos hacia el oeste.

—¿Cuántos años hacía que no comías conejo?

—Muchos años.

—Lo que más me ha llamado la atención es un tipo joven vestido de blanco.

—El barón.

—¿Quién?

—Sus padres se instalaron aquí. Vivían del contrabando. Él es ingeniero, vive en el sur de Francia.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Preguntando. Se ha cambiado de nombre. Klaus. Dicen que es un chico juicioso y sencillo, pero a mí me parece ridículo.

—¿Con quién has hablado de todo eso?

—Con el viejo alemán, me ha contado muchas anécdotas mientras estabais en el comedor. Un gran viajero. Misterioso.

Las bonitas casas de Bretaña estaban desatendidas. Los campesinos todavía extrañaban su antiguo trabajo. Una tal madame Guillebier, una costurera, les aconsejó algo para el dolor de cabeza.

—Buenas tardes, señora —sonrió a Sophie—. La conozco.

—¿Sí?

—Sí, desde la escuela.

Sophie la observó, habían pasado muchos años.

—Michelle.

—Sí, soy yo.

Sophie no dijo nada y le acarició suavemente la mano.

Michelle Guillebier confeccionaba ropa para niños.

—Voy a comprar hilos y agujas, no puedo desperdiciar el tiempo. Mi hija me prohíbe coser. Mamá, ¿qué haces? Una cazadora.

—¿Dónde está Nathalie?

—No sé, se ha levantado a las seis y cuarto. Ha tenido un hijo con otro hombre. Étienne. Fue un nacimiento brusco. Un chiquillo tan bueno... Le diré que vaya a verte.

Sophie le dio una tarjeta del hotel donde se hospedaban.

—Es un sitio muy agradable, he estado allí alguna vez. Es nuevo.

Sophie se mostró todo lo simpática y amable que pudo, Michelle Guillebier era como una correa alrededor del cuello, siempre quería conseguir alguna cosa. Catorce años atrás había tenido algún tipo de enfermedad mental. No es que no quisiera verla nunca más, pero a veces la distancia ayuda.

Michelle siguió caminando con un esfuerzo considerable, era ya una anciana.

—¿Te alegras de estar aquí?

—Por supuesto, a pesar de tener que mantener las apariencias.

Cuando llegaron más o menos a la cama del padre Gilles, padre de un abogado primo segundo de la madre de Sophie, se acomodaron al lado de la mesa.

El padre Gilles estaba rojo como la sangre. Sentado. Soltó una risita irónica.

—Estás desperdiciando una vida perfecta, como tu abuelo, que en paz descanse. Tengo algo que decirte. Como bien sabes, hay una vecina de madame Guillebier que se ha ido de viaje a Las Vegas. Un detective la está buscando por alguna razón.

—¿Alguna razón?

—Nada. Algo sobre su vida sexual. Supongo que no tardará mucho en preguntarte por ella. Dile que no la has visto, que ha desaparecido, que no has escuchado nada. Miente. Recuerda bien mis palabras.

—¿Tan grave es?

—Está absolutamente prohibido hablar de ella. Me debes esto y mucho más.

Éxtasis y videojuegos, murmuró Oulipo, pensando en que el cura estaba demasiado colorado. Recorrió la habitación un par de veces, todo estaba muy limpio y ordenado. Se fueron a montar a caballo.

—Nunca me ha perdonado.

—Me parece lamentable.

—¡Es sacerdote!

La mirada de Oulipo se fijó en Sophie con un cierto aire de crítica.

—Ya sabía a qué venía, haberlo pensado antes.

—Es una vida extraña. Es una rata infame. Es muy agresivo.

—Sí, en realidad es todavía más penoso de lo que crees.

—Es probable, pero disfruto con esto, es como ir de visita al zoo. ¿Dónde venden drogas?

—La viuda de Zaman, pero tenemos que ser discretos y amables.

Oulipo esbozó una débil sonrisa y vaciló un instante.

—Le recordarás a su marido.

No encontraron a la viuda. Su hermano los llevó a la oficina de correos, al interior de los baños.

—Tengo hierba.

—No.

Vaciló un segundo.

—Déjame ir a casa a llamar por teléfono, tengo que actuar con cuidado.

La llamada duró mucho tiempo y a Oulipo le pareció un tanto rebuscada, pero estaba de buen humor.

—¿Qué pasa ahora?

—Mañana al mediodía.

Se escuchó un sonido apagado, Sophie se preguntó brevemente si era el viento. El cura. Recibieron un mensaje.

—Lo siento —susurró Oulipo.

—La verdad es que yo le hubiera rajado la garganta. Muerto... Se murió a las diez y media. Era malvado y retorcido.

El mensajero se dio la vuelta y caminó despreocupadamente hacia el coche.

—Supongo que se veía venir.

—Al parecer era todo un personaje.

—No a todo el mundo le gustan los curas —añadió la viuda de Zaman entrando en la habitación—. Me odiaba.

—Vaya...

Al cabo de media hora estaban de camino al hotel. Pensaban quedarse unos días más, pero se apresuraron a irse. Eran casi las tres.

—Mi madre le tenía miedo aunque era generoso con sus regalos. Casi me siento aliviada.

El avión se elevó como un cohete y desfilaron los edificios.

—Café. ¿Quieres algo?

—Esta noche tengo que volver a Nueva York. Una chocolatina. La exposición abre el lunes. Las fotografías han desaparecido y necesitaría un poco más de tiempo.

—Trae algo para el cobertizo.

—No puedo distraerme.

La azafata sonrió con una expresión pícara.

—Supongo... Vale, puedo buscar una mesa.

—No, no hace falta que vayas de aquí para allá. No importa.

Se escuchó un grito, una niña le gritaba a su caballo de peluche:

—¡Me gustaría estrangularte! ¡Lo siento! ¡No lo digo de verdad!

Se rió. Oulipo se imaginó a la azafata desnuda. La fotografió. Sophie leía un libro que le había enviado un tal Fred Escobar. Algo mitológico.

—Quizás tendríamos que pasar una temporada en casa.

—Sí. No sé, cuando vuelva. Me han ofrecido hacer algo en el río.

—¿En el monasterio?

—Han conseguido solucionar el asunto y van a abrirlo. Me dan una sala.

—He visto fotos.

La niña comenzó a gritar de nuevo, después de limpiarse la boca con la manga.

—Todavía no me he planteado nada.

La niña consiguió soltarse de su madre y salió corriendo.

—¿Qué les parecieron las grabaciones?

—Un verdadero infierno, uno hasta se persignó. Este miércoles tienen que decidir. Jean de Renard me insultó, pero Tousch se mostró sensato, quería más detalles.

—Es una oportunidad. Lo más probable es que acaben abriendo los tres sitios.

—La Casa Note va a ser una comisaría, y el convento un hotel.

La niña escupió.

—No, por favor... ¡No vuelvas a hacer eso jamás! —dijo la madre con fuerza—.

Es horroroso de ver.

Oulipo tuvo la sensación de que todas y cada una de las personas que estaban en el avión los miraban fijamente.

Al día siguiente, cuando entró en la galería, lo estaba esperando la madre del avión, era una periodista del *Globe*.

—Maldito cabrón —la escuchó susurrar por el móvil—. Estoy trabajando, ¿en qué demonios estabas pensando?

Al parecer, quería que Oulipo le explicase su proyecto. Se dirigieron directamente a la puerta y le hizo una entrevista modesta.

—Te enviaré una copia, aunque en el periódico no publican más que mentiras que es preferible borrar de la memoria.

—Hay pocos oídos dispuestos a escuchar la verdad.

La periodista exhaló un suspiro y miró a la gente que había en la sala.

—No son más que ladrones, los conozco tan bien... Lucha si quieres, pero acabarás teniendo problemas con ellos.

—No, estoy preparado.

—Eso es importante, si no estarías perdiendo un tiempo muy valioso.

—¿Te encuentras bien?

—No es el momento...

Oulipo apoyó una mano en su brazo, estaba sudando. Ella se apartó y buscó el baño, era obvio que se estaba enjugando las lágrimas. Oulipo fue a buscarla, ella se disculpó.

—Estoy furiosa, mi marido... Ha participado en un secuestro. Llora todas las noches, no puedo sentirme segura. Lo lamento.

Estaba temblando, era una escena espantosa, había dolor en su rostro.

—Un secuestro de un niño. Algo horrible no poder ver a tu hijo. Yo quiero que confiese y haga un trato. Su único hermano ha muerto y no está lúcido. Fue una muerte cruel.

Oulipo dirigió una mirada rápida a un policía que cruzaba la puerta. El policía echó una ojeada y movió el brazo. La periodista lo miró y le sonrió.

—Tienes que acompañarme al hospital, Will tiene una bala en el intestino. Confesó y François ha intentado matarlo.

La periodista hizo todo lo posible por contener cualquier emoción y sencillamente añadió:

—Ah.

Se esfumó.

—¿Quién era?

—Una periodista en el infierno.

—Llega el día.

Oulipo sostuvo la mirada por un instante.

—Ed, me voy a la cama. Llámame en dos horas.

—¿Por qué? Hay que hacer arreglos.

—Haz todo lo que puedas.

Oulipo abandonó la galería y se fue a comer, se tomó su tiempo, necesitaba intimidad. No tenía muy claro si el texto de presentación era publicable. Cada vez que respiraba se apoderaba de él el presentimiento de que la exposición no sorprendía. Caminaba hacia la muerte, era la última cosa que hubiese esperado.

Sophie se mete una pastilla en la boca... A veces daba la impresión de que formaba un charco con sus propios jugos. Una sirena de policía.

—Me lo prometiste.

—Esto me quita todo el miedo, es fantástico. Pasemos la noche tomando pastillas, invadiendo nuestro sistema.

La lluvia. El espacio oscuro. Subieron las escaleras.

—Tenemos que tener cuidado. ¿Te excita ese tío?

Oulipo se volvió hacia Sophie.

—¿Quién?

—Bee. ¿Has hecho el amor con él?

—Cuántas ideas obscenas... Es feo, aunque me resulta agradable.

—Ten cuidado.

—Es un viejo conocido.

—Está al borde de la desesperación, tiene una sonrisa peligrosa.

—Me pegó. Estaba excitado, parecía nervioso, eso fue todo.

Oulipo conocía a Bee desde hacía unos diez años. Bee intentaba clavarle las uñas en la carne, pero la vida era demasiado para él, lo estaba engullendo rápidamente.

Sophie se quedó callada.

—Su hermana fue sacrificada.

Sophie gritó.

—Es una buena historia.

—Este es el placer más dulce.

—La última vez que la vi estaba ya con eso del vudú, era como una sombra. Bee repite mil veces la misma historia.

Sophie empezó a bailar, Oulipo alargó la mano para tocarla. Sonaba una canción de cuna. Aquella voz solitaria.

—Estoy sufriendo excitaciones de velocidad, quiero amor.

Oulipo empujó la puerta.

—¿Cómo puedo volar más alto? Chúpame.

Oulipo retrocedió, Sophie era un fantasma humeante.

—¡Haz lo que te digo!

Oulipo la tiro al suelo, daba gusto verle la cara.

—Llega hasta el final.

—Eres de humo.

Se oyó un golpe en la puerta y una voz que se apagaba en la distancia.

—Me hubiera gustado conocer a la hermana de Bee.

—Era extraña. Era peluquera. Suzanne.

—Vamos a comer algo.

—¿Dónde?

—En una jungla con víboras.

—¿Qué te pasa?

Sophie se metió la mano en el bolsillo. Estaba sudando. Oulipo hizo rodar su cuerpo húmedo hacia la terraza. Lentamente.

—¿Quieres ir más allá?

Un vuelco.

—Pollo. A un sitio donde haya pequeñas serpientes.

—¿Qué dices, Sophie?

—¿Por qué iba a saberlo?

—Porque nadie más lo sabe.

Oulipo levantó la vista.

—¿Qué miras?

—Es fantástico. Todo es amarillo brillante. Tenemos que unirnos. Nunca te había visto así.

—¿Has oído hablar de las víboras?

—Una vez abrí una para limpiarla.

Sophie olía a lluvia.

—Sí, claro. No importa. No sé qué decirte. Ya sabes lo que quiero.

—Claro, Sophie —La apretó muy fuerte contra él—. Me mordió una serpiente, podría haberme matado, pero era preciosa. Quieta, quieta.

Ritmos duros. Durante unos segundos la soltó. Estaba la televisión encendida. Oulipo tenía una montaña rusa en la cabeza.

—¿Te acuerdas de aquello? ¿Cuándo me corté un dedo?

—A principios de los noventa.

—¿Estás segura?

Oulipo notó sus dedos, acariciándole los labios. Se sentía extremadamente

tentando a...

—¿Qué?

Un gemido. Sophie había captado lo esencial.

—Sí.

Se levantó, sonrió y asintió.

Más allá de todo lo que pasó aquella noche, sus ojos se encendieron mientras se preguntaban qué hacían.

—Me gustaría saber cómo extender el silencio.

—¿Estamos realmente aquí?

—Estamos.

No podían cerrar los ojos. Olía a flores. Respiraron hondo. Estaban demasiado contentos como para moverse. Los ojos de Sophie eran tan grandes...

—Creo que eres el ser más puro que he conocido nunca.

—¿Sí?

—¿Entramos en casa?

—Todavía no —Eso era lo que iba a decir Sophie, pero ni siquiera tuvo que abrir la boca. La conocía bastante bien. Dulces sueños. Flotaron en el espacio y luego ya no estaban allí.

Ness echó a andar, acababa de desayunar. Quería darles una sorpresa a sus padres.

—Papá... Os he comprado un regalo.

—¿Qué?

—Un espejo. La tía me ha castigado, pero yo no he hecho nada. Nada de nada. Yo no dije nada. Es una loca.

—Esta bien, ¿qué pasó?

Habrá tiempo de asesinar y crear. Sophie cogió el bolso. Estaba a kilómetros de distancia, realmente indignada.

—¿Estamos hablando de algo cierto?

Parecía enorme y poderosa. La secretaria de Uni Bueles tenía una motivación. Era alta y guapa y conocía bien a los periodistas.

—Deberías mantener a la prensa al margen.

La secretaria lanzó un objeto sobre la mesa.

—Toma.

Era una combinación de una especie de mundo. Todo había terminado. Sophie salió a la avenida. Pronósticos y generalizaciones. Muchos tests de personalidad acababan regulando a los ciudadanos como si fuesen piratas informáticos que se hundían agujas bajo la piel. Sophie pretendía esquivarlo, pero la mayoría de los programas eran ejecutados de todas formas.

Parecía una ciudad en miniatura.

—¿A quién tienen ellos?

—A alguien bueno —respondió la secretaria.

Sophie había sentido deseos irrefrenables de reducirla a papilla. Fruncía el entrecejo incluso cuando disfrutaba. Evidentemente, su largo abrigo gris la delataba. Tenía un rostro propio que le encantaba a los periódicos acordes con su ideología. Había sufrido, sí, pero ¿eso la disculpaba? Tenía la esperanza de echar un polvo con ella, y Sophie no estaba dispuesta.

No podemos decir lo que no podemos pensar, y por lo tanto: eso.

Pronunció el nombre de otra escritora que aparecía en la base de datos.

—¿Cómo pretendes conseguirla?

—Conozco su debilidad.

Cuando le explicó de qué se trataba, a Sophie le pareció desaconsejable jugar con eso.

—Se te escaparía de las manos.

Sophie no dejaba de analizarla.

—Sería un asunto privado.

A la hora de la verdad, hoy en día todas las proposiciones se agotan.

—¿Qué te parece si en este caso le pedimos a Bueles que mire por encima de nuestras cabezas?

—De ninguna manera —Estaba despeinada—. No deberías ni pensarlo.
Después de escucharla debería estar agradecida, intentaba darle un aire más humano.

—Supongo que no.

—Es una inclinación demasiado controvertida para jugar con ella. En una capilla... Es un acto de puro sadismo, pura filosofía personal. Ya entiendo qué quieres decir.

—Sí, hay que seguir cierta lógica.

—Y es comunista además. Lo siento por ella.

Bueles abrió la puerta.

—Sophie, te estaba buscando, ¿te interesa la arquitectura?

—Ahora mismo me interesan las ruedas de los coches.

Bueles le dio una especie de maletín.

—Es de principios de siglo. Sólo necesitarás esto y un escote generoso.

—No. ¿Quieres castigarme?

—Esa pregunta no tiene sentido, sólo tienes que acompañarme a una reunión.

Antes de que la reunión llegase a su fin, un tal George Jake ya la deseaba.

¿Según qué criterio se decide eso? ¿Con qué información contaba?

Más tarde, George soltó una risita que produjo monstruos, y se sentó detrás de Sophie por simple diversión.

—¿Me reconocerías si me volvieses a ver?

—Sí.

—Sólo soy uno más, ¿no? Tú eres una figura pública. La primera vez que... Me acoplé bien con ella.

Sophie le preguntó algo disparatado que le interesaba, con una sonrisa, y George respondió con otra pregunta.

—¿Sabes lo que dicen de los puntos de vista resueltos con habilidad?

Sophie pensó por un momento y después contestó.

—Alguien me ha hablado ya de eso, pero lo he olvidado. Deberías callarte.

—Creo que estás perfilada para someterte a hipnosis. Trabajé un tiempo con tu primo, en la reconstrucción de aquella iglesia.

—Muy bien.

—De hecho, él cree que tienes un problema nervioso, desde que eres adulta.

—¿Podrías concretar un poco más?

—Ven conmigo esta noche. Estoy enfermo y creo que voy a optar por la solución final.

—Esa es un arma difícil de manejar.

—Desaconsejada por el Ministerio de Sanidad, sí. Esperaba que actuases como toda una autoridad paterna que se ocupara de dialogar conmigo sobre mi deseo de quitarme la vida. Es mi secreto, pero busco a un técnico que me ayude. Trescientos metros hasta el último piso.

Esa noche ya fue demasiado tarde. Sophie no dijo nada hasta que vio el cadáver.

—Lo lamento... Y contempló a George Jake como si lo hubiese conocido de verdad.

Algunos vieron aquello como una violación de los derechos humanos. Jake había saltado con una foto borrosa de su hijo, y el coma le sobrevino de manera casi instantánea, hasta que se hizo la luz.

La felicidad artificial es el resultado de una paradoja monográfica. El número 359 es amarillo verdusco. Esa misteriosa embriaguez del sueño con toda su locura. Esa inseguridad, con sus sensaciones. Es una explicación larga, todo un océano de belleza en el espacio de una hora.

—Vi su habitación al día siguiente.

—Parece excesivo. Un dolor tan profundo revelaría el espíritu de cualquier hombre.

—Estaba martirizado y decaído. Sólo pudo consolarse con la ensoñación fatal. Era una obsesión.

—Y estaba dispuesto...

Las primeras luces, las más poderosas. Había sido una elección difícil, pero se había liberado. Irremediamente. El último recurso.

Fueron hacia el noroeste con decisión, era de noche. Jamás en su vida habían visto disminuir tanto su pulso, y sentían una angustia profunda de vez en cuando. Extraña y artificial. Sintieron que todas las criaturas vivas se estremecían bajo el peso de una situación eterna.

—Es probable que no vuelva a repetir esta tentativa gloriosa. Heroica.

—Esta es la droga menos sutil. Desde el principio suspiras. Luego vendrá la

sensibilidad mórbida de la soledad.

—Y el peligro de muerte.

Como Sophie y Oulipo, ningún hombre profundo podría analizar la gloria del universo en un momento como ese.

—¿Nos hemos conocido alguna vez?

—Hemos conocido el placer y el dolor. Simplemente nos arrastramos hasta que no quede nada.

—Hasta que sólo quede agonía.

—Diría que hay otras palabras más vulgares que tendrían su lugar. No digo que la agonía sea inútil, pero la impresión me impide analizarlo.

—Sudas, eso a veces me aterra.

La luz se escapaba alrededor de los árboles, y antes de la siguiente revelación llegó el tumulto de las palabras. Discordante como un conglomerado de calabazas.

—Intoxicación voluptuosa. Resplandeciente.

—Si sigues andando a este paso acabaremos rodeados de olas de locura que vibrarán y resonarán repitiendo el apocalipsis en unos minutos.

—Pero en sentido inverso, ¡como un círculo de oro de alucinaciones temporales!

—En los cuentos de hadas, rebullendo, se alzan llamas. Lo mismo sucede, naturalmente, antes de cumplir los ocho años en Noruega.

—¿Me estás diciendo la verdad? —insistía Ness—. Es muy raro. Vamos a darle de comer a los patos.

—¿De qué color son los huevos?

—Son duros y rugosos.

—¡No! ¡No puede ser! —dijo Sara.

—Es hora de que os vayáis a la cama.

Oulipo las llevó al cuarto. Ness no quería sacarse los guantes ni para acostarse.

—Podría olerme una serpiente, es una noche oscura.

Oulipo decidió cambiar de tema:

—Los pies. Cojeas ligeramente.

—¡No es en serio! No.

Al día siguiente no había escapatoria, les había prometido llevarlas al zoo. No quería ir. Iban una vez al año, pero era demasiado. Oulipo lanzó a Sophie una mirada muy seria. Le clavó los ojos como si estuvieran llenos de alfileres.

—¡Papá! ¡Ya sabes! Lo tenemos todo planeado. ¿Entraremos a ver las serpientes?

—Claro que sí.

—¡Bobadas! —replicó Ness —¡Claro que no! ¡Son asquerosas!

Esa mañana, Oulipo decidió buscarse un doble. Un buen doble. Un doble excelente. ¡Socorro! Pensó. Un doble estupendo. Era poco probable que lo encontrase. Entonces ocurrió algo asombroso. Había un silencio absoluto. Sophie se levantó muy despacio y colocó cuidadosamente sobre la mesa un gusano. Ness salió corriendo, dando alaridos. El gusano hizo una cosa rara, como si suspirase. De pronto, Oulipo se miró las manos, ¿era eso todo lo que podía hacer? Un momento después, Ness se elevó en el aire como una zanahoria.

—Los animales que se arrastran son asquerosos. Repulsivos. ¡Me dan ganas de vomitar!

Sara estaba tan excitada que temblaba.

—¡No te escuchamos!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Los gusanos muerden! —Pateaba y gritaba.

—Eres perversa.

—Soy maravillosa.

Ahora Ness miraba fijamente al gusano, en silencio. Le dio con la punta del pie. Esa fue su respuesta. El despertador había sonado a las nueve y estaban desayunando huevos.

—No les pongas caramelo a los huevos, ¡ten cuidado! Te voy a demostrar que los gusanos son perfectos. Te daré seis chocolatinas si te atreves a tocarlo.

—Es suave —añadió Sara.

Ness la miró y empezó a brincar por la cocina. ¡Bravo! ¡Lo consiguió!

—¡No quiero volver a hacerlo! ¡Sí! ¡Te lo daré! Es tan pequeño... —Observaba al gusano, lo olía—. No lo dejéis escapar.

Oulipo pensaba que no lo tocaría ni con una mano enguantada, ni dentro de una armadura.

Sara empezó a aplaudir:

—¡Ya no eres tú! ¡Ya podemos ver las serpientes! ¡Es maravilloso!

—Escucha, Sara, ¿qué significa todo eso? ¿De qué estás hablando?

—De que ya no te dan pánico las cosas que se arrastran.

Ness echó a correr como un rayo y se escondió. Sophie se agachó. Los dedos de la niña temblaban. Estaba callada. Respiró hondo y gritó excitada:

—¡Nunca! Es más probable que salte por el balcón.

—¡Vamos! —dijo Sophie—. No son monstruos, lo conseguiremos.

—Es normal que te parezcan sospechosas.

—Saldrán de sus jaulas dando saltitos y se meterán debajo de mis nudillos.

Oulipo la cogió y la acarició, tanto miedo le resultaba asombroso. La llevó a su habitación y se sentó con ella.

—¿Qué te pasa?

—No quiero ver serpientes. No puedo. ¡No lo soporto!

—Bueno, tú haz lo que puedas.

—Son muy desagradables y corren bastante rápido.

—Eres una niña listísima. Eres muy valiente —la cogió y le dio un besito en la nariz—. Tenemos que irnos.

—No me encuentro muy bien. ¡Mamá!

En ese momento, entró Sophie balanceándose y Ness salió corriendo hacia ella.

—No quiero volver a ver serpientes jamás. Ni hervidas en una cacerola.

Sophie no entendía qué ocurría, parecía una visión fugaz.

—¡No sabéis lo que es!

Oulipo sonrió:

—Las serpientes son realmente sabrosas. El puré...

—¿De verdad?

—Puré de serpiente con guisantes o zanahorias.

Ness dirigió a su padre una mirada helada.

—Papá, con pasas y miel —había una sonrisita pícara en su cara.

Sophie y Oulipo se quedaron mirándose. Luego, de repente, Ness se levantó y los cogió de la mano.

—Vamos a coger un taxi.

—¿Dónde vamos?

—A la estación. Será fantástico. Maravilloso. Me lavaré los dientes. ¿Cuántos años vive una serpiente?

—¿Por qué?

—¿Ochenta y seis? ¿Muchos?

—Me temo que no.

—¿Estás seguro?

—No.

—¿Y por qué me contestas?

—No lo sé.

—Hay una gran serpiente que me mira y gruñe. En sueños.

—¿Y luego?

—Después de eso se sienta sobre un algodón y llama al cartero con veinte kilos de carne con una flecha. Nuestras sábanas son de piel de casa. Grises.

Sophie la interrumpió.

—¿Es eso? ¿Por un sueño?

Ness siguió, palideciendo:

—Pasa por el filtro del café. La serpiente. Con un cocodrilo detrás que me oprime el estómago. Papá lleva unos vaqueros con flores en la cabeza. Y un libro con páginas de padres. Tú coges una muñeca y le haces un examen. Muy bien. Después de todo eso la serpiente está en la alfombra y yo grito. Vosotros os peleáis. Os dais una

paliza. Sara está comiendo un trozo de tarta, pero a los tres minutos llaman al timbre y hay algo que no me gusta, pero lo acepto. Cigarros. Bueno, tengo una idea, paso diez minutos con algo desagradable. La serpiente tiene colores en la cara y te vas a la farmacia a buscar pastillas. La serpiente abre la puerta y se pone negra de verdad. Hay un hombrecillo feo que pregunta por papá. La serpiente se lo lleva a la boca y la puerta se cierra de golpe. Aparece un soldado. Una figura. La serpiente lo sigue con la mirada bastante irritada. Es gigantesca. Abre la boca. No queda ni pizca de nadie.

Pechos de whisky, chorro. Dirección y motivación en invierno. Una erección al contemplar demasiado ansioso. Melena en desorden. Mujer asfixiante. Su aliento apestaba a alcohol. Réplica. Haciendo vida conyugal. Cambiando los muebles de sitio. Gastado. Haciendo cosquillas. Los buenos tiempos pasados. Otro tiempo. Cogido a la mano, daba la impresión, inconscientemente. Bajo los pies. Camino. Era bastante difícil entenderla cuando estaba bebida. Era su última cena en París. ¿Te gustaría probar un poco de sudor? Los escalones por horas. No había correo. La vida, dijo Oulipo, consiste en no perder lo que te mantiene despierto. Había mil suelos al otro lado. Una nube de cuartitos de belleza asombrosa. El que más te guste. Un caballero. Violencia reprimida. No había nada. A la una y media, el otro día, irreal. Creo que es usted maravillosa, y conozco la clase de persona que es. ¿Me dijiste que volverías a visitarme? ¿Recuerdas eso? La botella en la mano y detrás una mesa de cocina. Llevaba unos tacones enormes. Las ocasiones. Las dimensiones particulares. Como si fuese una campanilla postiza. Lo que más irritaba a Oulipo era hacerlo en cuclillas. Observaba sus movimientos crueles. La atravesaba. Si eres francesa, incluso a las tres de la mañana, eres como un conejillo de seda cuya última gota de jugo se centrifuga. Un día de vacas muertas. ¡Casados! Oulipo se ponía a pensar en esas cosas porque a veces se puede vivir sin amor. Sophie era su refugio. Inexplicablemente. Madame maloliente. Su debilidad. Lo era. Al poco rato se derrumbó. Ojos centelleantes. No hay nada peor que estar desesperadamente enamorado. Había sido en Idaho. Por allí. Llevaba un gorrito extravagante. *Écoute*. Se había excitado terriblemente. Era el final del verano y estaba sentada junto a la ventana, firmando. Hacia las tres. Oulipo se paseó de aquí para allá, como si fuera la última mujer de la tierra. Quería intentarlo. Había corrido el rumor de que callaba hasta al último poeta. Oulipo pasó por delante de la ventana y escuchó una explosión frente a él. Gente llorando y maldiciendo. Máquinas. Cuando pensaba en ella había un cataclismo. Sus palabras. Sus oraciones. Tenía que divertirse con ella. Iba de un lado a otro. Sophie no se sintió halagada. El gorrito. Una mochila. La saludó. Siempre había una boca sucia y presuntuosa corriendo. Precisamente, las puertas ya estaban cerradas. El gorrito color lavanda. Condones. El caso es que le pareció la típica escritora francesa. Fina. Bebía como un pez y no parecía darse cuenta del sentido. Oulipo la cogió del brazo con entusiasmo. ¡Suéltame, inglés! No pensaba en lo que hacía. Paró.

Lo cierto es que le gustó por dos razones tan distintas como indisolubles.

Sophie era violenta, perniciosa, devastadora, pero tenía sus razones, y desde aquel momento quedaron inextricablemente unidos. Tres siglos después de todo aquello, casi más de 200.000 años, seguía apoyándose directa o indirectamente en ella, daba igual que fuese invierno o primavera, se había convertido casi en una inercia contra la que no valía la pena luchar. Todavía hoy, Oulipo se preguntaba quién dominaba a quién, aunque quizás preguntarse eso no significaba nada. En todo caso, Sophie era su salvación, no podía reducir su relación a cuestiones simples, ni al poder que ejercían el uno sobre el otro, algo indispensable para aguantar cualquier tipo de estructura. Estaban encomendados de por vida.

Alguna gente se ve afectada por la servidumbre, es una cuestión bastante corriente, algo grotesca, quizás, o fundamental, según se mire. Puede ser un obstáculo o manifestarse de manera expansiva. Es evidente que cualquier cosa que se diga también puede ser considerada como falsa, que todo está sujeto a debilitamientos y mutaciones, a desarrollos avanzados con todo tipo de implicaciones que pueden provocar que el interés decaiga progresivamente, o que se eleve siguiendo la misma tendencia. Francamente, Oulipo y Sophie podrían morir simultáneamente, entrar en crisis, envejecer juntos, corregir los efectos de sus desequilibrios, aprovechar las adversidades, ejercer permanentemente una violencia mutua u obligarse a escapar el uno del otro antes de descomponerse. ¿Por qué? ¿La carga del amor es tan insoportable? ¿O es que en ningún caso era amor? Podrían optar directamente por ser responsables, por una cierta cooperación o asistencia mutua.

Siempre hay más de diez vías; 50 o 60 por lo menos, y casi nunca se pueden describir con palabras. Todo es discutible, todo se puede distorsionar, es un fenómeno masivo en la mayor parte del Universo. Podríamos invertir los factores, especular a gran velocidad, pero no haríamos más que confirmar que no es fácil adivinar si algo será permanente, o tajante, si provocará estragos o si es totalmente válido, ¿acaso no lo es todo?

Poco a poco, todos acabamos con una oreja amputada, por muy bien que funcione nuestro pensamiento, encerrándonos en matices de orden geográfico. Entonces, ¿somos libres? Nuestra servidumbre alcanza niveles astronómicos, aunque a veces también somos la aristocracia dominante, no hay tantas diferencias entre un castillo y una iglesia, de ahí que en el fondo todo resulte un poco macabro, amenazador y represivo.

Sophie se había convertido en todo un símbolo y, naturalmente, el suyo no era un caso aislado. Su comportamiento era de su elección, aunque Oulipo lo podía modificar profundamente, aún así, se consideraba bastante digna y nada débil, algo que la distinguía de la mayoría de la gente. Al fin y al cabo, tanto Sophie como Oulipo eran bastante coherentes con sus hecatombes, transitorias o permanentes; como mucho eran contrasentidos, pero nunca errores, al fin y al cabo, no eran unos parásitos y, en general, conceptualizaban bien sus extrañas y contradictorias construcciones (salvo en caso de emergencia).

Aquel mes, dieron un paso decisivo, dejaron de frenarse y de volver siempre a lo mismo, instauraron un nuevo sistema absolutista y fueron profundamente radicales. Lo más sorprendente es que sus repeticiones formales alcanzaron otro nivel, su vida no era más que una versión contemporánea de algo que siempre ha sido ridículo. Desde el principio, su percepción estaba erosionada, pero reconocieron sus propios cuestionamientos y llegaron a la conclusión de que no tiene sentido establecer las mismas conclusiones para todo, y para todos. Así, pasaron a tener otras preocupaciones y dejaron de consolarse pensando en que dependían el uno del otro. Eso les permitió ser más básicos.

—Siempre me he enorgullecido de mis particularidades —afirmó Oulipo, como si hubiese instaurado algo original—. Yo no he heredado nada, soy específico, un sistema determinado con un valor intrínseco.

Siempre había sido un narcisista un tanto pedante.

—En mi opinión —respondió Sophie—. No eres más que cien mil millones de fragmentos de lo que ha existido antes de ti.

Where is a book before it is born?

Who are a book's parents?

Does a book need two parents — a mother and a father?

Can a book be born inside another book?

Where is the parent book of books?

How old does a book have to be before it can give birth?

The Pillow Book, Peter Greenaway

Jotter

(∅)

20060412/20110421